



UN VAQUERO  
CON  
*Pasado*

ERINA ALCALÁ



# UN VAQUERO CON PASADO

Erina Alcalá



Primera edición en ebook: agosto, 2020

Título Original: Un vaquero con pasado

© Erina Alcalá

© Editorial Romantic Ediciones

[www.romantic-ediciones.com](http://www.romantic-ediciones.com)

Diseño de portada: Olalla Pons - Oindiedesign

ISBN: 978-84-17474-74-4

Prohibida la reproducción total o parcial, sin la autorización escrita de los titulares del *copyright*, en cualquier medio o procedimiento, bajo las sanciones establecidas por las leyes.



No puedes sobrevivir, si no conoces el pasado.

## CAPÍTULO UNO

—Hija, ¿estás segura? —le decía su madre a Carmen.

Estaba preocupada, porque la quería de vuelta y así poder cuidarla en casa, lo antes posible, después de lo que había pasado un par de meses antes.

A pesar de todo, no lograba convencerla de que se volviera a España desde Nueva York.

—Bueno, mamá, voy a probar por última vez. Y si al fin no consigo nada de lo que me gusta, me vuelvo a casa. Es lo que me ha recomendado el psicólogo.

—¿Eso es lo que quieres? —le preguntó—. Estoy preocupada, cariño.

—Te prometo que, si ninguna de esas oportunidades me salen bien, regreso. No quiero darme por vencida y volver como una fracasada, quiero luchar e intentar salir adelante sin sentirme derrotada. —Y lo decía muy convencida—. Ya estoy de nuevo preparada para ello. Estoy animada, contenta y con ganas de empezar de nuevo otras oportunidades, y esta, creo, que será buena.

—Estás tan lejos, mi niña... Te queremos —dijo con sentimiento—. Antonio y yo te cuidaremos bien en casa y aquí podrás buscar también un trabajo o montar tu propio negocio. Antonio puede ayudarte y te prestaremos dinero para abrir tu propia tienda, si eso es lo que tú quieres.

—Mamá, quiero hacer las cosas por mi cuenta. Os lo agradezco de todas maneras. Además, estoy a siete horas en avión. Pero quiero darme una nueva oportunidad.

—Pero ¿qué vas a hacer tú en un rancho en Montana?

Su madre no lo veía nada claro.

—Mamá...

—Eso no es lo tuyo. —Y no le faltaba razón—. Tú restauras y además eres una chica de ciudad, cariño. No te veo yo en el campo en medio de la nada.

—¿Qué voy a hacer? Descansar. Liberarme. Trabajar. En el anuncio de trabajo solo ponía encargarse de una casa pequeña en un rancho.

«Esto no podía ser muy difícil», pensó.

—Pero, hija...

—He visto la zona y es preciosa. El pueblo se llama Lewistown y tiene cinco mil habitantes y el rancho está a siete kilómetros más o menos del pueblo. Creo que estaré muy bien allí, y si no me va bien o no es lo que espero, me vuelto, ya te lo he dicho. No te preocupes tanto.

—¿Pero ya te han contratado?

—Sí, claro —dijo muy resuelta—, ya he hablado con el dueño, me da el tiempo necesario para llegar. Tengo que llevarme la camioneta. Por lo visto, ha heredado el rancho familiar y lo está reformando. Y eso es lo mío. Restaurar y reformar.

—Bueno, hija, al menos allí puedes tener paz y descansar...

—No te preocupes, también sé limpiar y hacer de comer, por si lo dudabas.

—Yo solo quiero que estés bien después de lo que te hizo ese maldito cabr...

—¡Mamá!

A veces su madre se preocupaba en exceso, pero todo eso era porque la quería.

—¡Oh! Hija...

—Mamá, el mundo está lleno de cabrones. A mí me tocó uno, pero al menos he tenido buena ayuda para salir adelante —dijo, esperando que ella supiera que estaba entre esas personas que tanto la habían ayudado—. Y he sido fuerte, así que no te preocupes.

—Pareces tú la madre.

Carmen rio.

—Sí, lo he pasado muy mal, pero al menos me he liberado. ¡No iba a acostarme con ese viejo por mantener un trabajo!

—¡Desde luego que no!

—Mamá, voy a terminar de arreglarlo todo y terminar las maletas, quiero salir temprano mañana. Tengo cuatro días para llegar y quiero estar allí para el fin de semana, porque el lunes de la siguiente semana... ¡Empiezo a trabajar!

Su madre suspiró, a sabiendas de que su hija no regresaría a España por una buena temporada.

—¿Ya sabes qué sueldo vas a tener?

—Eso es lo de menos. —Aunque su madre no pudiera verla, Carmen hizo un gesto con la mano—. Tengo ahorrado bastante dinero de mis dos años aquí, unos cincuenta mil dólares. Sabes que estaba ahorrando para abrir mi propio negocio, pero necesito mucho más para no quedarme sin nada. Y montar un negocio en Nueva York, requiere mucho más de lo que tengo.

—Mientras te pague algo...

—El dueño me va a pagar al principio unos dos mil dólares, pero tengo comida y cama. Así que los ahorraré enteros, que es más de lo que ahorro aquí. Y además estaré en el campo y lejos de todo. Creo que estaré bien en ese lugar, lo presiento. Al menos, por un tiempo.

—Si no, vuelves a casa —dijo su madre—. Llámame todos los días, cariño, hasta que llegues, para que sepa que has llegado bien.

—Lo haré, mamá, te quiero. Dale besos a Antonio.

—Se los daré de tu parte. Y yo también te quiero a ti, hija. Cuídate.

Carmen Valle era una chica inquieta e imparable trabajando, ya desde pequeña, lo era. No paraba quieta un momento, empezaba algo y ya estaba pensando en hacer otra cosa en cuanto terminaba.

Era de Sevilla capital, allí vivía su madre, Inma Ortiz, viuda desde hacía unos años de su marido Eduardo Valle, padre de Carmen y de su hermano mayor, Raúl.

Su padre había sido militar del ejército del aire y murió accidentalmente en unas maniobras militares cuando ella tenía doce años y su hermano Raúl, quince. Eso, le pesó a ella, porque era la princesa de su padre. Lo quería mucho y no pudo disfrutar de él todo lo que hubiese querido. Le hacía falta muchas veces como ahora. Aunque su madre siempre estuvo ahí, su padre le había dejado un hueco enorme de infelicidad y melancolía, un vacío difícil de llenar. Su padre había sido un hombre recto y serio, pero en casa con ellos era el mejor padre del mundo. Aún lo recordaba son su uniforme azul. Tan alto y guapo.

Su madre no se volvió a casar, eran un matrimonio muy unido y tuvo que sacar adelante a sus dos hijos, y se dedicó a cuidarlos hasta que estos se hicieron mayores, terminaron sus carreras, y se independizaron.

Esa fue la misión y el objetivo que se impuso y lo había conseguido con los dos, lo cual no quería decir que no se preocupara por ellos después.

Ahora que tenía a sus hijos lejos de ella, salía con un buen hombre, Antonio. Abogado de cincuenta años y sus hijos estaban encantados de que no estuviera sola y hubiese encontrado un buen hombre, porque era joven aún y tenía derecho a ser feliz.

Antonio tenía un bufete de abogados en Los Remedios, un barrio de Sevilla, donde habían vivido ellos y su madre.

Aún tenían la casa familiar, y conoció a Antonio en la cafetería donde iba a desayunar todas las mañanas. Y al final decidieron vivir juntos en la casa de su madre.

Su hermano Raúl era militar como su padre, había seguido sus pasos y estaba destinado en el ejército del aire en Madrid, en Moncloa. Allí llevaba ya unos años, y ella quiso estudiar Bellas Artes en Sevilla y hacer varios cursos de restauración que era lo que le gustaba.

Todo lo que pasaba por sus manos, ella lo restauraba. Se le daba bien y era creativa y trabajadora y conseguía restauraciones maravillosas. Le encantaba todo lo *vintage* que además estaba de moda ahora. Pero podía hacer otro tipo de restauraciones e incluso tapizaba, hacía marcos para cuadros, sillas, sofás. Compraba jarrones y los modificaba y pintaba. Le daba igual lo que fuese, lo restauraba todo. Pintaba y le daba a todo la vuelta.

Le encantaba la madera, los muebles antiguos, esa era su predilección y en un intercambio que hizo a Nueva York cuando estaba en la Universidad, se enamoró de la ciudad y supo que se iría al terminar la carrera. Allí tenía más oportunidades.

Y con veintidós años, su carrera terminada y algunos cursos, hizo las maletas y con una amiga, Paula, que conoció en la Universidad, emprendieron rumbo a la Gran Manzana, a la aventura.

Tuvieron muy buena suerte, pues en menos de un mes, encontraron ambas fácilmente trabajo en una empresa de muebles antiguos y las contrataron como restauradoras.

Alquilaron un apartamento de dos dormitorios en Brooklyn, en una zona tranquila, y durante un año vivieron y conocieron Nueva York perfectamente.

Salían los fines de semana a divertirse como dos jóvenes de su edad y eran felices con su vida. Tenían un buen sueldo, pues aparte del salario cobraban una comisión y a veces lograban ganar hasta ocho mil dólares al mes, porque eran muy buenas y las restauraciones se pagaban bien y resultaban costosas.

Y Carmen logró ahorrar en un año casi cincuenta mil dólares.

Paula conoció a Dan, un abogado de Boston y se fue a vivir con él de la noche a la mañana, y terminó casándose con él.

Carmen se quedó sola, sin creérselo apenas, pues lo de su amiga había sido un flechazo auténtico en toda regla con Dan, en cuatro meses ocurrió todo.

Cuando se quedó sola, tuvo que cambiarse a un estudio para poder mantenerse, ya que si seguía en el apartamento no podría ahorrar nada.

El estudio era apenas una sala con una cocina y un baño pequeño con ducha, lavadora y secadora.

En el salón tenía un sofá cama, una mesa para dos de comedor y una pequeña mesita con un mueble para la televisión, pero no podía permitirse más, si quería ahorrar algo. Y ella quería hacerlo para montar su propia tienda de restauración.

Al irse su amiga, empezó su calvario. El dueño de la empresa empezó a acosarla, la molestaba constantemente con palabras casi obscenas y sibilinas, pero que parecía lo que no era. Se arrimaba por delante de ella y por detrás frotándose a veces, sin parecer que fuera acoso. Y como ella no hizo caso a sus pretensiones, le quitaba clientes, no le dejaba contestar al teléfono, la ninguneaba o reñía delante de los clientes y compañeros de la tienda, le decía que si es que ya no le gustaba trabajar en la tienda, hasta que ella se encontró encerrada en ese círculo de la noche a la mañana sin poder hacer nada, porque se sentía débil y enferma, no salía y fue encerrándose en

sí misma y deprimiéndose, y al año, ella ya no aguantó más.

El estrés que sufrió le hizo padecer ataques de ansiedad y pánico, miedos tremendos, hasta de salir a la calle.

Su trabajo no lo realizaba con tranquilidad ni como debía hacerlo. Y esto la consumía y siempre estaba con la lágrima fácil; ella, que siempre había sido una mujer alegre, divertida y fuerte, se convirtió en una muñeca de trapo.

El dueño estaba casado y con hijos y tenía casi sesenta años, pero se le metió a Carmen por los ojos y esta, al final, no pudo más porque se dio cuenta de que su salud estaba en juego y tuvo que renunciar al trabajo de su vida, a sus clientes que estaban encantados con ella y con sus trabajos, y volver a su estudio sin trabajo, sola y vacía, pero liberada.

No le quedó más remedio que visitar al médico de su seguro de salud que se hizo cuando llegó a Nueva York, y por los síntomas que tenía, este la envió al psicólogo, y estuvo dos meses con dos visitas semanales y una buena regañina por parte del psicólogo, porque estuvo a punto de cogerse una depresión grave, si ya no la tenía por haber aguantado tanto ese tipo de situación y no acudir antes a un especialista.

Le hizo muy bien ir a verlo y no interponer denuncia, porque se hubiese metido en un callejón sin salida. Sin dinero suficiente y difícil de demostrar un *mobbing* en el trabajo. Lo mejor que hizo fue dejar ese empleo.

El psicólogo le recomendó dejar de trabajar al menos un par de meses y recuperarse, y eso hizo ella.

Habían pasado ya esos dos meses y como el psicólogo le aconsejó, dejó un tiempo para recuperarse, y más tarde, empezó a buscar trabajo.

Indagó fuera de esa gran ciudad asfixiante para ella en esos momentos de su vida.

Mirando por internet, le llamó la atención un anuncio:

Busco señora interna para hacerse cargo de una casa no muy grande en un rancho de Montana, en Lewistown, a cinco millas del pueblo. Se necesita poner las casas a punto, ya que han estado cerradas cinco años y encargarse de solo una persona. Dos mil dólares y comida. Llamar al 555396942. Contacto: Dale Evans.

Ella supuso que llamaría mucha gente del pueblo, y que el trabajo ya estaría ocupado, pero no todo el mundo quería estar interna en un puesto de trabajo, ella lo necesitaba. Miró la zona y el pueblo, fotos y ubicación. La zona era preciosa, verde y las montañas a lo lejos, riachuelos y nieve seguro en invierno, y en un impulso, tomó su móvil y llamó.

Lo que no entendía era que hablaba de una casa y luego parecía haber dos. Eso se lo preguntaría al dueño, porque en principio le interesaba, Montana estaría bien. Y llamó al número de teléfono del anuncio esperando tener suerte todavía.

—¡Hola! ¿Dale Evans?

—Sí, soy yo.

—Me llamo Carmen Valle y llamo por el anuncio de trabajo. Claro, si está libre aún.

—Está libre, ya sabes que tienes que dormir aquí. El sueldo y lo que hay en el anuncio. Renovar las casas que han estado cinco años cerradas.

—Sí, no me importa, ni el sueldo. Estoy dispuesta a hacer el trabajo y poner la casa a punto. Pero pone dos casas en principio. ¿O es una?

—En realidad son dos casas, la principal, que no es demasiado grande, tres dormitorios y una que tengo por si contrato trabajadores, con tres dormitorios también más pequeña. Están en buen estado, solo falta pintura y un poco de reparación y decoración, y meterles útiles de todo. Hay que

tirlo casi por completa y lo que requiere una casa, comprarlo. Tengo un presupuesto para cada una y no puedo pasarme.

—¡Ah, perfecto!, me interesa. Si no le importa esperarme. Vivo en Nueva York, y tardaré unos cuatro días. Tengo una camioneta y no quiero dejarla tirada. Iré en ella. Puedo salir mañana por la mañana, en cuanto deje el apartamento.

—¿Cuándo puedes estar aquí?

—Para el fin de semana. —A Dale le pareció que eran muchos días.

—¿De dónde eres?

—De España, pero vivo en Nueva York, he perdido el trabajo y quiero llevarme mi camioneta. Me hará falta. Por eso, iré por carretera y tardaré más o menos tres días en llegar. Si no le importa esperarme...

—Está bien. Si sabes cocinar, las labores de casa y arreglar estas casas viejas, te espero el fin de semana. Estás contratada.

—¿En serio? Gracias, y sí, sé hacer todo eso y le dejaré la casa vieja como nueva.

—Eso espero. Guardo tu número de móvil por si hay cualquier cambio y te envío por mensaje el itinerario y cuando llegues al pueblo, puedes preguntar por el rancho Evans.

—Gracias, Dale. Intentaré no perderme y llegar lo antes posible.

—Hasta el fin de semana, Carmen.

—Gracias, Dale, por la oportunidad, de verdad. Hasta pronto.

¡Qué raro!, y además no le había preguntado nada, ni la edad siquiera, ni el estado civil, pero bueno, suponía que si venía sola desde tan lejos, no tenía pareja.

Carmen, de todas formas, preguntaría en el pueblo al llegar. Estaba feliz. El campo sería lo que necesitaba ahora, en estos momentos de su vida.

Empezó al cabo de cinco minutos en el móvil a recibir el itinerario, y la forma de llegar al rancho:

EVAN'S RANCH.

Tenía trabajo, y lo primero que hizo fue llamar al psicólogo y contárselo, ya sus sesiones habían acabado, pero quería que lo supiera.

—Me alegro por ti, Carmen, disfruta y llámame si me necesitas. Suerte. Ya estás preparada y recuerda, haz los ejercicios que te he enseñado.

—Por supuesto, gracias por todo, Robert, si no hubiera sido por tu ayuda... Un abrazo, quizá cuando pase un tiempo, te llamo y te cuento cómo me va.

—Me gustaría. Cuídate, Carmen.

—Adiós y gracias por todo de nuevo.

Luego habló y quedó con su casera que vivía en el mismo edificio para el día siguiente dejarle la llave, no quería que le devolviera nada, total, quedaba una semana para terminar el mes de marzo.

Y esa noche, con sus maletas, una grande y otra pequeña para las cosas de aseo, la camioneta llena de sus productos y herramientas, y bastante pintura azul y blanca que había comprado para renovar un apartamento y que el acosador no le quiso pagar y se la llevó, quizá podía servirle para la casa del rancho, un maletín con su PC, su cuenta en la que tenía cincuenta mil dólares que había conseguido ahorrar en esos dos años de trabajo y el despido.

Durmió tranquila y animada por la aventura nueva que iniciaría al día siguiente en Montana.

Carmen era una chica morena de pelo castaño, por media espalda, liso con algunas vetas

rubias, siempre lo llevaba cogido en una coleta alta, por el trabajo, o una trenza, ojos castaños claros, medía uno sesenta y cinco, una nariz pequeña y perfecta, y labios bonitos, así como su sonrisa, que la había perdido ese último año, debido al maldito, como ella le llamaba, pero que la estaba recuperando.

Tenía un bonito cuerpo y siempre iba en zapatillas y mallas para el trabajo que eran más cómodas para levantarse, agacharse y moverse, y vestiditos o faldas cortas, con camisetas o blusas para vestir con algo de escote, como una chica de su edad, veinticuatro años, si salía a divertirse.

Era muy buena chica, siempre lo había sido, bromista, graciosa y con sentido del humor, muy seria y perfeccionista en su trabajo, dispuesta siempre a ayudar a los demás.

Al día siguiente, se levantó temprano, pasó por casa de su casera y le entregó las llaves y se despidió de ella.

Metió sus maletas en el asiento de atrás de la camioneta con una pequeña manta para taparlo, y en la parte de atrás, llevaba todas sus herramientas de trabajo. También, metros de rodapiés de madera para pintarlos, cortarlos, algunas maderas grandes y trozos pequeños y sus taladros, brochas, bombas para pintar, etc.

Había conseguido comprar una buena cantidad de materiales y herramientas y eso no pensaba dejarlo allí. A lo mejor podía utilizarlos en la casa si había que ponerla a punto. Y lo tapó también con un toldo ajustando la camioneta para que nada se viera.

Llevaba ya cuatro horas de camino, había salido de Nueva York y paró a echar gasolina y a desayunar. Luego haría unas buenas horas hasta comer de nuevo o tomar un café.

Y si todo iba bien, solo pararía unas tres noches a dormir en moteles que ya había previsto, y de día, sin parar o quizá para estirarse un poco y comer. Pero iba contenta, más que en los últimos doce meses.

Era feliz de nuevo, aunque no sabía dónde iba, pero allí se dirigía. Y recorrer los paisajes de los distintos Estados por los que pasaba, en primavera, le encantó. Sintió cierta libertad después de haber pasado tan mal año y el aire en la cara llenaba sus pulmones haciéndola feliz. Y le encantaba conducir por esos paisajes tan maravillosos.

Dale Evans se había criado en el rancho Evans, allí había nacido. Él y su hermano pequeño al que le llevaba dos años, Chris.

Cuando era niño, le encantaba el rancho. Era uno lleno de vacas y su padre fue un gran ranchero.

No era demasiado grande el rancho, pero tampoco pequeño.

No era el mejor del condado, ni el peor. Era un rancho familiar mediano y donde ellos subsistían y su padre logró pagarlo sin mucha dificultad en unos cuantos años, porque era un gran trabajador y además eran cuatro de familia.

Recordaba a su padre trabajar de sol a sol, solo y satisfecho de su rancho y de sus hijos pequeños.

Dos riachuelos atravesaban el rancho. Tenía una gran pradera de pastos para los animales, un par de colinas y los pinos se veían en el horizonte en las montañas, a lo lejos.

En invierno, la nieve cubría con su manto blanco el mismo y en primavera los prados se cubrían de verde. Y colores de las distintas flores. La primavera formaba un manto precioso de

colores.

Allí toda la familia fue feliz. Ellos tuvieron una infancia dichosa, hasta que su madre murió de una neumonía un invierno frío cuando Dale tenía diecisiete años y le quedaba poco tiempo para terminar el instituto. No pensaba ir a la universidad.

Su hermano Chris, de quince, también estudiaba en el instituto y se quedaron los tres solos. Su padre ya no fue el mismo a partir de ese momento.

Y Dale no pudo soportarlo y se enroló en la marina dejando los sueños de universidad que su padre le tenía preparado atrás, pero no importaba. Él quería quedarse en el rancho a la vuelta.

Allí, en la marina, aprendió mecánica y estuvo en Afganistán, en primera línea, al frente varias veces con sus hombres. Fue nombrado teniente.

Cuando volvía al rancho, las veces que venía de la marina de permiso a ver a su familia, sobre todo después de alguna misión en Afganistán, su padre iba abandonando cada vez más el rancho y él mismo se descuidaba, y por más charlas que su hijo le daba, él ya no fue el hombre que había sido.

Su hermano se había ido a la universidad, su padre caía en picado y su hermano tuvo amigos bastante juerguistas y murió en una de las fiestas que hacían, de una sobredosis.

Dale no sabía siquiera que consumiera coca.

Y tuvo que hacerse cargo de llevarse su cuerpo al rancho y enterrarlo con su madre, mientras su padre, desesperado por otra muerte, la de su hijo menor, ya no estaba en su mundo y murió unos años después, abandonando el rancho.

Vendió los animales y se quedó en cama constantemente y no salió de ella.

Y así llegó Dale a los treinta años. Hacía cinco que su padre había muerto y tras otra misión a Afganistán de seis meses, pidió una excedencia de un año en el ejército. Ya necesitaba un descanso de tanta guerra y muerte.

De vuelta a casa, se propuso ese año levantar el rancho abandonado. Si no era posible, lo vendería y volvería a la marina. Pero nunca pensó en cómo estaba el rancho cuando llegó por última vez. Era peor de lo que esperaba.

Su padre apenas había dejado dinero. Después de los dos entierros, el de su hermano y después el de su padre, apenas habían quedado treinta mil dólares y el rancho abandonado.

Dale sí que había conseguido ahorrar en el ejército desde que entró a los dieciocho años una cierta cantidad de dinero, sobre todo de sus misiones en el extranjero.

Las misiones a Afganistán las pagaban bien y no gastaba nada, porque salvo salir algunas veces, y tampoco era un chico que gastaba grandes cantidades de dinero ni en ropa ni en cosas innecesarias; vaqueros, alguna ropa para salir, camisetas, una colonia cara, el resto era para ahorrar.

Así que había conseguido ahorrar casi un millón doscientos mil dólares y los treinta mil de su padre.

Se lo pensó mucho, pero, se decidió a dejar el ejército e intentarlo en el rancho. Estaba hastiado de tanta guerra y era lo único que le quedaba. Iba a poner el rancho en funcionamiento, aunque estuviese solo al principio.

Estaba repasando qué podría servir y arreglaría la casa, la casita que había a medio kilómetro y que su padre hizo para un capataz y su mujer, un verano en que se encontraba animado, y los tres almacenes.

Compraría algunas vacas y empezaría solo, si acaso contrataría a algún muchacho de día o dos en el pueblo, cuando ya fuese viendo cómo prosperaba, si es que lo hacía. Primero tenía trabajo que hacer. Y era arreglar y, sobre todo, pintar y arreglar ese viejo rancho.

Puso el anuncio para que una señora pusiera también la casa a punto.

Necesitaba electrodomésticos nuevos, muebles y pintarla. Que pareciera un hogar. Necesitaba sentirse en un hogar. Estaba harto de tiendas de campaña y dormir en el suelo duro del campo de batalla.

Quería, al volver del campo, sentirse en una casa bonita. Tampoco cara. Pero que se pareciera a un hogar como cuando su madre la administraba.

Y, además, si no se quedaba, al menos venderlo por un mejor precio y no como un rancho abandonado.

Y cuando puso el anuncio, no llamaba nadie, y ya llevaba dos semanas allí. Descansando y echando un vistazo a lo que podía aprovechar de los tres graneros que tenía.

Cuando llamó Carmen, no le quedó más remedio que aceptarla. Nadie quería estar interna en un rancho y lo comprendía. No sabía por qué ella sí, y lo averiguaría.

Y además venía de tan lejos... Un gran cambio de una gran ciudad, al campo. Bueno, si había una, no le quedaba más remedio que contratarla. No había llamado nadie más.

Dale era un gigante de uno noventa, su cuerpo ejercitado por el gimnasio y el ejercicio físico necesario para estar en forma en la guerra.

Tenía un cuerpo perfecto y proporcionado, de anchas espaldas y largas piernas, dirían las mujeres.

Ahora llevaba el pelo muy corto, castaño claro, una nariz recta y bonita para un hombre y unos ojos azules que se volvían grises en los días nublados o cuando se enfadaba se le cambiaban de color. Acababa de cumplir treinta años.

Era algo serio y pocas cosas le hacían reír. Recordaba en su infancia ser un niño feliz y risueño, pero desde la muerte de su madre, su hermano, la marina y su padre, lo habían convertido en un hombre serio y de pocas palabras.

Como mucho, sonreía. Le costaba expresar sus sentimientos y por eso su relación con las mujeres, eran casi inexistentes.

Cuando llegó a la casa del rancho, la primera vez, se quedó de piedra. Solo había dos sillones de madera al lado del fuego, ¿qué había sido del viejo sofá? ¿Y los muebles? Una mesa para dos con dos sillas desvencijadas que no conocía, los electrodomésticos para tirarlos, el jardín del patio, para no verlo, porque ya no estaba.

Y en la parte de arriba había tres dormitorios con sus baños y sus vestidores, llenos de telarañas, los colchones y cortinas hechas añicos y la bañera del dormitorio principal y duchas de los otros dormitorios y los lavabos estaban... oxidados todos.

La casita pequeña estaba igual que la grande. Era un calco de la casa grande, salvo que tenía los dormitorios más pequeños, sin vestidores y un baño para compartir dos dormitorios, los pequeños y el principal, un vestidor y un baño. Todos con ducha.

No quería pensarlo, pero de eso debía ocuparse la señora, dejarlo lo más limpio posible y si sabía pintar, mejor, él le echaría una mano, pero, tenía bastante con las vallas, que estaban en buen estado, pero a falta de pintarlas, eran altas y de madera, los almacenes y la tierra para dejarla lista y meter el ganado.

De momento había comprado algunas cosas para comer y estaba arreglando la maquinaria que había, el tractor viejo, y quitándole el óxido de los complementos, ordenando herramientas y lo estaba pasando todo a uno de los graneros para arreglarlo y dejar un granero pintado para meter

en ese primero, herramientas, maquinaria, y después pintar el pequeño para el grano, y luego estaba el más grande de todos para juntar el ganado en invierno.

Ese sí que era enorme y cabían casi mil quinientas cabezas de ganado.

Menos mal que estaba en primavera. Era finales de marzo, quedaban apenas tres días para empezar abril, y quería dejarlo todo listo para el invierno, antes de las nevadas. Y requería tanto tiempo todo...

Cuando acabara ya se pensaría pedir un préstamo para comprar el ganado e ir pagando al final de cada año con los beneficios que obtuviese, porque con lo que tenía, no tendría suficiente para todo.

Casi se arrepentía de haber dejado el ejército en cuanto llegó al rancho y vio su estado, pero le encantaba tanto el campo...

Era una añoranza, pero también paz y mucho trabajo, aunque a Dale nunca le había importado el trabajar.

Lo que quería era dejar listo el rancho, al menos para meter las reses; las casas eran lo menos urgente.

Luego estaban los recuerdos, los recuerdos ahí presentes de su pasado, de su familia, de la decadencia de esta, desde la muerte de su madre. Fue una locura. Estaba tan unido a ella...

Su madre y su padre querían que fuese a la universidad, querían ver a su hijo mayor formado, aunque fuese en la Universidad Pública de Helena College of Technology, porque bien podía estudiar ingeniería y ellos se esforzarían en que hiciera un máster que le sirviera para llevar el rancho o trabajar en la capital, cerca. Pero esos no eran sus planes. Los planes de Dale eran quedarse en el rancho.

Dale nunca tuvo intenciones de eso como sus padres querían. Lo suyo era llevar con sus padres el rancho y que su hermano fuese a la universidad.

No había cumplido los deseos de ninguno y cuando murió su madre, ni su padre ni Dale pudieron soportarlo y cada uno llevó el luto a su manera.

Dale, con rabia, se fue a los dos meses a los marines y su padre encerrándose en sí mismo y sin energías ni ganas de nada. Siguió por su hijo pequeño, pero cuando este se fue a la universidad, empezó su verdadera decadencia y la del rancho.

Y allí estaba ahora, intentando poner en marcha su pasado de nuevo, recomponer su vida, hacer y dejar el rancho como en los buenos tiempos lo tenía su padre, como cuando eran una familia.

Quería hacerlo para descansar y, sobre todo, por su padre. Había trabajado toda su vida en levantar un rancho que se había desmoronado con la primera muerte de la familia y ahora estaba allí solo, en esa inmensidad, logrando recomponer los pedazos de su pasado como vidrios rotos, esperando la ayuda que venía en una camioneta de Nueva York sin saber si iba a conseguirlo o tendría al final que tomar una decisión definitiva cuando lo dejara listo:

Venderlo y volver a la marina.

Siempre era una opción, pero esta era la segunda de su lista.

Él era tozudo y le gustaba conseguir sus metas y objetivos; y levantar ese rancho, era su primer objetivo ahora mismo. Y cuando Dale se proponía algo, tenía que conseguirlo, fuera como fuese.

Era testarudo y trabajador y nunca se dejaba vencer, ni siquiera al ver el rancho desvencijado con el que se encontró.

Sabía que había mucho trabajo, pero no le temía al trabajo duro ni a la cantidad de horas. Estaba acostumbrado.

Y sacaría ese rancho adelante. Solo necesitaba un poco de ayuda.

## CAPÍTULO DOS

Como había previsto Carmen, había parado en tres moteles durante tres días del viaje a Montana. Lo que temía es que le robaran las herramientas cuando paraba por la noche, aunque las había guardado bien y el toldo que las tapaba, estaba muy bien sujeto. Las maletas las metía en el motel.

Pero, al final, después de tres días cansadísimos de conducir, con las piernas entumecidas y los pies casi dormidos, llegó al pueblo de Lewistown.

Llegó temprano por la mañana y desayunó en una cafetería de las afueras; al entrar al pueblo y mientras le servían el desayuno, preguntó por el rancho Evans y se lo indicaron.

Al terminar su desayuno, pagó, dio las gracias y salió a la calle.

Miró el pueblo un momento y le encantó. Tenía ese encanto de casas de madera y la carretera atravesaba el pueblo; le recordaba a los pueblos de las películas del oeste americano que había visto en la televisión, pero modernizados, claro. Ya lo visitaría, sobre todo si se encargaba de la casa.

Siguió adelante, iba llegando a su destino y se sintió nerviosa, pero eran unos nervios distintos, unos nervios buenos, de expectativas. Se desvió una milla a la salida del pueblo, donde le indicaron, y continuó otras cinco millas por la carretera pequeña y vio la entrada del rancho a la derecha.

Paró y miró. Observó a lo lejos. Aquello estaba algo descuidado desde la misma entrada, y todo lo que abarcaba su vista, abandonado, mejor dicho, y no había ni caballos ni animales.

Siguió adelante como una milla más y allí vio las casas, la grande y la pequeña, bueno, no era tan grande, era una un poco más grande de las normales y los almacenes estaban como a una milla más o menos de la casa.

Y a lo lejos un hombre grande estaba sacando cosas de un almacén a otro. Fue hacia donde estaba con su camioneta. Paró y se bajó.

Dale había visto la camioneta por el camino y supo que era ella, Carmen, la señora que había llamado para el puesto.

Cuando se bajó aquella pequeña chica tan joven con una coleta alta que parecía más bien una jovencita de universidad, no era para nada lo que Dale había esperado.

Era guapa, pero frágil, y no sabía si había hecho bien en contratarla sin haberla visto antes.

Necesitaba una mujer fuerte para ese trabajo, y no creía que ella fuera la indicada para lo que tenía pensado.

—¡Hola!, soy Carmen, y ¿tú eres?

—Soy Dale —dijo, quitándose los guantes de trabajo antes de darle la mano—. Encantado. — Y cerró con sus manazas las manos pequeñas de ella.

Y Carmen pensó que era el tío más guapo y bueno que había visto en su vida y se sintió excitada.

—Oye, Carmen —dijo, mirándola de arriba abajo—, necesito una mujer que trabaje duro.

—Lo sé y a eso vengo. —Y sintió la mirada de él recorrerla.

Dale miró abajo yladeó la cabeza mirándola de nuevo.

—Que no te engañe que sea tan pequeña, he restaurado casas enteras. Estoy acostumbrada al trabajo duro.

—¿En serio? —preguntó, dudando aún.

—Sí, y veo que esto necesita toda una buena restauración por fuera, al menos lo que veo.

—Pues porque no la has visto por dentro. —Sonrió Dale porque le hizo gracia el comentario.

—No me asusta, puedo llevar todo a la vez.

—Bueno, hablemos entonces, si eres capaz.

—Lo soy. No lo dudes, y si no, siempre puedes echarme.

—Venga, vamos a la casa y hablamos. Te sigo con el todoterreno, luego tengo que volver, vamos a tomar, mientras, una limonada.

—Estupendo.

En su vida había visto Carmen un hombre tan alto de cerca y tan guapo, imponía, tan bien proporcionado. ¡Joder! ¿Dónde había estado escondido?

Se acababa de enamorar en un instante. Ya a su amiga Paula le pasó un flechazo semejante. Pero después de haberla mirado como lo había hecho, no creía ella ser el tipo de ese hombre. Ella era una hormiga a su lado. ¡Una pena!

Aparcaron en la entrada de la casa. Y él la dejó pasar. Cuando entró, miró la puerta que se quedó abierta de par en par.

—Ya ves cómo está esto. ¿Limonada, cerveza?

—No bebo, agua fresca si hay, acabo de desayunar —dijo, mirando a todos lados.

—Bien. —Y la invitó a sentarse en la mecedora desvencijada.

—¿Qué tal la impresión?

—Verás, Dale, me gusta.

—¿Te gusta? —dijo con sorna.

—Sí, es como un lienzo en blanco. Si estuviese ya hecha entera, no tendría nada que hacer, sin embargo, así puedo tener ideas y me encanta. Haré la comida, la limpieza de la ropa, y me encargaré de restaurar esta casa, la otra, y lo que necesites.

—Está bien, esta tiene arriba tres dormitorios: uno principal con bañera y dos con ducha, no está mejor que lo que ves aquí abajo, sino peor, las duchas están oxidadas. Y luego está la casa pequeña, por si contrato a un capataz en el futuro, quiero dejarla también restaurada.

—Muy bien, ya la veré. Pero lo de las duchas y baños tiene solución. Hay una pintura para ello. —Dale se la quedó mirando—. ¿Y aquella puerta del patio?

—Da a un aseo, y la utilizábamos para limpiarnos allí antes de entrar en casa, cuando veníamos muy sucios del campo.

—Estupendo. Miraré bien cómo está el aseo.

—Mejor no mires. Hay un despacho en esa puerta de la entrada. ¿Puedes llevar la contabilidad?

—Sí, te la llevaré también. Hay un par de programas buenos que puedes descargarte. Trabajé en una tienda de antigüedades y restauración antes de venir y los utilizaba. Son muy útiles para todas las empresas pequeñas.

—Estupendo. No puedo pagarte mucho, Carmen. Sé que en unos meses tendrás mucho trabajo, pero luego, una vez reformado el rancho, tendrás menos, y el sueldo será el mismo.

—Lo sé y no me importa, ahorraré todo. No tendré gastos.

—Estupendo.

—¿Quién vive aquí? —preguntó ella.

—Solos tú y yo, no va a vivir nadie más de momento. Si contrato a chicos serán del pueblo cuando tenga las reses compradas, y se irán a casa por la noche o se quedarán en la casa pequeña si quieren. Y si el rancho va bien, está la casa pequeña para ellos. Quizá si el rancho va bien...

—Cuéntame la historia del rancho, Dale —le dijo, mientras bebían la limonada y ella el agua.

—Antes, una pregunta...

—Dime.

—¿No te da miedo vivir aquí sola conmigo?, es decir, no te supone... No me conoces de nada y estamos un poco retirados del pueblo.

—No, no me supone menos de lo que he pasado. —Y él se quedó pensando qué podía haber sido eso tan grave.

Dale le contó la historia de su familia y las ideas para el rancho.

—¿Qué presupuesto tienes para que te arregle la casa? —Dale se la quedó mirando.

—No más de cincuenta mil dólares la grande, y treinta mil dólares que tenía mi padre ahorrado, para la pequeña. Pero ten en cuenta que necesita de todo, hasta vajilla, ropa... Todo está en desperfecto estado. —Ella sonrió—. Los graneros van aparte. La comida es aparte también. Creo que con mil dólares al mes tenemos para ambos.

—Sí, tendremos para los dos —dijo ella.

—¿Tienes alguna pregunta?

—¿Bebes, fumas?

—Cerveza, y no mucha. Me gusta una en la cena. Y no fumo. ¿Y tú?

—Ninguna de las dos cosas.

—Tampoco bebo alcohol fuerte, ya sabes, *whisky*...

—Pues eso es un ahorro. Haré comidas caseras. Y se ahorrará más. ¿Has comprado algo?

—No, casi no hay nada en la nevera. Llevo una semana aquí y compré solo algunas cosas.

—Necesitaré mil quinientos dólares para empezar y comprar de todo y creo que con mil dólares comeremos los dos al mes y sobraré. Creo que con eso tendremos para el mes de abril y este fin de semana.

—Estupendo, me parece bien. Te dejaré el dinero. Los ochenta mil dólares para las casas y mil quinientos euros para este mes. Por si tienes que comprar muchos productos que no hay. A primeros del mes de mayo ya te dejo los mil. Y tu sueldo. Si te falta o te sobra, iremos ajustando.

—Estupendo. Ahí entrarán los productos de limpieza también.

—Bueno, tú te las arreglas como puedas.

—¿Y qué estás haciendo ahora?

—Estoy arreglando los almacenes y graneros, quiero pintarlos por dentro y por fuera y dejarlos ordenados, luego me dedicaré a las vallas, recomponer el campo y al final meter los animales. Estamos casi en abril, espero que para septiembre o antes, pueda meterlos.

—¿Qué es lo que necesitas con más urgencia?

—Los almacenes y las vallas. A mi padre le gustaba de madera blanca, pero no le queda una gota de pintura, sin embargo, las maderas están en buen estado. Las he estado mirando de punta a punta.

—¿Quieres que te ayude si es lo más urgente?

—¿En serio? ¿Y las casas después?

—Sí, creo que es más importante que te ayude a restaurar los almacenes y las vallas y mientras te dedicas al campo voy restaurando las casas. Para ellas necesito al menos dos meses y medio ya que son dos, mínimo, o quizá tres. Así adelantas tu trabajo. De las casas puedo ir ocupándome, mientras tanto. Es lo que creo que menos prisa debe tener.

—¡No me lo puedo creer!

—Estudié Bellas Artes y soy restauradora, pinto y tengo buenas ideas.

—Carmen —dijo, levantándose—, creo que he hecho bien en contratarte.

—Bueno, dime, ¿quieres?, dejo la cena y la casa un poco recogida y hago la compra una vez a la semana, una colada a la semana también, somos dos, una para cada uno y las sábanas, y me voy

contigo a los graneros. Entre hoy y mañana limpio un poco y el lunes me pongo contigo en los almacenes.

—Perfecto, pero debes tener un horario.

—El tuyo. Si vas a poner esto en orden, te ayudaré. Cuando estemos cansados, descansaremos.

—¡Joder!

—¿Qué pasa?

—Eres un ángel.

—Lo sé, pero soy algo mandona.

—He estado en el ejército, sé obedecer.

—Bueno, voy a sacar mis maletas y de momento las meteré en una de las habitaciones de arriba. Necesito esos dos días antes de ayudarte. Limpiar un poco, comprar y dejar mis cosas.

—Está bien, mientras, voy sacando las herramientas y ordenándolas del granero y quizá tenga esta tarde que ir a comprar algunas más, tengo casi una lista preparada y seguro que no las tendré todas.

—¿Y esos tres garajes están ocupados?

—No, solo uno.

—Bien, quiero meter todas mis herramientas y pinturas en uno y la camioneta en otro, ¿puedo?

—Te ayudo.

Y cuando empezaron a sacar cosas...

—¿Qué llevas aquí, mujer? Si tienes la camioneta llena de trastos.

—Pintura y herramientas. Iba a restaurar un apartamento grande, pero lo utilizaré en la casa, creo que tengo para toda. Al menos, la grande. Y si nos sobra, la utilizo en la pequeña y se compra lo que falte.

—Y rodapiés y hasta una escalera, brochas, maderas. Estás preparada. Y estas bombas ¿qué son?, parecen mochilas.

—Ahí se mete la pintura y por este pistón sale a presión y pintas en un santiamén cualquier cosa, lo mismo muebles, que paredes, que almacenes.

—¿En serio?

—En serio.

—¿Se pueden pintar los graneros así?

—Sí señor.

—Y yo que pensaba pintarlos a rodillo.

—¿Estás loco?, tardarías varias semanas.

—Sí, eso tenía previsto.

—Pues pintaremos primero los graneros. ¿Has comprado pintura?

—Sí, para los tres.

—Pues nos va a sobrar. La podemos utilizar para lo que nos falte, y los garajes y la otra casa, y el resto la devuelves.

—No creo que tengamos que devolver. Hay mucha superficie y quiero que lo cubra bien y te olvidas de las vallas, aún no he comprado para eso.

—Bueno, ya vamos viendo. —Dale se reía. Acababa de llegar y ya estaba organizando. Quizá sí era la mujer que necesitaba, aunque era demasiado guapa... Y mandona, y le gustaban las mujeres mandonas y chiquitas.

Cuando acabaron de hablar, Dale le dio el dinero para las casas y lo guardó en el cajón de su mesita de noche de la habitación, que había escogido para dormir, eso era para las casas. Y puso cada partida de cada casa aparte.

Le dio también mil quinientos dólares para la compra de ese primer mes. Carmen miró las despensas y no había casi nada, ni en el viejo frigorífico.

—Voy al pueblo. Haré una compra de limpieza y comida. Eso será lo primero, mientras, tú puedes despejar un granero o dos.

—Eso hacía.

—Estupendo, si mañana termino de limpiar esta casa un poco, que es la que necesitamos, el lunes empezamos a pintar.

—Pero si empiezas el lunes... —Eso sí era un batallón de infantería, tan pequeña y no paraba.

—Hay muchas cosas que hacer. Empezaré el lunes, pero tendremos que comer y dejar esto al menos un poco en condiciones. Voy a hacer la compra grande, me traigo algo de comida hoy del pueblo, porque no me va a dar tiempo de más y coloco mi ropa cuando venga y mañana le doy un poco a la casa, quitaré el polvo y te pondré una colada con las sábanas limpias. Si mañana termino todo eso... El lunes empezamos. Tengo cuatro máquinas para la pintura, entre los dos pintaremos en menos que canta un gallo. —Dale se reía de sus expresiones. Y se la quedó mirando.

—Creo que no estoy arrepentido ya de haberte contratado.

—Me alegro, Dale. Las apariencias engañan.

—Si vas al pueblo, compra de todo, o lo que te guste de comer también. A mí me gusta todo.

—Voy primero a limpiar un poco los armarios y la cocina, y veré qué hay, haré una lista. Tengo trabajo hoy.

—Pues yo sacaré las cosas del almacén al otro. Toma las llaves. Garajes, esta de la casa y esta de la casa pequeña.

—Estupendo.

—Gracias, Carmen. De verdad.

—A ti. —Mientras, Carmen miraba qué había en los armarios. Nada de limpieza. Tendría que dejarla para la vuelta. Ya era tarde y tenía que hacer primero la lista.

—No me esperaba una mujer como tú... ¿Qué edad tienes?

—Veinticuatro.

—¿Veinticuatro años?

—Sí, ¿te sorprende?

—Sí, me sorprende, bastante. Eres muy joven. Creo que he tenido mucha suerte de todas formas.

—¿Y tú?

—Treinta años.

—Muy bien. Y gracias por el halago.

Ese hombre tenía una forma de mirar de medio lado que te analizaba, unos ojos preciosos que te desnudaban al mismo tiempo que te miraba.

De vez en cuando enfocaba la mirada y eso le parecía a Carmen muy *sexy*. Se sentía nerviosa allí sola con él.

Bueno, no había tiempo de pararse a pensar. Había ido a trabajar duro, relajarse, y no a buscar novio, y ya en unos meses se relajaría y miraría el paisaje.

Dale era el paisaje, pero había otro verde y con pinos a los lejos que sería un oasis de paz para los momentos que ella atravesaba.

Tomó el dinero y la camioneta y fue al pueblo. Se despidió de Dale, que se fue de vuelta a los graneros, más contento de lo que pensaba.

En el pueblo, Carmen, compró comida y útiles de limpieza y llenó la camioneta para medio mes. Le sobraron setecientos dólares que los dejaría para lo que quedara de mes, dentro de una semana iría de nuevo y casi los gastaría en el mes de abril.

Se dedicó a limpiar la cocina en cuanto llegó y cuando estuvo impecable dentro de cómo estaba todo, metió la compra y la colocó, como ella quiso.

Llenó el frigorífico de todo, refrescos, cervezas, pescado y carne, pan para congelar, etc.

Miró bien los armarios de la cocina. Esos armarios tenía que pintarlos, pensó, porque estaban más o menos bien, si los pintaba y les ponía otros tiradores, quedarían preciosos. Eran bonitos, con una mano de pintura azul oscura los dejaría como nuevos.

Luego limpió el salón, quitó las telarañas y fregó ese suelo polvoriento, pero al menos estaba limpio, la lámpara y el aseo de la entrada al patio. Y metió allí los útiles de la limpieza. Todo necesitaba un buen repaso. Daba pena. Una casa tan bonita y estaba todo deslucido.

Y justo cuando terminaba de limpiar el suelo del baño, vino Dolan. El resto lo dejaría para el domingo.

Le dijo que iba a darse un baño y cenaban, y Dale también hizo lo mismo.

Al final del pasillo de la parte alta, miró y había una especie de cuerda; tiró y bajaron unas escaleras. Subió por ellas.

Era como una especie de desván, subió las escaleras, encendió una luz que no sabía cómo seguía funcionando, y entró; había polvo.

Eso tenía que limpiarlo, sacar todo lo que allí había y pintarlo. Había lámparas y algunos baúles. Le encantaba.

Sacaría todo y reutilizaría algunas cosas. Sería lo primero que haría cuando empezara con la casa. Le encantaba. El techo estaba bien. La casa, salvo por dentro, estaba en muy buenas condiciones, faltaba pintura y arreglos.

—¡Carmen, Carmen! —llamó Dale.

—Estoy aquí arriba, sube- —Y él subió.

—¿Dónde estás, mujer?

—Aquí en el desván. Hay un montón de cosas fantásticas que puedo utilizar.

¡Qué mujer!, no paraba. La casa estaba limpia, al menos en lo que se veía en la parte de abajo.

—Baja y cenamos, ya tendrás tiempo de mirar.

—Voy. —Y la ayudó a bajar; cerraron la trampilla.

—Hay cosas maravillosas ahí arriba que utilizaré.

—No me extraña, eres una todoterreno. ¿La casa está limpia?

—No, solo el salón, la cocina y el aseo del patio. Y es solo un repaso. Mañana termino y pongo algunas coladas. De todo lo que haya. Hay mucho polvo. ¿Tienes hambre ya?

—Sí, pero me voy a dar una ducha antes.

—Si no te importa, me doy otra y bajamos a cenar.

—Estupendo.

Ella se metió en la ducha de su dormitorio, se lavó el pelo de tanto polvo y se puso unas mallas limpias y una camiseta. Salió al aire de final de marzo para que le secara el pelo.

Él estaba en la puerta mirando cómo movía el cabello para que se le secara.

—¿No tienes secador?

—Sí, pero hace tanto fresco que me encanta secarme el pelo al aire libre. ¿Quieres que saquemos la mesa y las mecedoras y comemos en el porche?

—Una buena idea... Las saco mientras terminas.

—¿Has liberado el almacén?  
—Sí, señora. Está libre y lo he barrido. Mañana hago lo mismo con el otro granero.  
—Estupendo, ¿qué color vas a ponerle?  
—Azul raro por fuera, y blanco por dentro.  
—¿Azul raro?  
—Sí, no es claro ni oscuro. Es bonito.  
—¿Es bonito? Si es parecido al que tengo para la casa...  
—¿Vas a pintar la casa de azul?  
—No, de blanco, pero los rodapiés y los muebles de azul. Y por fuera sí que va a ser azul, si quieres.  
—Quedará bonita la combinación.  
—Espero que sí, así hará juego con los graneros, ya verás cómo va a quedar el rancho. No lo vas a reconocer. Voy a poner la mesa. —Se hizo una cola y puso un mantel y los platos, pan, dos cervezas, el cuenco con el pollo y otro con la verdura.  
—¡Ahhh, Carmen!, ¡qué bien! —Ella rio—. Por fin voy a comer en condiciones.  
—No sé si te gustará mi comida. Pero esta es del pueblo, no me ha dado más tiempo.  
—Seguro que sí, mejor que un cuartel de la marina durante doce años, una comida casera será un lujo.  
—¿Por qué te fuiste a la marina? —le preguntó, mientras comían.  
—Mi madre había muerto y esperé un tiempo, mi padre no se recuperaba. Estaba muy unido a mi madre y yo también, y no pude soportarlo.  
—Pero los marines...  
—No iba a ir a la universidad, así que era la única opción que tuve.  
—¿Hasta dónde llegaste?  
—Teniente.  
—Y ahora, ¿cómo has vuelto?  
—Mi hermano pequeño murió en la universidad de una sobredosis, ni siquiera sabía que consumía, y probablemente no lo hiciera y fuese una de esas noches locas de la universidad, nunca lo sabré y mi padre ya no levantó cabeza y murió hace cinco años. Están enterrados allí arriba, ¿lo ves?  
—Sí, podemos ponerles unas vallas y hacer un pequeño cementerio.  
—Una buena idea. Cuando ponga el cartel de entrada nuevo, compro unas cuantas vallas y pido unas lápidas con sus nombres.  
—Estaría muy bien tener un pequeño cementerio para tu familia. Lo siento.  
—No pasa nada. Pedí una excedencia de un año en el ejército, también para descansar de tanta guerra y decidí venir a poner esto en marcha. Si no va bien, lo vendo y me iré de nuevo.  
—¿No te gustaba el ejército?  
—Estaba harto de guerra. He ido cinco veces a Afganistán.  
—Eso sí. Debe ser duro. Pero cinco veces son demasiadas.  
—Y tú, ¿cómo has llegado de España a aquí?  
—Del sur de España para colmo. Pues mi padre era militar también y mi hermano también lo es, del ejército del aire, los dos. Mi hermano siguió sus pasos.  
—¿En serio?  
—Algo parecido a los marines, pero del aire.  
—¿Era piloto?  
—No, ingeniero. Mi madre se quedó viuda muy joven y mi hermano siguió los mismos pasos

que mi padre. Está ahora en Madrid, la capital. Yo hice Bellas Artes en la Universidad de Sevilla donde vivíamos, y mi madre está ahora saliendo con un abogado, Antonio, muy buena persona, y estamos encantados mi hermano y yo de que no esté sola. Cuando terminé la carrera nos vinimos mi amiga Paula y yo aquí, bueno, a Nueva York, me encantaba la restauración de muebles antiguos, casas, y a ella también, y entramos en una empresa. Tuvimos mucha suerte. Pero al año, ella se enamoró de un flechazo auténtico. —Rio, mientras daba un sorbo a la cerveza.— Con un chico de Boston, se casó en unos meses y me dejó sola en Brooklyn.

Dale la escuchaba y la miraba mientras comía en silencio. Y Carmen siguió hablando:

—Me cambié a un estudio, para mí sola, el apartamento no podía pagarlo con mi sueldo y no ahorrar nada. Bueno, sí, pero entonces no ahorra nada. Me quedé un año más en la empresa, pero el jefe empezó a acosarme cuando Paula se fue, un *mobbing*, y tuve que dejarlo. Aguanté un año. Iba a coger una depresión. El psicólogo de mi seguro me lo aconsejó, que me fuera del trabajo y que me largara lejos, a algún sitio más pequeño y tranquilo.

—¿Y por qué no fuiste a casa?

—Mi madre vive con otro hombre, y no quería volver fracasada ni a molestarlos. Me gusta esto y vi tu anuncio, cuando al cabo de dos meses dejé el trabajo y mi psicólogo me dijo que estaba lista para volver a trabajar.

—¿Por qué no lo denunciaste?

—Porque no iba a gastarme el dinero que había ahorrado en ello. Soy inmigrante.

—Sí, lo entiendo. ¿Cuánto ganabas allí?

—Casi ocho mil dólares, depende.

—Y te vienes a un rancho perdido de Montana desvencijado por dos mil dólares.

—Tengo la comida y la casa incluida. —Se rieron.— Y esto es maravilloso. Cuando lo termines será precioso.

—¿Tú crees?

—Lo creo, es un remanso de paz. Una belleza. Cuando termine todo, tengo que verlo entero.

—No es de los más grandes del condado.

—No te hace falta, con que te dé para vivir tienes. Oye, Dale...

—Dime...

—¿Has guardado las facturas de lo que has invertido ya?

—Sí, ¿las quieres?

—Claro, voy a guardar todo, incluida la comida, para saber qué has invertido al final. Si quieres que te lleve la contabilidad, no podemos ir comprando sin guardar facturas de todo, hasta de un clavo.

—Está bien, te las daré cuando comamos.

—Las guardo y cuando restaure un buen despacho, te voy a meter un programa en el ordenador y así vas viendo lo que gastas, en qué partida lo gastas, ahorros, y beneficio neto al final de año. Tendremos que poner internet, pero de momento no hace falta, cuando acabe de restaurar el despacho que será lo primero que haga.

—Cuando tú me lo digas.

—¿Fruta?

—Prefiero café.

—He comprado una tarta, de chocolate. —Dale le sonrió embobado y pensó que no había sonreído tanto en su vida hasta ese mismo día que Carmen llegó al rancho.

—Un buen trozo.

—Un buen trozo, ¿cómo quieres el café?

—Negro, sin azúcar.

—Descansa, recojo y lo traigo.

Metió todo en el lavavajillas y llevó el café y un té para ella.

—¿No tomas café?

—Pero no por la noche.

—Ummmm... ¡Qué buena está la tarta!

—Gracias.

—Eres guapa, Carmen.

—Gracias otra vez, tú también estás muy bien. —Y se rieron.

—¿No tenías novio en Nueva York?

—No, no me quería ninguno, ¿crees que es por la estatura? —bromeó y Dale rio con ganas.

—¡Qué graciosa! No, mujer. Es que son ciegos.

—Menos mal.

—Oye, Carmen, puedes salir los fines de semana por las noches, viernes y sábado, de todas formas, el domingo no hay nadie.

—De momento no me apetece. Descansaré, ya te preguntaré. ¿Tú sales?

—Me pasa como a ti, quiero dejar esto listo antes.

—Pues seremos dos trabajadores natos, claro que mi trabajo es mi pasión.

Y él se la quedó mirando. Tenía unos ojos claros preciosos y unos dientes perfectos y era trabajadora, guapa y graciosa, y si se hubiese encontrado al acosador ya se hubiese ganado un par de puñetazos.

Estuvieron hablando de varios temas y ella dijo que estaba cansada. Había sido un día largo. Y no le dio miedo quedarse a solas con ese gigante en esa casa.

Por el contrario, se sintió bien, segura, como hacía tiempo no le pasaba. Se encontraba en paz.

Él la hacía sentirse segura. Lo veía un gran trabajador, como ella.

Se puso el pijama fino de verano y abrió la ventana de su habitación a la oscuridad de la noche.

Se oía el murmullo del agua a lo lejos del arroyo más cercano bordear las piedras y el canto de los grillos; sintió una brisa fresca en la cara, y respiró el aire puro.

Estaba cansada, más bien muerta.

No le había preguntado a qué hora se levantaba, pero pondría el reloj a las seis y media de la mañana. Y se acostó en la cama. Hacían falta colchones nuevos, pero eso sería más adelante.

En mitad de la noche oyó un grito y se asustó. Encendió la luz de la mesita y los gritos siguieron y se mezclaban con quejidos y lo que parecían lloros.

Se asomó al pasillo y venían de la habitación de Dale; llamó, y al no recibir respuesta, abrió la puerta. Encendió la luz de la mesita, para no encender la lámpara de arriba. Lo vio moverse en la cama, inquieto.

—Dale, Dale, despierta, tienes una pesadilla.

Dale gritó y se sentó en la cama de golpe. Las gotas de sudor corrían por su frente y la respiración era agitada, y si no se tapaba la respiración agitada la iba a tener ella. Su cuerpo era perfecto y dormía solo con los *slips*.

—Carmen...

—Sí, soy yo. Has tenido una pesadilla y estabas gritando.

—Lo siento, lo siento. —Se pasó la mano por la cara y el pelo.

—No pasa nada, ¿quieres agua?

—Sí, gracias.

—Ahora vengo, espera. Tranquilízate.

Y bajó a por un vaso de agua fresca para él y otro para ella.

—Toma, bebe. —Dale cogió el vaso.

—Gracias. —Y se la bebió de un trago.

—¿Estás mejor?

—Sí, siento haberte despertado.

—¿Te pasa a menudo?

—A veces, desde que fui a Afganistán la segunda vez. —Empezó a temblar ese cuerpo grande y maravilloso que tenía.

—Vamos, tranquilízate, ya estás en casa —Ella lo abrazó. No supo por qué, pero lo abrazó en forma de consuelo.

—Quédate un poco, ¿quieres? —le pidió Dale.

—Me quedaré hasta que te duermas, no te preocupes, échate en la cama.

—Échate a mi lado, no voy a hacerte nada, lo juro, solo necesito abrazarte.

—Dale...

—Por favor...

—Está bien. —Ella se tumbó a su lado y le dio la espalda. Dale la abrazó cogiendo su cintura y no supo en qué momento, ella también se quedó dormida. Pero sintió una calidez y una seguridad que nunca había sentido.

Cuando se despertó Dale por la mañana, sintió un cuerpo cálido a su lado. Por Dios, era Carmen.

Ella dormía agarrada a su pecho, en algún momento de la noche se había dado la vuelta y su cabeza estaba bajo el hueco de su cuello y lo abrazaba. Tenía sus pechos turgentes y duros contra su pecho y se excitó.

Él nunca se había acostado con una mujer así. Era preciosa, tenía su pelo desparramado por la almohada y olía tan bien...

Y la apretó más contra su cuerpo. Hacía más de seis meses que no había tenido una mujer en sus brazos. Y las que había tenido antes les había durado unas horas, pero eso era otra cosa.

Una calidez distinta y desnuda. Pero no quería asustarla y se quedó, despacio, quieto, oliéndola de nuevo, disfrutando de su cuerpo pequeño y su piel suave.

Al final estaba duro, se levantó sin hacer ruido, sobre todo, porque no quería que Carmen despertara y lo encontrara excitado, pero cuando salió del baño, ella estaba sentada en la cama con su pijama como si nada.

—¿Estás mejor?

—Sí, gracias, Carmen.

—Siento haberme dormido en tu cama.

—No pasa nada. Ha estado bien.

—¿Tienes hambre? ¿Desayunamos antes de empezar a trabajar?

—¿Te vas a levantar tan temprano?

—Sí, tenemos mucho trabajo que hacer. —Dale le sonrió.

—Voy a vestirme. Preparo el desayuno y termino la casa, mientras desalojas el otro granero y pones plásticos en el suelo para no manchar. Mañana empezamos en serio.

—Estupendo.

Y en cuanto bajaron a la planta baja, ella hizo un buen desayuno y Dale se dirigió a los graneros.

Ella recogió la cocina, subió a la parte alta y limpió la habitación de Dale, y la otra vacía,

quitó todas las cortinas y las sábanas hasta de la suya, las toallas, todas, y empezó a poner coladas, mientras quitaba el polvo y limpiaba los baños y las habitaciones.

Cuando acabó arriba, al menos ese repaso, barrió el patio y organizó un poco el cuarto de la limpieza, y barrió fuera. Todo alrededor de la casa y lo regó con una goma que había fuera al lado de un grifo. Para que se refrescara, le dio al porche y lo fregó.

Cuando lo tuvo más o menos limpio, hizo una limonada y unos bocadillos y se acercó a donde estaba Dale.

Ya eran casi la una de la tarde y había sacado ya tres coladas y le quedaban al menos otras dos.

—¡Hola, Dale! —le dijo al llegar al granero, ¿cómo vas?

—¡Hola, Carmen! Ordenando las herramientas. Ya he sacado todo lo de los graneros.

—Te traigo una limonada fresca y unos bocadillos, ¿nos lo comemos?

—Venga, así hago un descanso. ¿Cómo vas en la casa?

—Me quedan colocar y terminar algunas coladas y hacer la cena, y ya al menos podemos empezar a trabajar mañana.

—Ya tengo los dos graneros vacíos, el de las herramientas y el del grano. Me queda poner los plásticos para la pintura que no manche mucho el suelo —dijo Dale cuando acabaron de comer.

—Esto es enorme. ¿Tienes escaleras altas?

—Sí, la tengo en el otro granero, ven y lo ves. Y la pintura a ver si crees que con esa tenemos.

—Bueno, creo que sí tendremos, has comprado una gran cantidad, pero si falta, compras más. Esta forma de pintar ahorra mucha pintura.

—Te he dejado todas las facturas en la estantería del salón.

—¡Ah, bien!, sí, las he visto, las colocaré por orden de cada partida, así cuando tenga el despacho, lo organizo. Y te voy a hacer con madera que tengo en la camioneta un mueble organizador de las herramientas. Te lo pinto y lo ponemos en la pared. En la parte alta.

—Es una buena idea. Me parece bien.

—Así tienes la maquinaria abajo y arriba las herramientas. Bueno, me voy. Quiero terminar todo para que empecemos mañana.

—Yo termino de organizar esto. Está hecho un desastre.

—Te veo en la cena.

—Hasta luego, Carmen, y gracias por los bocadillos.

—Tienes que tomar algo a esta hora. Quédate con esta botella de agua fresca. Te la dejo en el bolso nevera y me llevo los platos.

—¡Qué haría yo sin ti! —Carmen se marchó riendo.

El día terminó como tenía previsto. Colgó todas las cortinas y guardó la colada e hizo las camas limpias. La cena, como el día anterior, la hicieron en el porche.

Había hecho un atún encebollado con patatas pequeñas cocidas y una ensalada y a Dale le encantó. Hasta repitió plato.

—Te juro que cocinas mejor que en un restaurante.

—Adulador, eso es que tienes hambre.

—Te lo digo en serio. Me gusta la comida.

—Bueno, si es así, has tenido suerte, vaquero.

Cuando tomaban el café con la tarta, Dale le dijo:

—Carmen...

—Dime.

—Siento lo de anoche. Me pasa a veces. Se llama estrés postraumático.

—Sé lo que es, pero no te preocupes. Si yo hubiera ido a una guerra así, no podría dormir sola.

—¿Y has dormido muchas noches sola?

—Toda mi vida he dormido sola, ¿y tú?

—Algunas no, mujer. Cuando he estado con chicas, no. ¿Has estado con muchos chicos?

—No, no soy de esas chicas, Dale, y no recrimino nada a nadie. La gente es libre, solo que yo no puedo hacer eso.

—Lo sé.

—¿Cómo lo sabes?

—Te pones roja cuando te hablo y supongo que habrás tenido pocos hombres en tu vida.

—Has acertado y tú creo que has tenido demasiadas.

—Has fallado. No he tenido tantas.

—¿Cuántas son tantas? ¿Doscientas? —Y se rieron a carcajadas.

—No, mujer unas cuantas, ten en cuenta que he estado en la guerra y allí no he querido tener nada. O sea, unas siete u ocho, no son tantas al año.

—No, no son tantas. Son casi cien.

—No, mujer. Quita la guerra y a veces he tenido relaciones de casi cuatro meses con algunas.

—Bueno, eres joven y estás muy bien. No me extraña que tuvieras esas doscientas.

—No, mujer, es broma. Si tienes en cuenta que estuve en el rancho hasta los dieciocho años en que ingresé en la marina... Tuve mi primera novia en el instituto. Ahora creo que está viviendo en Helena. Ella fue a la Universidad, pero lo dejamos antes, solo estuvimos cuatro meses.

—¿Ese fue tu primer amor?

—Esa fue mi primera experiencia sexual, con diecisiete años. Creo que era una relación más bien hormonal. —Carmen se reía. Disfrutaba de la noche y de la forma en que Dale le contaba su vida amorosa y sexual—. Los chicos a los diecisiete años, estamos salidos.

—¿Y a los treinta no? —Dale rio con ganas.

—A los treinta también, pero es diferente, controlamos más.

—Conocí a un cabrón de sesenta que no controlaba nada.

—Bueno, no pienses en eso ahora.

—Cierto, sígueme contando...

—¿Que te cuente qué?

—Las siguientes chicas. Tu vida amorosa me interesa. Es divertida.

—¿Y eso?

—Bueno, como cualquier conversación.

—Está bien, comandanta, pero ten en cuenta que las siguientes fueron chicas de fin de semana en la que salíamos de la base a divertirnos. Si había suerte podíamos acostarnos con algunas, y si no, pues nos tomábamos unas cervezas y mirábamos desde la barra.

—¡Ay, señor!, cómo eres.

—Luego, ya no me gustaban tan jóvenes y cada vez que venía de la guerra, porque allí nada de nada, pues me fui volviendo más exigente con las mujeres.

—¿Tienes un estereotipo?

—No, ninguno, pero siempre estuve con chicas altas, eso sí.

—De piernas largas y rubias.

—No, mujer, morenas y pelirrojas. No fue una cosa que buscara, quizá al ser tan alto, tuve más chicas altas.

—Y guapas.

—Guapas... guapas, no sé, que me lo parecieran a mí. Pero como iba a la guerra, las relaciones me duraban meses o fines de semana. Así que de cien y doscientos nada. Puede que veinte o así. —Carmen se reía.

—Algo es algo. Creo que no tienes problemas en buscar una mujer guapa o fea o como sea. Yo, sin embargo, creo que soy demasiado exigente.

—¿Y eso?

—Pues como suele decirse, el físico, aunque digan que no, es muy importante para mí, si no me gusta nada, se acabó. Pero estoy de acuerdo en que debe gustarme a mí, a lo mejor es muy guapo y no me gusta después cuando llevo un rato con él. A veces creo que es más importante la química.

—¿Crees en la química entre dos personas?

—Creo que es lo más importante, la atracción, sexual, intelectual o cualquier otro tipo.

—¿Y cuántas veces has sentido esa química?

—Unas cuantas, no creas, pero yo no fui correspondida o no estaba a mi alcance, o él no estaba al mío. En la universidad me encantaba un chico que estudiaba informática. Me pareció que había química cuando nos veíamos en los pasillos o en la discoteca en la que coincidíamos o las fiestas que se daban en la universidad, pero me equivoqué, a quien miraba era a mi amiga. —Y se rio con ganas—. ¡Ay, Dios!, he tenido mala suerte con los hombres. Y ya creo que me voy a la cama. Mañana empezamos fuerte.

—Sí, mañana empezamos a restaurar este rancho.

—Ya verás cómo lo vamos a dejar. Será la envidia del condado. Aunque no sea muy grande, por poco dinero quedará precioso.

—Confío en ti, Carmen.

—Has tenido suerte, vaquero.

—¡Qué graciosa eres!

—Sí, a veces. Buenas noches, Dale.

—Buenas noches, Carmen.

## CAPÍTULO TRES

—Tú pintas arriba y yo abajo. Esa escalera es demasiado grande. Deberás tener cuidado.

—Estoy acostumbrado, comandanta. —Ella se reía.

—Yo tengo otra más pequeña en la camioneta. Así llegaré donde pueda hasta arriba y tú sigues hasta el techo.

—Como tú digas. ¿Cómo hacemos lo de los bidones?

—Toma esto, una mascarilla y unas gafas para cada uno. Esto es una mochila que llenaremos de pintura, la ponemos en la espalda y con este tubo sale a presión. Lo pintaremos hoy, ya verás.

—¡Qué cosas!

—Esto es adelantar el trabajo, teniente.

—¿Y queda bien pintado?

—Por supuesto, tienes que rellenar bien los huecos y repasar bien mientras pintas.

—Tengo pintura blanca y azul.

—Blanca por dentro y azul por fuera y hacemos un zócalo de dos metros de azul por dentro para que se manche menos. Mira, hasta ese tablón, de azul, y después blanco.

—Me parece bien. Una buena idea.

—Es que así, parecerá más espaciosa y la parte de abajo que se manchará más, no lo parecerá. Esta pintura que has comprado es buena y resistente. ¿Qué va a ser este granero? Las tablas están perfectas

—Sí, menos mal. Este lo utilizaré para la maquinaria y las herramientas. Es el más grande. Bueno, el más grande es el de los animales.

—Pues, vamos allá. Ayúdame a llenar esto. Te advierto que a las doce iré a preparar la cena y traigo una limonada y unos bocadillos. O sea, que te quedarás un par de horas solo.

—Estupendo, jefa. —Y ella reía.

—Ten cuidado, esa escalera es enorme.

—Me pondré en el segundo piso, primero.

Había en un lado del almacén unas escaleras de hierro que llevaban a un primer piso que ocupaba un treinta por ciento del lugar y allí pensaba Dale meter las herramientas. Y abajo la maquinaria más pesada.

Y el gasoil en un rincón que había para ello. Una especie de bidón con un grifo como en las gasolineras, y allí llenaban también la camioneta y el todoterreno cuando hacía falta.

Y cuando empezaron a pintar, Dale empezó por el techo y el primer piso hasta donde abarcaba y ella se montó en su escalera y desde allí hasta la tabla señalada para el azul, abajo.

Habían puesto plásticos en el suelo para no mancharlo y no tener que limpiar tanto después. Eso también fue cosa de ella y él los puso el día anterior.

—Carmen, esto es estupendo...

—Sí. —Rio—. Si pintas a rodillo, tendrás para una semana.

Dale era rápido y grande, y ella también. Estaba acostumbrada y rellenaban las mochilas con cuidado. Y casi tenían medio almacén terminado por dentro cuando ella se fue a la casa.

—Espero que lo hayas terminado para cuando venga.

—Muy graciosa. —dijo y la miró marcharse a la casa.

—En cuanto tenga la comida, vengo.

Y se fue con su camioneta. Hizo una sopa de picadillo como la llamaban en su tierra y del pollo que sobró una ensalada con piña y maíz, jamón cocido, queso y mayonesa. Luego, hizo unos

bocadillos pequeños y los metió en un plato tapados con papel de plástico, servilletas, dos vasos de plástico y una botella de limonada a la que le había echado unos cubitos de hielo.

Cogió dos botellas de agua fresca y lo metió en un bolso nevera que ella tenía y utilizó el día anterior. Y se fue a ver cómo iba Dale.

—¡Hola!, ya estoy aquí. Un descanso.

—Estoy muerto de sed y hambre.

—Pues venga, para un poco y come algo.

Dale se quitó las gafas de plástico y la mascarilla y se sentaron a comer.

—¡Qué fresca está la limonada!

—Sí. Le he echado hielo.

—Carmen.

—Dime.

—Con respecto a lo de la otra noche.

—No te preocupes tanto, eso es debido al estrés postraumático de la guerra y lo sabemos.

—Lo digo por dormir juntos.

—No ha pasado nada, hombre.

—Gracias. No quiero que pienses mal. —Y escudriñó esos ojos castaños claros tan bonitos.

—No pienso mal, si lo hiciese, me hubiera ido.

—Menos mal que no lo has hecho, terminaremos el trabajo mucho antes con tus ideas —dijo, cambiando de tema.

—Sí. —Y se rio. Había vuelto a reírse como siempre—. ¿Cómo vas?

—Pues si cogemos buen ritmo terminamos hoy el almacén por dentro.

—Eso ni lo dudes, aunque se haga de noche, lo terminaremos hoy. Si nos da tiempo lo fregamos y mañana ponemos la pintura azul en las escaleras también y le damos a las puertas y a la parte de fuera. En eso tardamos menos, pero me preocupa el techo por fuera.

—¿Porque es muy alto? Me subiré yo.

—Me da miedo.

—Vamos, Carmen, me agarraré bien.

—¿En serio?

—Sí. Y por la tarde metemos la maquinaria y ya tendremos uno listo.

—Si terminamos hoy por dentro, mañana por la mañana me traigo la madera para hacerte los estantes de las herramientas.

—Están en el otro granero.

—Mediré más o menos, lo hago y lo pinto. Lo dejo secar mientras tú te dedicas a la parte de afuera y cuando venga de hacer la comida te ayudo. Así cuando acabemos, podemos poner los estantes y meter las herramientas, tenemos que dejar mañana este listo.

—¿Tú crees?

—Te ayudaré. Ya verás.

—Perfecto. ¿De dónde has salido, mujer?

—Soy una manitas, eso sí, de cosas pequeñas, las grandes tienes que cortarlas tú.

—No lo dudes. De esas me ocupo yo.

Ese día y el siguiente terminaron el granero grande, colocaron las estanterías y las herramientas y Dale quedó encantado.

Y en los dos días siguientes, el pequeño granero para la comida y la paja por dentro y por

fuera. Habían quedado preciosos y limpios.

Dale no había tenido más pesadillas y al siguiente día, mientras ella hacía la colada y arreglaba un poco a la casa y hacía la comida, Dale fue al pueblo a comprar a la ferretería una lista que había hecho de más herramientas.

—Que te den las facturas...

—Vale, contable. Pareces una administradora de mi dinero.

—Eso intento, que hagas tu rancho con el menor dinero posible y trae pintura blanca para las vallas.

—A sus órdenes, mi coronel.

—Payaso... —Dale se reía.

La verdad es que ella era divertida y se reía mucho en su compañía, tenía un acento gracioso y unas expresiones que le hacían gracia, era natural y una trabajadora nata.

Como cocinera era estupenda.

Era una mujer muy considerada y le gustaba. Apasionada y lanzada.

Y recordaba haberse sentido excitado aquella mañana, y no solo aquella, cada vez que se agachaba con esas mallas, incluso llenas de pintura, lo ponía duro y tenía un problema porque hacía seis meses que no había tenido sexo.

Era un hombre y ella una chica pequeña y erótica más joven que él y le gustaría tenerla entre sus brazos de nuevo y hacerle el amor y poseerla o subírsela a la cintura y así...

Iba a respirar un poco al pueblo y a hacer las compras. Estar con ella a solas tantas horas, era intenso.

Carmen hizo la comida y cuando Dale vino por la tarde, le regaló un sombrero de vaquera.

—¡Ay, Dale, qué bonito!, gracias. —Y lo abrazó y le besó en la cara. Dale sintió sus pechos de nuevo. Joder.

Separaron las herramientas, hicieron montones y Dale la miraba. Se fue al granero y las colocó en cada casillero que ella le había hecho para tal fin.

Dejó la pintura en el garaje donde las tenían todas. Salió al porche con su sombrero.

—¿Qué tal estoy? —Dale la cogió en brazos y le dio unas cuantas vueltas.

—Eres una vaquera pequeña y preciosa, guapa española.

—Tonto, bájame que me mareas.

—Ha quedado estupendo. Mañana limpio las maquinarias.

—Me voy contigo a limpiar los alrededores y dejamos todo listo y pasado mañana empezamos con el gran granero de animales. ¿Lo utilizas para meter a los animales en invierno?

—Sí, y para las que parirán. Si hace bueno, duermen en el campo.

—Ese es enorme. ¿Cuántos animales pueden caber?

—Casi mil quinientas cabezas de ganado.

—Eso es mucho.

—Bueno, está bien.

—Pues tenemos al menos tres días antes de ponernos con las vallas. Están más lejos de la casa.

—Sí, se hizo a propósito para que no llegara el olor.

—A mí no me molesta en absoluto.

—Pero suele hacerse así.

—Está bien.

—¿No te cansas, Carmen?

—Sí que me canso, pero es un trabajo ilusionante. ¿Has visto qué bonitos? Me gustan los

colores y te va a quedar maravilloso.

Los tres siguientes días terminaron los almacenes y bebederos que había repartidos por el rancho y les dieron dos manos de pintura blanca.

Dejaron todo listo. Al final consiguió que el tractor funcionase. Lo limpió y todo quedó maravilloso.

—Espero que dejes todo ordenado a diario, Dale, si lo haces, no tendrás tanto trabajo. Yo tengo que dedicarme a la casa cuando termine de ayudarte con las vallas.

—Las vallas nos llevarán una semana o dos por lo menos.

—¿Tan grande es el rancho? Decías que era mediano.

—Bueno, ni pequeño ni muy grande, pero llega hasta allí y recorre lo que ves y lo que no ves, al lado del riachuelo. Ya veremos solos lo que tardamos. ¿Eso lo vamos a hacer a brocha o a presión?

—Lo haremos a presión con cuidado y daremos dos vueltas para que dure bien la pintura. Pero mañana empezarás tú solo, me quedo con limpieza, colada y además iré al pueblo a gastar algo de dinero en comida de este mes. Si me da tiempo te ayudo, pero creo que no podré.

—No te preocupes. Yo empiezo. Trae tarta y cerveza, queda poco.

—Sé lo que falta.

—Perdone, la señora —dijo bromeando.

—Pero traeré tu tarta, señorito.

—Gracias, guapa.

—De nada, guapo. —Él movía la cabeza de un lado a otro, pero si no hubiese sido por ella, aún estaría con la brocha en el primer almacén. Era un portento de mujer para ser tan pequeña.

Ese día la echó de menos, sus charlas mientras pintaba y las bromas. Ella no pudo ayudarlo, tuvo que hacer coladas, limpiar, ir a por la compra y hacer la comida. Solo se acercó a llevarle unos bocadillos y la limonada, pero tuvo que volverse a hacer la cena.

—He traído tu tarta de chocolate —le dijo con una gran sonrisa.

Y Dale se le acercó, la cogió por la cintura y agachando su boca a la de ella, la besó en los labios.

—Dale...

—Perdona, no he podido resistirme.

—No pasa nada. Me voy a preparar la cena.

Pero sí pasaba. Parecían un matrimonio sin sexo. Ella se acaloró y se puso roja y él lo notó. Tembló en sus labios, no le era indiferente, y a Dale cada día le gustaba más.

¿Por qué lo había hecho? No quería que nada cambiase la relación que tenía, pero ganas de poseerla tenía, cómo no, se sentía excitado a todas horas con ella.

Quizá porque era la única mujer que había visto desde hacía tiempo, y también porque era especial y estaba buena.

Ella se sintió en una nube todo el día con el beso de Dale, y eso que había sido un beso en los labios. Pero le gustaba tanto ese gigante...

Aunque ella se mostraba amistosa y los días que llevaba allí no había sido más feliz en su vida.

Trabajaba mucho y terminaba muerta, pero le gustaba esa vida allí sola con él. Estaba mucho mejor, se sentía feliz como hacía tiempo y, aunque a veces Dale parecía serio, siempre hablaban de todo, bromeaban y soñaba con su cuerpo.

Era una mujer y también tenía necesidades. Se sentía a veces mojada si pensaba en sexo con él, y ya era hora, y con quién mejor que con un tipo como ese que estaba para morir y que ella iba conociendo y le gustaba.

Era inteligente y educado, le dejaba hacer las cosas como ella quería, se dejaba aconsejar y tenía unos ojos arrebatadores... y la había besado.

Por la noche, mientras comían un estofado...

—¿Cuánto has pintado?

—Unos buenos metros, mañana contigo adelantaremos más.

—Sí, ya verás que pronto te dejo con el campo solo, y yo me dedico a restaurar esta casa, y la pequeña, las dejaré maravillosas.

—No lo dudo.

—Los almacenes han quedado como nuevos. Con el tiempo tendré que comprar más maquinaria y útiles, y un tractor nuevo, pero de momento tengo para empezar.

—Estaban en buen estado, solo les hacía falta una mano de pintura. He guardado todas las facturas, las tienes en las estanterías, cuando terminemos tengo un gran trabajo de despacho también.

—Carmen.

—Dime, Dale.

—Siento haberte besado, fue un impulso, no quiero que pienses...

—No le des tantas vueltas a las cosas, Dale.

—Es que no quiero que te vayas por eso.

—Y no me iré, me gusta el rancho y el campo y es como si formara algo de mí, porque me siento parte al hacerlo.

—Eres una mujer magnífica e interesante.

—Gracias. Y me gustó que me besaras.

—Y sincera.

—Sí —dijo ella riéndose—. Pero no soy tu tipo de mujer.

—¿Y eso quién lo dice?

—Yo. Creo que tienes un tipo estándar de mujer más guapa, alta y aunque no muy fina, una mujer de esas de bandera como las que has tenido.

—Más mujer de bandera que tú, no he conocido a nadie.

—Pero soy muy normal.

—Creo que necesitas gafas y te subestimas siempre. Eres preciosa, buena, trabajadora, inteligente, creativa y muy guapa. Y me encantan esas mallas eróticas.

—¡Qué tonto! ¿Quieres tu tarta?

—Sí. —Cuando ella fue a levantarse a por la tarta, Dale le tiró de su brazo y la sentó en sus piernas. Miró en sus ojos y arrimó su boca a la de ella, y metió su lengua recorriendo todos los rincones de su boca. Ella se abrazó a él y le respondió:

—Me gustas, chiquita —le dijo bajito.

—Y tú a mí —respondió sonrojada y tímida.

—Pues hay que hacer algo con esta química, esta tensión y este deseo que siento por ti.

—No me gusta jugar, Dale.

—No estoy jugando, Carmen, sé cómo eres y nunca lo haría. Soy un hombre serio y más si te quedas.

—Sería como jugar a las casitas los dos solos, Dale.

—Me gustaría jugar contigo a las casitas, ¿qué me dices?

—¿Qué te digo de qué?  
—¿Salimos juntos? ¿Quieres ser mi pareja?  
—Si estamos juntos aquí.  
—Ya me entiendes.  
—¿No complicaremos las cosas?  
—Las complicaremos si no te tengo, porque estoy excitado contigo todo el tiempo y merezco, y tú también, tener un poco de felicidad.  
—Sí.  
—¿Sí?  
—Acabo de decírtelo, sí.  
Y volvió a besarla, la levantó y le dijo:  
—Y ahora tráeme mi tarta, cielo.  
—Pero qué tontorrón eres. —Él la miraba embobado.  
Y cuando tomaron el café y la tarta, se sentaron en el porche un rato con las mecedoras.  
—Ven aquí conmigo, pequeña.  
—Las vamos a romper, no están fuertes, esto se descompone. —Dale se rio.  
—Entonces nos iremos a la cama antes de lo previsto.  
—Tengo un poco de miedo. —Dale entrelazó sus dedos.  
—¿Con cuántos hombres te has acostado?  
—Con ninguno. —Él la miró sorprendido.  
—Carmen, mujer... Pero, eso...  
—No he podido, creía que en Nueva York encontraría a alguien, pero no hubo suerte.  
—Pero, y en el instituto, en la universidad...  
—No había quien me gustase. Era tímida para eso.  
—Dios, tengo treinta años y voy a acostarme con una virgen...  
—No me importa, si has cambiado de opinión, no pasa nada, quizá sea una decepción para ti.  
—Ni loco, solo que nunca me he acostado con una. Pero de que te deseo, no hay duda ninguna, y sé que no me voy a arrepentir y espero que tú tampoco.  
—¿Cuánto hace que no te acuestas con una mujer?  
—Más de seis meses. Desde que me fui a Afganistán la última vez.  
—Estoy sorprendida.  
—Cuando vine aquí venía de Afganistán, preciosa, y vine directo al rancho.  
—Pero eres un hombre muy guapo.  
—¡Qué boba y eso qué!  
—Pues que me extraña mucho.  
—No me acuesto con toda mujer que pasa por mi lado. Eso no existe, nena.  
—Tomo pastillas anticonceptivas.  
—¿Y eso?  
—Por la regla, era para regulármela. Me dolía a veces. Ahora ya no, desde que las tomo.  
—Dios, pequeña, creo que he cometido un error.  
—¿Y eso?, ¿ya no quieres acostarte conmigo?, no me importa, haré como si no hubiese pasado nada, no tiene importan...  
—Cállate. —Y la besó en los labios. La levantó, y de una patada cerró la puerta, subiéndola a su dormitorio.  
Se desvistió. Era un hombre perfecto, y su cuerpo, perfecto también. Su sexo era duro como una piedra y empinado como el trigo.

—Dios, Dale.

—¿Nunca has visto un miembro tampoco?

—Tan grande no...

—Eres... —Y la besó, desnudándola despacio y la echó en la cama. Estaba depilada y eso le sorprendió a Dale, pero no dijo nada y sus pechos y sus pezones eran grandes y le encantaban, altos y firmes. La alzó por la cintura, cogiéndola por sus caderas, puso su boca en su sexo y lo lamió. Carmen se desvaneció en segundos en su primer orgasmo con Dale.

Esa mujer lo excitaba, le respondía como ninguna y encima de ella empezó a penetrarla y encontró su barrera.

Ella abría las piernas para él, pero Dale no había hecho nunca el amor sin preservativo con una virgen y esa noche iba a estrenarse en las dos cosas; quería ser delicado y la besaba, mientras atravesó su barrera y un pequeño grito se desvaneció en la boca de Dale.

Esperó un poco, aunque se moría por explotar en su cuerpo y correrse en su interior, pero quería que esa experiencia fuese para ella.

Y empezó a moverse en su cuerpo despacio y cuando sintió el calor de ella y sus gemidos que lo excitaban como un loco, explotó en un clímax que no recordaba haber tenido con ninguna mujer.

Fue el mejor orgasmo de su vida y con una inexperta.

Se puso de lado mientras ella recobraba la respiración.

—¡Oh, Dios, Dale, oh Dios! —Dale sonreía con los ojos cerrados y la mano en el pecho, los dos boca arriba.

Ella se puso de lado y abrazó su cuerpo.

—¿Cómo estás, chiquita?

—En el cielo, espera que baje.

—Ha sido precioso, bonita. Me encantas. Tu cuerpo, tu piel, tu sabor...

—Ha sido maravilloso, lo que me he perdido todo este tiempo.

—Lo recuperarás conmigo, con nadie más.

—¿Y eso? ¿Te has vuelto posesivo?

—Sí, fíjate. Es como si fueses mía y de nadie más, soy tu primer hombre y espero que el único. Me tendrás babeando por tus huesos. Eres chiquita, pero matona.

—¿Ha sido especial, de verdad? —preguntó ella ingenua. Él sintió emoción por su ingenuidad y un instinto de protección que nunca había percibido por ninguna mujer. Había sido su primer hombre y le encantaba su cuerpo, sus pechos y esos pezones que lo ponían a cien.

—Ha sido muy especial para mí también, guapa.

Y ella lo miraba totalmente enamorada.

—Estás depilada.

—¿No te gusta?

—Me encanta. Estás desnuda del todo.

—Tonto...

—No puedo creerme que hayas permanecido virgen hasta ahora.

—¿Te he decepcionado?

—No digas eso nunca. He sido tu primer hombre y me tenías excitado desde que dormimos juntos la noche que tuve esa pesadilla. Ven aquí, que no hemos terminado.

—¡Dale...!

—Mira como estoy. —Y le llevó la mano a su sexo duro de nuevo.

—¿No serás un obseso sexual?

—Más o menos, pero solo contigo. —La subió a su cuerpo y entró dentro de ella, tomándole

los pezones, los mordisqueó y se los chupó. Ella gemía sin disimulo.

—¡Ah, Dale! Oh, pequeño, esto es...

Él se movía cada vez más rápido, sus sexos se rozaban, hasta que ella consiguió un orgasmo, pero Dale siguió hasta que ella consiguió un segundo orgasmo y se corrió como un loco en ella.

—Dios, Dios. Dale... —Dale no podía parar de reírse.

—¿Qué ha pasado, pequeña?

—He tenido dos orgasmos seguidos.

—He encontrado una mina de oro, tengo suerte.

—Y yo un hombre que sabe hacer el amor como Dios. Pero vas a matarme hoy.

—Ven, pequeña, descansa, creo que soy demasiado grande para ti.

—Me encanta que seas grande, así siento todo tu miembro en mí y me encanta.

—Eres una mujer... diferente, dices lo que piensas cuando tienes que decirlo.

—¿Eso es malo?

—Es auténtico, como tú, y me encantas.

Dale se tiró toda la noche besándola y abrazándola, y haciéndola gemir como él mismo lo hacía. Controlaba hasta que se descontrolaba con ella. Y, al final, se quedaron dormidos muy de madrugada y se despertaron tarde.

—Dale...

—Ummm...

—Es muy tarde, guapo.

—Pero es domingo.

—Pero tenemos trabajo, aquí no se descansa, pequeño.

—¿Ah no?, pues vamos a trabajar. —Y le tocó los pezones.

—¿Así estamos?

—Así estamos. —Ella bajó a su sexo grande y duro y fue la primera vez que le hizo a Dale el amor con la boca y este se derritió en ella.

—Dios, chiquita, aprendes demasiado rápido.

—Calla, quiero oírte gemir.

—Oh, Carmen, Dios...

Y explotó como una lluvia de nieve en ella.

—Preciosa. ¿Qué voy a hacer contigo?

—¿Pintar las vallas? —Dale se reía a carcajadas.

—Vale, pintaremos las vallas. ¿Vas a hacer un cafelito para tu hombre? Ese que te tiene contenta desde anoche.

—Mi hombre necesita un gran café hoy y un buen desayuno.

—Carmen —le dijo serio.

—Dime, guapo, ¿qué pasa?

—Sin bromas, ¿cómo estás?

—Muy feliz, en serio. Ya no soy virgen, estoy donde quiero, con quien quiero y hago el trabajo que me gusta, y estoy deseando empezar con la casa y tenerte todas las noches si quieres.

—No te dejaría sola en el otro dormitorio ya.

—Y tú, ¿cómo estás? ¿Te arrepientes de esta enana?

—Esta enana me pone duro, así que no, no me arrepiento. Ni de haber elegido esto, me refiero al rancho, ni de haber conocido a la mejor mujer del mundo.

—Adulador. —Y la besó apasionadamente.

—Venga, vamos a por ese desayuno. —Se tiró encima de él.

- ¡Ay, loca, ya verás!
- Tenemos trabajo.
- Menos, gracias a ti.
- Vamos.

Tardaron poco más de una semana en pintar las vallas, e incluso compraron unas pocas para el pequeño cementerio donde estaban enterrados sus padres y su hermano.

Ella se encargó de comprar unos jarrones de barro y pintarlos para meter siempre flores, aunque fueran del precioso campo que tenían.

Encargaron que les grabaran unas pequeñas lápidas con los nombres y se los instalaron.

En la entrada, Dale encargó un nuevo cartel de madera con el nombre grabado del rancho y lo colocaron.

En un mes habían hecho del rancho una preciosidad. Por las noches hacían el amor y durmieron juntos desde la noche en que lo hicieron por primera vez.

Ella cambió sus cosas al dormitorio de Dale y las metió en el otro vestidor.

Y por las noches cuando llegó mayo seguían cenando en el porche o se tomaban allí el café, descansaban y hablaban de mil cosas. De su infancia y adolescencia.

Él le había pagado ya su primer mes y le había dejado otros mil dólares para la comida.

—Ya no te queda si no el campo y comprar ganado.

—Sí, preciosa, si no hubiera sido por ti y tus ideas...

—Pues a mí me quedan al menos dos meses y medio o tres para dejar las casas como quiero, pero no me pasará del dinero que me diste. Creo que tendré con ello.

—Si te falta me lo dices.

—¿Qué haces mañana?

—Empezaré en el campo.

—¿No te importa bajarme todo del desván y dejarlo en el patio, antes de irte? Quiero aprovechar de allí un montón de muebles y cosas que pueden servirme como decoración de la casa.

—No, cielo, te lo sacaré todo.

—Es que voy a limpiarlo primero y lo dejaré pintado. Voy a ver qué puedo reutilizar y restaurar para la casa; cuando acabe, subimos lo que haya de recuerdos de tu familia y lo inservible, lo tiro.

—Bien.

Luego, mientras estaban cogidos de la mano, hablaron del ejército, de cómo le fue.

—Pedí una excedencia de un año y ahí decidiría. No sabía lo que iba a pasar con el rancho y si no me iba bien, me iría de nuevo. Pero creo que nos irá bien. Tanta guerra me estaba estresando.

—Pero ¿pueden llamarte?

—Sí, pero no antes de un año. Pero puedo presentar mi renuncia antes. Y si el rancho no va bien, lo vendo y nos vamos a vivir a la base. Si quieres venirme conmigo, claro.

—¿Me lo pides en serio?

—Claro que es en serio. Tendríamos que casarnos. Pero te querría conmigo.

—Llevamos apenas un mes saliendo.

—Para mí es suficiente. Me gustas mucho.

—Pues yo deseo que vaya bien el rancho. Me gusta estar aquí. Prefiero el rancho a que vayas a más guerras. ¿Cuántas reses vas a comprar?

—Cuando termine el campo vemos precios por Internet. ¿Quieres que te pida Internet ya para la casa?

—Prefiero esperar unos días, puedes mirar por el móvil mientras tanto, esperaré a tener el despacho listo, o veré si lo hago tras el desván. Primero quería dejar la parte de arriba lista, la de abajo, el patio y la entrada. Por ese orden. Los baños están... para cambiarlos enteros, pero tengo ideas baratas.

—No me extraña que tardes dos meses en arreglar este desaguisado, pequeña.

—Quiero que te quede preciosa, por poco dinero y con algunos toques *vintage*. ¿Quieres que miremos los precios de los animales?

—Contigo no me queda otra.

—¿Dónde vas a comprarlas?

—Hay un sitio en Montana, a un día al norte. Allí compraba mi padre, en el Grand Ranch. Además, hay que comprar paja y grano, inscribir a los animales y el veterinario. Tenlo en cuenta. Y tengo un tope para que me quede hasta vender terneros. Pero si tengo que pedir un préstamo, lo haré. Pediré lo justo para comprar los animales. El resto es para tenerlo de remanente. No me puedo quedar sin nada.

—Me parece bien. Vamos a buscarlo..., pero puedes empezar con pocos y no tienes que pedir préstamos altos.

—Tengo que pedir, preciosa, para el ganado, una res puede costarte unos dos mil a dos mil trescientos dólares. Se venden al peso.

—¿Y cuántos piensas comprar?

—Lo que me dé un millón de dólares que voy a pedir, y con tres caballos y una yegua para ti. Así que lo que me llegue de dinero. El resto es para pagar, comprar, gastos y guardar. No puedo quedarme sin dinero hasta que vayamos vendiendo terneros y tengo que comprar al menos cinco toros. Y esos salen más caros. En cuanto acabe el campo, que espero sea en menos de una semana y lo deje para el pasto, voy a pedir un préstamo de un millón.

—¿Qué? ¿Y cómo vas a pagarlo?

—Con una hipoteca sobre el rancho a quince años. Si luego lo puedo pagar antes... mejor. Al final de año pagaré intereses y capital, o como yo quiera. Prefiero a primeros de año cuando haga cuentas y el cierre del año.

—Eso son casi ciento veinticinco mil dólares al año.

—Sí. Tenemos que vender al menos unos cuantos terneros al año.

—¿Y te darán el préstamo?

—Sí, es más barato si es hipotecario. No hay otra.

—Bueno. Si no te arriesgas...

—Compraré quinientos cinco toros o los que me aconsejen para las terneras que compre, y espero que por mi padre me hagan una rebaja, no pagaré más del millón.

—Me parece bien.

—Siempre te hago caso.

—Gracias. Aunque yo de toros no sé nada, pero es mejor un rancho familiar para empezar. Tampoco es enorme y es preferible que pagues y obtener los beneficios suficientes para los pagos y tu trabajo. Ya veremos cómo va la contabilidad. En unos cuantos meses verás, y si vas aumentando, puedes dejar siempre algún ternero.

—Creo que el primer año no tendremos muchos beneficios y este menos, han sido y serán solo gastos, pero el año que viene con los terneros que nazcan, con que mantenga el saldo final de este año me conformo y el otro ya debo tener beneficios. Si no, mal vamos.

—¿Cuánto tarda en nacer un ternero?  
— Unos nueve meses.  
—¿Y puedes comprar vacas preñadas?  
—Por supuesto, pero serán más caras. Pienso comprar, sí, aunque sean más caras para tener algo de beneficio el año que viene y el resto que queden preñadas. Además, ten en cuenta que cada vaca tiene una media de un parto al año.  
—Pues entonces puedes tener quinientos terneros cada año.  
—Pues sí, podemos venderlos una vez que dejen la leche materna por trescientos o cuatrocientos dólares o esperar y venderlas por kilos. Eso ya lo iremos viendo, pero podemos sacar mínimo unos doscientos cincuenta mil dólares al año, eso mínimo, pero hay que descontar los gastos y la hipoteca.  
—Bueno, puedes vender el primer año los pequeños para, al menos, compensar e ir vendiendo luego por kilos.  
—Sí, sería una buena idea. Ya iremos viendo. Me quedaré también con algunas, las hembras. Unas cuantas al año y así ir aumentando la cantidad de reses. No te preocupes. Algunos partos son de dos terneros.  
—Creo que te irá bien pasados dos años, ya verás. Y si te quedas con un buen remanente, podrás soportar los gastos.  
—Bueno, pequeña. Esperemos que todo vaya bien.  
—Irá.  
—¡Qué guapa eres!  
—Y tú también.  
—Y al final sabrás más de reses que yo.  
—No creo, tú has vivido toda la vida en este rancho.  
—Pero tienes buenas ideas. No eres tonta para nada. Y sabes contabilidad, lo cual me hará la vida más fácil a la hora de ahorrar y obtener beneficios.

## CAPÍTULO CUATRO

Al día siguiente por la mañana, Dale le sacó todo lo que tenía en el desván antes de ir al campo.

—Madre mía, si el patio está lleno de cacharros, cielo..., cómo pueden caber tantas cosas ahí arriba.

—Es cierto, aquí hay una barbaridad de cosas, pero ya verás que algunas se llevan ahora y las utilizaré, y una vez que las limpie quedarán preciosas. Vamos a desayunar antes de que te vayas. Voy a prepararte los bocadillos y la limonada. Tengo que ir al pueblo a comprar comida y algunas cosas para mí y el despacho. Hoy me voy a dedicar a comprar y para el desván que es pequeño si me da tiempo. Pero no te preocupes tanto.

—Está bien, pequeña. Te veré en la cena entonces.

—Sí. Nos vemos luego.

Y tras desayunar ella cogió la camioneta y se fue al pueblo; mientras, Dale se fue al campo con el tractor.

Carmen hizo un pedido para una semana de comida. Luego, con su dinero se compró algunas camisetas, las pastillas anticonceptivas, porque le vendría la regla pronto. Y otros productos de aseo.

Después, fue a la casa de pinturas y compró lo que podía faltarle para la parte de arriba y poder pintar y restaurar los muebles, pintura para restaurar las bañeras y los suelos.

Las duchas, siliconas y baldosas para las duchas y para los salpicaderos de los lavabos, productos para limpiar los grifos, que eran de bronce y le encantaban, y cuatro espejos *vintage* para los lavabos, algunas lámparas y otras para las mesitas de noche, metros de rodapiés de madera sin pintar, del tamaño que ella llevaba, puntas para el taladro, que necesitaba y después fue a un almacén de ropa de casa y compró una cortina para el despacho y las barras de hierro para ponerlas con los accesorios, y tres colchones también.

Compró otras tres barras más para los dormitorios de arriba juntos con las cortinas, y edredones a juegos, y tres colchones nuevos, distintos para cada cama, tres juegos de sábanas para cada casa, toallas y un par de mantas calentitas también para cada cama y alfombras para el suelo, mantitas para los sofás que compraran y cojines para todo.

Había ido a un almacén muy barato y compró todo lo necesario para la parte de arriba. Y algo para la de abajo.

Un sillón para el despacho, una mesa grande y unas estanterías, fax, fotocopidora y un portátil, todo a buen precio, un reposapiés y después fue a la papelería y compró un sinfín de productos para el despacho. Y solicitó Internet. Al día siguiente iban a conectárselo.

Bien, menuda compra había hecho. Aun así, gastó 15000 dólares en la casa, así que debía tener con el resto para la parte baja de la casa. Y los otros 30000 eran para la otra casa que aún ni había visto.

Pero al menos creía tener pintura para toda la casa grande.

Cuando llegó al rancho, descargó la pintura en el garaje donde tenía todos los productos, la ropa y colchones en una de las habitaciones, y las cosas del despacho en un rincón del salón.

Colocó la comida y se dispuso a hacer la cena. Hizo un buen estofado y ensalada. Se tomó una limonada y un par de bocadillos pequeños y limpió bien el desván. No era grande y tardó poco.

Se puso una mascarilla y lo pintó en un santiamén en blanco, hasta las puertas y al suelo del desván también le dio con pintura blanca.

Allí no se iba a pisar, lo dejó abierto, pintó las escaleras y las puertas por dentro y fuera, que eran pequeñas. Dejó abierta una de las habitaciones y la ventana para el olor hasta el día siguiente.

Luego se fue al patio y estuvo mirando cosas del desván. Había un baúl precioso que utilizaría como mesa de centro del salón y una estantería que la pondría también en el despacho, otro par de balancines y sillas que las pintaría y tapizaría, y compraría una mesa de segunda mano; esta sería para el comedor, algunas lámparas que eran maravillosas y que limpiaría y las dejaría instaladas en el salón.

Tenía lámparas para toda la casa, con las que había y las que compró, algunos espejos y una mesita alta y pequeña, para la entrada, alfombras, que limpiaría y objetos de decoración.

Otras las tiraría y había fotos familiares que colocaría también y cuadros maravillosos que ella le haría unos buenos marcos y los colgaría por la casa, macetones para el patio y macetas antiguas.

En esos momentos, entró Dale por la puerta.

—Hola, chiquita, ¿qué tienes liado aquí? —Ella rio.

—Cuando termine verás. —Se lanzó a sus brazos y lo besó. Él la subió a su cintura y le dio un beso.

—Vengo sudado, necesito una ducha, y comer.

—¿Nos duchamos juntos?

—¡Qué buena idea! —Se la echó al hombro y subió las escaleras.

—¡Ay, Dale!, ¡qué loco estás, bájame!...

—En la ducha.

—Por Dios, no soy un saco de patatas.

—Eso lo sé, bonita. Voy a frotarte la espalda.

Y le frotó la espalda, y cuando estaban enjabonados la cogió como una muñeca y se la subió a su cintura y entró en ella fuerte y veloz.

—¡Oh, Dios, Dale!, oh, Dios...

—¿Qué pasa, bonita? —le decía en su boca.

—Estoy...

—¿Tan caliente y húmeda como yo?

—O más. —Le sonrió.

—Te deseo, preciosa —La embistió más rápido, hasta que explotaron en una danza de jabón y sexo. Ella echó su cabeza en su hombro y sin soltarlo del cuello, él le dio al agua y bajo la lluvia del grifo. Se besaron.

—Quieta, que me pones otra vez...

—Me gusta ponerte, hoy te he visto poco y necesito tu cuerpazo.

—¡Qué loca estás! —Cuando se secaron, él se tumbó un momento en la cama y ella se echó encima de él.

—Sí, tú caliéntame, nena...

—¿No te gusta?

—Sí que me gusta. —Y metió su miembro en ella.

—¿Y ahora?

—Habrá que terminar el trabajo —dijo temblando y se movieron al unísono hasta terminarlo.

Después, se quedaron abrazados un rato.

—Chiquita, me vas a acostumbrar mal, me gusta tu cuerpo tanto, que ahora te echo de menos en el campo.

—Ahora no puedo irme contigo. Tengo mucho trabajo aquí y mañana vienen a conectar Internet. He pensado poner el despacho lo siguiente. ¿Sabes que ya he pintado el desván? Mañana lo dejo abierto de nuevo y que se seque bien. No tiene ventanas. Y me pongo con el despacho temprano, y luego arriba. He comprado un montón de cosas. Pero no quiero que veas nada hasta que lo vaya dejando lista.

—Eres una *crack*, preciosa. Voy a tener que casarme contigo.

—¿Eres de los que se casan?

—Creo que sí, ¿y tú?

—Aún soy muy joven, ¿no crees?

—No voy a esperarte seis años, estaré viejito.

—Tú no estarás viejo nunca. —Y le tocó su pecho.

—Cuando vaya a por las reses, me traeré unos cuantos caballos y una yegua para ti, al menos tres caballos.

—¿Los necesitas?

—Lo necesito si meto a alguien. La yegua para ti. Tienes que aprender.

—Me dará algo de miedo.

—No seas tonta. Mañana voy al banco, saco dinero y me traeré lo necesario para los animales. Los pondremos en el almacén del grano.

—¿Cuánto te queda del campo?

—Creo que esta semana. No hay tanto trabajo como pensaba, solo las malas hierbas y las que están demasiado altas.

—¡Qué bien!, creo que podré acabar para el fin de semana el despacho y al menos dos dormitorios.

—Vamos a comer ya, o no podré moverme.

—Claro, tengo estofado.

—¡Qué hambre!

—¿De qué?

—De ti luego, española, este cuerpo necesita comer.

—Ay, qué pena. —Y le azotó en el trasero.

—Arriba, comamos.

Pero su hombre por la noche le hizo el amor un par de veces. Nunca se quejaba. Parecían un matrimonio construyendo algo, eso le decía Dale.

—Me alegro de tenerte, pequeña. Hasta no tengo pesadillas.

—Me alegro, y yo estoy fabulosa, nada de ansiedad. El trabajo duro cura todo esto.

—Si veo a ese hijo de puta le doy un puñetazo que lo tumbo.

—Esperemos que no vayas por la Gran Manzana, bruto.

—Mi pequeña. —Y la abrazó fuerte.

Al día siguiente, mientras Dale estuvo en el campo, Carmen pintó todo el despacho de blanco, puso los rodapiés pintados previamente en azul y los clavó con la taladradora. Era raro que la casa no los tuviese.

Ella los había medido y pintado. Pintó la ventana y la puerta, y dejó que se secara.

Mientras se secaba todo, puso la barra de la cortina y la cortina planchada nueva. Limpió una de las lámparas y la colocó, le dio al suelo con un producto que le aconsejaron para ese tipo de madera del suelo y quedó precioso. Tuvo una idea de cómo quedaría toda la casa y le encantaba.

Cuando terminó todo, eran las tres de la tarde. Había trabajado desde las seis de la mañana e iba a terminarla.

Metió todos los muebles, algunos que había pintado por la mañana y estaban secos y todo quedó limpio. Habían venido también a ponerle Internet.

Y se metió en la cocina a hacer la cena. Hizo un pescado con patatas en rodajas en el viejo horno y mientras se hacía, terminó lo que quedaba del despacho, algunos cuadros, una lamparita que limpió. Y dejó el despacho listo. Precioso.

Conectó el portátil a la impresora, al fax y configuró Internet. Colocó todos los artículos del despacho que había comprado, las carpetas en los estantes... limpió unos cuadros de litografías que había en el desván y los colgó.

Cuando arreglara el patio y la entrada compraría una maceta o dos pequeñas para el despacho. Y metió en el cajón todas las facturas. Ya las organizaría.

Estaba mirándolo cuando entró Dale. La cogió por detrás y le dio un beso en el cuello.

—Me pones los pelos de punta, hombretón.

—Calla, boba, te deseo. Vengo...

—Mira qué he hecho hoy. Acabo de terminar y dejar todas las facturas en el cajón. Ya las iré seleccionando, y estoy muerta.

—Pero qué... ¡Esto es precioso!, tienes un gusto...

—Pues me ha costado barato, los muebles los he comprado en una tienda de segunda mano del pueblo.

—Por Dios, Carmen. Menudo despacho has dejado.

—Tengo todas las facturas en el primer cajón. Cuando tenga tiempo iré poniendo algunas en orden, creo que descansaré los domingos y así me voy poniendo al día.

—Sí, descansa, pequeña, que voy a tener que pagarte doble, ¿qué le has hecho al suelo?

—Arreglarlo con lo que me han aconsejado, así quedará toda la casa.

—Dios, qué bonito, los cuadros, la lamparita.

—De segunda mano y del desván.

—Vales una mina de oro, nena.

—Ja... eso te costará más.

—¿Nos duchamos?

—Claro, acabo de terminar, pero no me ducharé contigo. Me ha venido la regla.

—Joder, bueno, preciosa, a esperar me toca, nos abrazaremos.

—¿No ibas a ir hoy al banco?

—He pensado dejarlo hasta que termine el campo. La semana que viene voy.

—Mejor.

Al siguiente día, se metió en uno de los dormitorios pequeños y limpió los grifos, pintó la ventana y quitó las baldosas del baño y del lavabo; una vez quitados, pintó la ducha y el lavabo.

Limpió todo el baño y se puso con la silicona y los azulejos y, mientras se secaban pintó el cuarto de baño. Había elegido unos azulejos preciosos para la zona de ducha y lavabo. Y pintó el baño de azul.

El vestidor lo pintó y le puso barras nuevas porque estaban oxidadas y mientras se secaban los baldosines, pintó el dormitorio, la ventana y la puerta. Con la máquina, pintaba rápido. Y bajó a hacer la comida.

Al siguiente, limpió, restauró y pintó los muebles del azul que tenía como el baño, el cabecero

de la cama, puso los rodapiés, pintó la puerta y terminó el baño y los suelos.

Quedó todo superlimpio, parecía una ducha nueva y le dio brillo a la encimera y al mueble del baño.

Terminó el suelo y bajó más tarde de lo debido a hacer la comida, así que hizo una sopa y una tortilla de patatas que esperaba que le gustara.

Subió de nuevo y colocó uno de los colchones, hizo la cama, puso la cortina, la lamparita limpia y la lámpara que había, la limpió bien, colocó toallas y las sábanas de ese dormitorio y las cestitas y cosas para el baño que había comprado, una cortina nueva para la ducha. Le había costado tres días terminar esa habitación. Tres días intensos. Estaba muerta.

Y otros tres para el siguiente dormitorio, igual que para el primero. Eran iguales.

Y el sábado, Dale había terminado el campo y entre los dos acabaron con la habitación principal.

Ella le decía qué tenía que hacer y en un día la acabaron. Terminaron muy tarde y muertos de cansancio.

—¡Qué mujer! Trabajas duro.

—¡Qué bonita ha quedado!, pero tardaremos un par de días en entrar.

—¿Y eso?, dejaremos la ventana abierta y así se secará bien la pintura. Dormiremos en la primera que hice. Ahora tengo todo ordenado, pero el lunes acabo arriba entero el pasillo y la escalera. Mañana estaré en el despacho y descanso un poco, si puedo.

—El lunes me llevo toda la basura que has dejado al pueblo, los colchones y eso.

—Muy bien y espero que te den el préstamo, cielo.

—Mañana no hagas comida.

—¿No?, ¿y eso?

—Vamos a comer al pueblo, y a tomar café.

—¿En serio?

—Sí. Ya es hora de salir a dar un paseo.

—Puedo aprovechar y ver algunas cosas.

—Nada de eso. Vamos de paseo a relajarnos, además, es domingo. Está todo cerrado.

—Está bien, pequeño. Echamos un rato en el despacho y luego nos vamos a comer.

—Y te ayudo a echar la siesta luego —dijo Dale—. ¿Se puede ya?

—Pues ya puedes echarla.

—¿En serio?

—Sí, se me ha ido ya la regla.

—Pues creo que no esperaré a la siesta.

—Sí, tendrás que esperar a mañana.

—¡Qué vida más perra! —Ella se reía.

El domingo, Carmen se bajó un programa donde fue metiendo facturas y las compras, diferenciando la del rancho de la de la casa.

Como se habían levantado temprano, Dale iba absorbiendo todo lo que ella hacía, le ayudaba a decirle la partida y ella metía los datos en el ordenador.

Habían comprado gasoil para el tractor, el todoterreno de Dale y la camioneta de Carmen.

Y unos bidones grandes de agua para llenarlos del grifo del granero y llevarlos a los abrevaderos cuando hicieran falta.

La pintura. Las herramientas, cuatro escopetas y cartuchos que Dale había comprado también. Y los aperos para los caballos.

Y el resto era trabajo, con lo cual, del campo él no había gastado demasiado, porque habían

arreglado muchas cosas entre ambos, salvo pintura y herramientas, llevaba gastado casi doscientos mil dólares y faltaba la paja y el grano, y ya él iba a hacer el pedido para que se lo trajeran y tenerlo preparado.

El veterinario se encargaría de las vacunas. Entre la paja y el grano, traerlo y que se lo dejaran metido, se gastaría otros cincuenta mil dólares al menos, que le durara para casi un año.

En invierno comerían más veces los animales dentro del granero. Por ello, un millón de dólares a pagar en quince años en principio como ella le aconsejó era lo ideal.

Al final, les dio tiempo a meter todos los gastos del rancho. De la casa se ocuparía cuando terminara, los tenía aparte.

Los pasaron a un *pendrive* y ella los pasaría a una carpeta al final de año con su número de carpeta.

Y ahí le metería los gastos de la casa cada año; lo haría en cuentas aparte. Y también las nóminas en otra partida distinta.

A él le encantó cómo trabajaba Carmen. Sabía hacer de todo y se lo ponía fácil y eso que cuando la vio por primera vez, estuvo a punto de decirle que se fuera, y era más fuerte que él y más inteligente.

Y, por un momento, se sintió inferior.

Lo suyo era el trabajo duro, pero ella trabajaba duro también y encima, sabía hacer de todo. Y podía entablar una conversación de cualquier cosa. Era de todo menos aburrida.

Cuando metieron los gastos de la casa e hicieron lo mismo que con las del rancho, se fueron al pueblo y comieron en la cafetería.

Carmen se empeñó en dejar todo listo.

Luego dieron un paseo y él le enseñó casi todo el pueblo, los sitios que ella desconocía, y luego tomaron café y un trozo de tarta, y se llevaron la cena cuando ya estaban cansados.

—Eres tonto, puedo hacer algo de cena rápida.

—Hoy no vas a cocinar, tienes el día libre. Ya has trabajado por la mañana, pequeña.

Era una guasona, todo lo llevaba a broma y a él le tomaba el pelo. Le gustaba jugar con Dale.

Él era más serio, sin embargo, con ella no le quedaba más que bromear y hacerla feliz. Se estaba enamorando de esa mujer y él no había estado enamorado nunca.

Cuando estaban en misiones en la guerra, la mayoría de sus compañeros recibían fotos y cartas de amor con corazones, fotos... Y eso a Dale le parecía lejano, sin sentido.

No creía mucho en el amor ni en la familia, la suya había sido un desastre y lo que veía no lo era menos, así que cuando salía en la base, nunca en misiones de guerra, se buscaba una chica y se acostaba con ella y con unas cuantas cervezas, pero Carmen era diferente. Se trataba de una buena chica, y era solo suya hasta ahora, y así quería que siguiera siendo.

Se dio cuenta cuando entraron a comer a la cafetería, de que los vaqueros la miraban y es que era guapa y sus ojos se iluminaban, y esa sonrisa para todo el mundo... se sintió celoso.

Saludaba a todo el mundo como si lo conociera de toda la vida y podía pararse con un desconocido a hablar del tiempo, de cualquier cosa.

Algunos la conocían de haber ido al pueblo, solo unas cuantas veces a comprar.

Y le preguntaban qué tal iba el rancho, a él también, pero solo lo saludaban porque siempre había sido un chico callado y serio. Sin embargo, a ella...

Es que no tenía defectos para él.

El lunes, Dale se vistió más elegante para ir al banco y llevaba las escrituras del rancho.

La abrazó.

—¡Qué bien hueles! Y mira yo...

—Tú estás preciosa para mí, como siempre, desde que te conocí.  
—Mentirosillo, querías echarme en cuanto viste mi cuerpo.  
—Bueno, las apariencias engañan, eres más dura y fuerte que cualquier mujer que conozco, y que muchos hombres también. Y ahora ese cuerpecillo me encanta y es mío solamente.  
—¿Has dicho dura? —Y lo tocó por encima del pantalón.  
—Déjame, descarada, que no voy a poder andar. —La besó.  
—Ummm, es que estás tan bueno... y vas tan guapo...  
—Y tú eres una chica tan sexual...  
—Tengo sangre latina. Anda, di que no te gusta que ande tras de ti a todas horas.  
—Me encanta, eso es lo malo, que me gusta demasiado. Siempre estás preciosa y te deseo. Siempre estás húmeda para mí.  
—Anda, vete ya, estoy llena de pintura, pero me encantaría violarte.  
—Qué loca estás. Me voy ya —dijo, con una sonrisa en la boca.  
—Que tengas suerte, pequeño, y te concedan el préstamo.  
—Eso espero, nena. Hasta luego.  
Ella terminó la parte de arriba entera hasta el final de las escaleras. La baranda de madera la pintó de azul y bajo la madera del escalón, de color blanco.  
Quedó preciosa una vez la madera estuvo pintada. Y algunos cuadros que puso en el pasillo de los dormitorios, y limpió las lámparas y el suelo.  
Empezó con el techo del salón y la cocina, puso plásticos y pintó todo el techo y siguió con el salón. Era rápida, consiguiendo pintarlo entero.  
Por la tarde, pondría los rodapiés y pintaría también las mesas auxiliares y las mesas, pondría las lámparas y limpiaría el ventanal de puertas francesas que daba al patio y era de aluminio.  
Dejaría el suelo, pondría los muebles para el día siguiente, y limpiaría el suelo.  
Mientras hacía la cena y se tomaba un bocadillo, entró Dale por la puerta con una gran tarta.  
—Te lo han dado...  
—Sí, preciosa.  
—No te doy un abrazo porque te voy a manchar. Dame un beso.  
Y Dale la abrazó sin importarle nada y la besó con pasión.  
—Dios, qué bien, ya puedes encargarte la paja, el grano y llamar al rancho que vende el ganado.  
—Cuando vaya, me traigo los caballos y tardaremos unos días en seleccionarlos. Te quedarás sola.  
—Claro, no te preocupes, tengo trabajo.  
—¿No te dará miedo?  
—¿Por qué?  
—Bueno, no quiero que estés sola tanto tiempo aquí.  
—No seas bobo, es un pueblo pequeño.  
—Voy a entrar al despacho y llamar.  
—Dale...  
—Dime, pequeña.  
—Hay una agenda a la derecha del ordenador, anota los números de teléfonos de los del gasoil, de la comida del grano, de todo lo que se necesita para el rancho, el banco, todo.  
—Eso está bien.  
—Claro. Haz el favor.  
—Te lo haré por si alguna vez necesitas hacer tú las llamadas.  
—Gracias, guapo, te haré un bocadillo y una cervecita y te lo llevo, si no me manchas la mesa.

—Eres un cielo.

—Lo sé. —Y lo besó—. Estoy haciendo la cena también.

Dale encargó lo que necesitaba y habló con el rancho. Lo escuchó regatear para los caballos.

—¿Qué?, ¿has conseguido algo mientras pintaba los rodapiés del salón?

—Bueno, al menos he conseguido una rebaja, al final me están separando diez toros, que es lo que me han aconsejado para quinientas terneras jóvenes, algunas están ya preñadas.

—¡Qué bien!

—Y con los caballos, tres, y una yegua joven. Me dejan todo alrededor del millón cien mil y el transporte gratis, depende de lo que pesen.

—¿Pero no vas a verlos?

—Sí, me voy el jueves. El miércoles traen la paja y el grano y el jueves me voy temprano, quiero ver qué me ofrecen, pero la oferta ya la tengo hecha.

—¿Y el grano y la paja cuánto te sale?

—He comprado entre todo, cincuenta mil dólares, para casi el año, si nos faltan, hacemos otro pedido.

—Pues ya no gastes más.

—No, de lo que tengo me quedaré con ochocientos veinticinco mil dólares, que es lo que me queda. Pon ochocientos mil en la cuenta del rancho y el resto lo dejo para mi cuenta particular.

—Como quieras.

—Y de ahí tenemos que tirar, bonita, para todo, la casa, el rancho y tu sueldo.

—Tú debes de ponerte un sueldo.

—¿Para qué?

—Porque eres un trabajador. Te lo pondré.

—En cuanto venga con el ganado te dejo una tarjeta para pagar lo del rancho y te meto el dinero. De ahí sacas mil dólares para la comida y dos mil de tu nómina. Toma las nóminas de la gestoría de estos dos meses.

—No pagues gestoría, sé hacer eso.

—¿En serio?

—Y la declaración de la renta.

—Vale, pues toma lo que me han cobrado por darme de alta como ganadero y la minuta de la gestoría, a partir de ahora lo haremos nosotros, yo te ayudo.

—Debes gestionar tu rancho y no pagar por cada cosa, Dale, si no, no tendrás ganancias.

—Pero qué mujercita más ahorrativa tengo, ¿qué haces?

—Intentando terminar el salón, que será mañana.

—Te ayudaré hasta pasado mañana que venga el grano. Al final viene el miércoles. Ya todo está terminado.

—Estupendo, avanzaremos más así.

Y el martes casi limpió todo el salón, colocó las cortinas, el suelo, la mesita auxiliar con la lámpara, las estanterías del salón, limpió objetos para ponerlos en las estanterías, los marcos de fotos, un cuenco para poner las llaves en la mesita, al lado de la lamparita de entrada, la mesa comedor con sus cuatro sillas *vintage*, pintó la de la cocina con sus dos sillas y los taburetes que había comprado.

Mientras, él colocaba los rodapiés como ella le indicaba. Limpió una chimenea de luz.

Y, por la tarde, fueron al pueblo a por una televisión, un equipo de música y los sofás, fueron a una tienda de muebles y encontró todo chollos.

Se trajeron dos sofás grandes preciosos en azul parecido a los de la decoración, un sillón

balancín para lectura, una lámpara de pie, algunos objetos de decoración.

Y los balancines que pondría en el porche, una mesa también para ese lugar y una alfombra.

Cuando llegaron y colocaron todo, el salón parecía de diseño.

—Esto es maravilloso. Voy a poner la tele.

—Y yo el equipo de música en este lado, por fin escucharemos música. Tengo algunos cd. No sé si te gustarán las rumbas, las sevillanas y el flamenquito —se rio—, pero me los traje de Sevilla. Podemos comprar algunos si voy otro día. A ver lo que me queda del dinero.

—Ya te he dicho que cojas más si lo necesitas.

—Aún me sobran veinte mil dólares para esta casa y tengo que arreglar la cocina, y esa se llevará la mayor parte. En los electrodomésticos, porque el porche y el patio no será mucho. Ya veré.

—Ven, preciosa, vamos a estrenar los sofás, espera, ayúdame con ese baúl viejo que lo he limpiado y será la mesa de centro.

Y cuando le colocó las mantitas y los cojines, todo estaba listo.

—Me queda la puerta de entrada, pero eso es lo último.

—Me gusta cómo estás dejando la casa.

—Te voy a dejar una casa de lujo, no de ganadero. Entrarás por detrás para no pisarla.

—Bueno, me aguantaré.

—Ummm, ¿cenamos ya?

—Después de que estrenemos el sofá.

—Tendrás que esperar a que me bañe.

—¡Maldita sea!, te espero mientras los estreno y miro a ver cómo se ve la televisión.

—Ahora vengo. No tardo nada.

—Bueno, pero ven, te abrazo y te beso, vamos a ver si son cómodos.

—Ufff, estupendos. —Se la puso encima, besándola—. Ya ves lo que nos han costado.

—Eres la reina de los chollos. Esto ya se parece a una casa chiquita. Cuando termines vamos a comprar una botella de champán para celebrarlo. Lo que más me gusta, ese colchón que has comprado.

—Claro, los otros estaban para tirarlos.

—Ya los he tirado.

—Mañana me meteré en la cocina, quiero quitar ese salpicadero también y pintar los muebles. Voy a encargar una encimera nueva para toda la cocina.

—No paras, mujer.

—Me queda poco, dos días en la cocina, uno en el patio, el aseo lavadero y otro el porche y pintar por fuera, total, la semana que viene, y luego voy a ir a un vivero o donde vendan macetas.

—Hay uno al otro lado del pueblo.

—Bien, pero ahora voy a la ducha.

—No tardes, me voy quitando la ropa.

—Y luego dices que soy una descarada...

El martes se metió en la cocina, vació todos los muebles y los pintó por dentro y por fuera, quitó el salpicadero y puso uno de cuadritos pequeños en tonos azulados que había comprado.

Y mientras todo se secaba, midió los electrodomésticos. Dejó la cena hecha y se fue al pueblo a comprarlos, y unos tiradores para los muebles nuevos de las puertas de la cocina.

Fue a una tienda de electrodomésticos y pidió la lista. Como no se pasaba del presupuesto, los pidió todos nuevos de aluminio y una placa de gas, una columna de lavado, un horno nuevo, lavavajillas y un buen frigorífico, campana extractora y un termo eléctrico nuevo, pidió una rebaja

para un congelador no muy grande y una barbacoa pequeña para cuatro. Y una encimera que ella midió a conciencia.

En total se gastó quince mil dólares y al día siguiente se lo colocaban. Aún le quedaban cinco mil dólares que tenía que gestionar bien para el patio y la entrada y lo que viera que podía poner.

El jueves salió de viaje Dale en busca de su ganado, limpió su todoterreno y la abrazó fuerte.

—Ten cuidado, pequeña, si te montas en algún sitio, como mucho estaré aquí el sábado o el domingo. Son muchos días, ¿de verdad estarás bien?

—Estaré bien, espero tenerlo todo listo para cuando vengas, pequeño.

—Y ya solo tendré que dedicarme a la casa, pequeña y fin.

—Para lo que te he contratado.

—Y la contabilidad que tengo que meterla.

—Ya te he dado la cartilla con los ochocientos mil dólares. Esa es para el rancho y esta es la tarjeta.

—Lo meteré en el despacho.

—Yo me llevo la mía. He pagado el grano y me llevo para pagar el ganado, te traigo la factura.

—Muy bien, cuando me la des, pongo todo en orden y tu saldo será para empezar los ochocientos mil.

—Estupendo, y empezaremos a rodar.

—Eso también.

—¡Qué mala!, menos mal que no puedo ahora, que si no...

—Cuando vengas, estaré lista para rodarte, vaquero.

—Dame un beso, guapa, me voy, tengo unas horas por delante.

Y la subió a su cintura. Ella lo abrazó con fuerza y lo besó por todos lados.

—¡Qué loca eres, española!

—Es que tú eres más soso...

—Sí, tienes razón, me cuesta más, pero me encanta que tú seas así.

—Ten cuidado, pequeño.

—Lo tendré.

Cuando vio salir el todoterreno de Dale, se metió en casa y empezó a montar las puertas pintadas de la cocina.

En ello estaba cuando vinieron a montar los electrodomésticos. La columna de lavado se la dejaron en el baño lateral del patio que tenía acceso a la calle.

Todo quedó perfecto y terminó la cocina, quitó el salpicadero viejo y puso el nuevo. Le habían colocado también una pila para fregar nueva con un grifo de bronce.

Le colocaron una encimera nueva que había comprado. Cuando ella terminó de colocar los muebles y meter toda la comida eran las once de la noche; cenó una tortilla, se dio un baño y marchó a la cama.

Al día siguiente, terminó de limpiar el suelo, puso la cortina de la cocina, y uno de los armarios altos hasta abajo, lo dejó como mueble para productos.

Puso algunos jarrones en las mesas y uno de cerámica encima de la península con fruta, un reloj, y encontró un espejo entre las cosas del desván; en el patio lo limpió y lo puso encima de la mesita de entrada.

Le faltaba la puerta de entrada, el porche, el aseo y el patio. No era demasiado grande, pero quiso limpiarlo, meter en el desván algunos recuerdos personales que adecentó y metió en un baúl viejo y el resto, lo dejó para tirarlo.

Pintó el patio blanco por dentro, la puerta lateral, el baño pequeño donde le habían puesto la

columna de lavado y compraría cestas para la ropa sucia para cada baño.

Barrió el patio y pintó la madera de la salida al patio, puso la barbacoa limpia y dejó todo listo para comprar algunas cosas. Al día siguiente pintó el porche, la baranda y los dos balancines, los tres escalones y la puerta de entrada.

Barrió todo alrededor de la casa.

Dos días tardó en pintar la casa por fuera.

Y al día siguiente, con todo terminado, fue a un vivero y al almacén, compró cestas para la ropa sucia de todos los baños, algunas perchas para los vestidores, un perchero antiguo para la entrada que pintaría del color del baúl antiguo, negro, algunos objetos de decoración, unas sillas y mesa de terraza, otra para el porche y dos hamacas para el jardín y otros dos balancines. Todo muy barato.

Compró tierra para las macetas y flores de sembrar, y césped que había medido a conciencia y las macetas y maceteros del desván los repartió por el patio. Y unos cuantos felpudos.

Y el sábado, terminó la casa de verdad. Para mediodía tenía las macetas sembradas, un par de macetitas en el despacho, otra pequeña en la mesa pequeña de la cocina. Los cubos en cada baño, juntos con sus juegos de toallas y papeleras.

En el baño lateral del patio, ella puso unos cuantos ganchos de bronce para que Dale colocara sus abrigos o sombreros y una madera en forma de escalón para poner cuatro pares de botas.

En el césped dejó los muebles de terraza, mantitas y cojines para los sofás y en el porche puso los muebles y unos cojines acolchados altos como en el patio y pintó la mesa, puso una maceta y también pintó ese lateral.

Y adornos *vintage* para las estanterías del salón, algunos libros antiguos que encontró...

En el patio sembró flores por todo alrededor, por la pared ya pintada, y sembró geranios de diversos colores, una dama de noche y rosales.

Le quedaba poner plantas por fuera el lunes. Había comprado un par de arbolitos para el porche y una maceta para la mesa.

Era domingo por la noche y Dale aún no había venido. La llamaba todos los días, pero iba a esperar dos días más para venir con el ganado. Había tenido que elegirlo, pesarlo bien y elegir los caballos.

Le decía que la echaba de menos. Así que el lunes se levantó muy temprano y puso plantas alrededor de toda la casa. Y cuando acabó, la miró, había algunos árboles que hacían sombra, pero era maravillosa.

Le quedaban los tres garajes, pero una vez acabó con la siembra fue al pueblo a por comida y más pintura blanca y azul, y ahí ya terminó el dinero que tenía asignado para la casa. Debía tener para las puertas de los garajes también.

Y comprar un par de cerrojos para la puerta principal. Si faltaba algo, lo pondría de la otra casa, pero no creía.

Al venir, pintó por fuera y por dentro el garaje del todoterreno de Dale, y al día siguiente se liaría con los otros, como así fue.

Una vez todo limpio y ordenado, en el garaje que no había coches, juntó toda la basura y la llevó al pueblo.

Después se dio una ducha e hizo la cena. No creía que ese martes viniera ya Dale, pero cuando acabó de cenar y una vez duchada se tumbó en el sofá, la llamó diciéndole que, al fin, al día siguiente sobre el mediodía estaría allí.

Tenía muchas ganas de verlo. Había tardado más de la cuenta, una semana, pero cuando

viniera, no iba a conocer su casa, todo reluciente y le encantaba el color de todo.

Al final le sobraron quinientos cuarenta dólares que dejaría para la otra casa por si le faltaba.

Esa noche no hizo nada. El día antes de que viniera Dale fue para su cuerpo. Y un día de esa semana quizá el sábado cuando fuese a comprar comida, se compraría algo de ropa y de aseo para ella.

Se quedó dormida y cuando despertó eran las doce de la noche, cerró bien la puerta y fue a acostarse.

Y como había previsto al mediodía aparecieron montones de camiones en el rancho y unos cuantos hombres.

Ella hizo una buena limonada y una gran bandeja de bocadillos para cuando acabaran y la dejó en el frigorífico.

Había estado toda la mañana en el despacho. Lo sobrante lo dejó en el cajón, pero le dio tiempo de meter todas las facturas y guardarlas por orden, para ello tenía cada carpeta y las de la casa también.

Así ya le quedaba meter solo lo que traía Dale, y estaba todo listo.

Habían sido dos meses y medio de duro trabajo porque le había ayudado a él. Estaban a mediados de junio y aún le quedaba al menos uno para la casa pequeña.

Corría una brisa fresca por la noche. Pero descansaría un día o dos al menos e iría a verla, a ver qué le hacía falta y cómo la configuraba. Estaba preparada para vaqueros.

El tiempo era magnífico y a ella le encantaba el rancho, mirara por donde mirase. A lo lejos se veían las montañas y pinos altos.

Si le quedara algo de dinero iba a plantar algunas flores o setos desde la entrada del rancho hasta las casas.

Eso sería otro año, no creía tener con el dinero sobrante, aunque preguntaría, si medía bien los metros, pero era demasiada distancia para ello. Ya preguntaría en el vivero.

También pensó que detrás de la casa había una buena tierra para poner un pequeño huerto o plantar limoneros, naranjos y manzanos.

Ya vería en un par de años o el año siguiente si seguía allí.

Tendría que leer algunos libros sobre ranchos de vacas y huertos y qué sembrar, e iba a comprarlos junto con un par de libretas y preguntar en el vivero qué poner a la entrada del rancho, aunque hubiese árboles.

Al día siguiente mediría bien. Y el sábado compraría los libros y preguntaría eso.

Se sentó en el porche a observar a lo lejos cómo iban descargando animales y estos iban para el prado uno detrás de otro e iba contando, y vio sacar también a los caballos y dejarlos ese día libres.

Por fin se fueron los camiones y vio a Dale mirar a toda esa cantidad de ganado y los caballos y lo vio feliz. Se dirigió a la casa con una cajita en la mano.

Y cuando llegó a su altura, se quedó parado.

—¿Me he equivocado de casa? —Ella rio.

—No, tonto, esta es tu casa.

—Has pintado hasta el tejado, ¿y si te hubieses caído?, y los garajes.

—Sí, todo está listo y la contabilidad, solo falta la factura que me traigas, y la casa pequeña. Esa será la semana que viene. Pero me merezco algo antes, ¿no?

—Sí, por eso te traigo este regalo —Y le dio la cajita.

Ella la abrió...

—¡Pero si es un cachorro!, Dale, qué bonito...

—Es una cachorrita, tiene tres meses.

—Dios mío, ¡qué cosa más linda! Tendré que comprar cosas para ella. ¿Estás loco? —Dejó en el suelo del porche la cajita y se subió a él, que la besó y le tocó todo su cuerpo.

—Pequeña, tengo ganas de morder esos pezones que tienes ahí dentro y entrar en ti como un loco.

—Exagerado.

—Sí, tócame.

Y ella lo tocó en toda la longitud de su miembro.

—Parece que es verdad.

—Aunque huelo a vaca y tengo que volver, pero en cuanto venga te vas enterar.

—¿Qué tienes que hacer?

—Dejarles agua y comida en los abrevaderos.

—Bueno, mientras yo me hago cargo de esta pequeña, el sábado voy al pueblo y compraré su cestita y sus cosas.

—Toma la factura.

—Ha sido justo lo que me he gastado. Un millón cien mil.

—Lo voy a meter. Tengo todo al día.

—¡Qué bonitas flores! Te lo digo en serio. Esto es estupendo.

—Cuando vengas no la reconocerás.

—Voy, me doy una ducha y me tumbaré contigo toda la tarde. No haremos nada.

—Tómame antes un poco de limonada, he hecho bocadillos y limonada, pero no han pasado.

—Tenían prisa por irse. Llama al veterinario a ver cuándo puede venir. Dile las reses y tres caballos, una yegua y un perrito.

Y ella le sacó la limonada y los bocadillos. Se sentó con el cachorro encima, mientras él comía en el porche.

—Has tardado mucho. ¿Viste a alguna chica?

—Sí, la veo ahora.

—No, bobo, ya sabes a qué me refiero.

—He visto, he mirado, pero no he tocado un pelo a ninguna.

—Me encantas.

—Lo sé.

—Vanidoso, tonto.

—Guapa, no te duches hasta que no venga.

—Está bien, llamaré al veterinario a ver cuándo puede venir, meto la factura y le doy algo de comer a esta pequeña, tengo que pensar algo. Le daré leche y le pregunto mañana al veterinario.

El veterinario quedó en venir al día siguiente y tardaría un par de días o tres en revisar todo.

Le puso una mantita en el suelo, un cacharrito con agua y otro de leche y pan a la perrita, y cuando se lo comió se durmió, mientras ella hacía la cena.

Pensó en ponerle de nombre Linda. Ella tuvo una perra cuando era pequeña de su abuelo que se llamaba así. Y con ese nombre se quedaría.

Era igual que ella, de color miel, y cuando ella era pequeña jugaba con la perra. Un día se cayó jugando por las escaleras y se rompió la barba, no en vano tenía una cicatriz ahí, pero bien valía por esa perra y ahora tenía una parecida y se llamaría igual.

La perrita era una cocker pequeña, y se lo dijo el veterinario al día siguiente. Mientras hacía la cena la miraba. Le encantaba. Tenía los ojos verdes y era una preciosidad. Tendría que enseñarle a hacer las necesidades fuera.

Hizo un buen asado con patatas y una ensalada, y se tumbó en el sofá con la perrita encima de su barriga, besándola y tocándola; así la pilló Dale cuando entró en casa y le encantó el cuadro familiar que vio.

—Dios mío, Carmen. ¡Qué bonito!

—Mira el patio. —La puerta estaba abierta y se asomó...

—¿Quieres un anillo?

—Sí. Con un diamante pequeño blanco.

—Me lo pensaré... —le dijo sonriendo.

—Ven aquí, deja la cachorrita y atiende a tu cachorro.

—Nos la llevamos arriba.

Se ducharon y él le hizo el amor contra la pared de la ducha como un loco, mientras gemían libres sus respiraciones. Luego, se fueron a la cama y allí le hizo el amor hasta que se cansó.

—¡Por dios, Dale!, eres un loco...

—Un loco que te gusta.

—Pero que me va a matar, no puedo mover las piernas, ¿te crees que soy una yegua?

—Bueno, viéndolo así, me gusta montarte desde atrás.

—Calla, tonto, no me compares.

—¡Qué bien hueles, chiquita!, ponte encima.

—¿Para qué?

—Para medirte.

—No hace falta, soy pequeña.

—Por eso me gusta que estés encima, para abrazarte, sentir tus pezones y poder entrar en ti, libre de ataduras.

—Ummm, loco.

—¿Te gusta?

—Sí, me encantas, tienes unos ojos preciosos y un cuerpo de escándalo. He tenido mucha suerte contigo, aunque eres serio.

—¿Soy serio?

—Sí, un poco, pero para mí eres divertido. Congeniamos bien.

—A mí me encanta tu cuerpo pequeño y, además, eres mía.

—¡Mira qué posesivo!

—Sí, yo te hice mía.

—Pero qué machistilla eres.

—Te lo digo en serio, no quiero que otro te toque. —Ella se rio.

—Ni yo, para qué quiero otro si te tengo a ti, que me dejas muerta.

—Esto es mío —Tocó su sexo húmedo.

—¿Ves cómo es mío?

—Es que si me tocas...

—¿Cuánto llevamos juntos?

—Casi dos meses y medio.

—Dios, cómo pasa el tiempo. Ahora tendré que trabajar duro, guapa.

—Sí, ahora te toca a ti. Pero me voy a comprar un libro de cómo gestionar un rancho en cuanto termine la casa pequeña.

—¿En serio?— le dijo riéndose—, pero si ya sabes más que yo.

—Sí, en serio.

—Me vas a quitar el rancho.

—En cuanto te cases conmigo. —Dale se rio abrazándola.

—Pero si no sabes montar a caballo.

—Pero vas a enseñarme en cuanto el veterinario venga y revise el ganado, para poder ir a caballo. El sábado voy al pueblo. ¿Quieres algo?

—¿A qué vas?

—A por comida, cosas para la casa y voy a comprarme ropa, necesito algo de verano ya, y cosas de aseo. ¿Necesitas algo?

—Bueno, tengo ropa, de momento no necesito tanta. —Pero ella pensó comprarle alguna de regalo. Aunque se enfadara.

Al día siguiente y al otro, el veterinario pasó por el rancho, vacunó a la perrita y le hizo su cartilla; podía comer pienso de bebés y comida sin huesos. Estupendo, y luego se fue a ver a los animales, con los que estuvo jueves y viernes.

Cuando llegó el viernes a cenar, Dale le dio la factura del veterinario y ella le extendió un cheque al veterinario y lo pasó al ordenador.

El veterinario no quiso cobrarle por hacerle todo a la perrita y por el ganado cobró 5000 dólares.

El sábado fue a por pastillas anticonceptivas, y algunos productos de la farmacia. Se compró ropa y a Dale camisetas y vaqueros, y para ella también ropa de trabajo, algunas mallas y zapatillas, unas botas, otras para Dale, y un sombrero; para el perro, cestitas, una correa, juguetes y un saco de pienso, y huesitos para morder.

Eso lo compró con su dinero, más unos libros; uno de cómo hacer un huerto y otro de cómo llevar un rancho de ganado, que se leería para aprender.

Colocó la ropa. Esperaba que Dale no se enfadara porque compró hasta lencería algo *sexy* y a él le compró ropa interior, también; aparte de algunas revistas y fue a por comida de los mil dólares.

Mientras esperaba en el porche con una coca cola y frutos secos, con Linda en su regazo durmiendo, observó el horizonte. Habían pasado casi tres meses.

Tres meses maravillosos con un hombre fabuloso que no ponía pegas a nada.

Un hombre generoso con ella y con el dinero, generoso sexualmente y supo la suerte que había tenido de encontrar ese trabajo, aunque resultaba duro, pero era lo que le encantaba y aún no había terminado, pero se tomaría esos dos días de descanso y el lunes empezaría la casita pequeña.

La brisa era fresca y el horizonte era el más bonito que había visto. El agua del arroyo corría por las piedras y las reses comían en los pastos. Parecían haber llegado a casa.

Y allí estaba su hombre a caballo divisándolas majestuoso y grande como un dios romano.

El psicólogo tenía razón cuando dijo que debía salir de esa ciudad asfixiante por un tiempo. Y ella supo que estaba en casa. Le encantaba y era parte de ella. Como si su corazón perteneciera a esa tierra y a ese hombre.

Lo amaba, nunca se había enamorado ni había confiado en nadie. Él era el primero al que se había dado y el que necesitaba.

Estaban construyendo algo y era el futuro. Ella se veía allí con él y algún hijo, si Dale quería.

Sabía que había tenido una familia rota en el peor momento de su vida, que había sufrido mucho cada vez que acudía a la guerra, que era serio, introvertido y hablaba poco, no con ella.

Pero era el mejor hombre que había conocido en su vida. Y no lo dejaría marchar.

Al igual que ella, era suya, Dale era suyo. Lo vio dejar el caballo en el granero y tomar los bidones de agua, llenarlos y transportarlos a los abrevaderos.

Tenía una fuerza física impresionante. A ella la cogía como si fuera una muñeca de trapo y le

encantaba su hombre grande.

El sol se escondía en el horizonte y ella acariciaba a Linda; se emocionó y lloró por todo lo bueno que le había pasado, después de todo lo malo que sufrió.

Aún le quedaba un rato a Dale, y ella ya tenía la cena preparada. Llamó a su madre y estuvo hablando un rato con ella.

Le envió a ella y a Antonio unas fotos de la casa y del rancho, de las colinas y las reses a lo lejos, del arroyo, de la preciosidad del campo y lo grande que era ese rancho y se quedaron encantados, cuando ella le dijo que lo había pintado todo.

Porque cuando le envió las fotos, todo estaba terminado.

Dale y ella habían hecho un buen trabajo. Un trabajo duro.

Les dijo que estaba muy feliz, y que ya no tenía ningún síntoma de nada, que había superado el *mobbing* del trabajo en Nueva York. Que el campo le había dado paz y el trabajo la había cambiado.

Como siempre, su madre le dijo que se cuidara mucho y que la quería. Y ella también. Que tenía ganas de verlos y en cuanto pudiera iría a ver Sevilla de nuevo, y pasaría por Madrid para ver a su hermano.

Estaba tranquila porque su madre merecía tener una segunda oportunidad con Antonio para ser feliz y hasta que no se independizaron, no lo hizo por sus hijos, sacrificándose.

Y se merecía amar de nuevo. Y no estar sola. Y Antonio era un hombre excelente.

## CAPÍTULO CINCO

—¡Hola, preciosa! —le dijo a Linda cuando despertó—. Mira qué te he traído, una cestita, tu mantita y tus platitos. —Y se las puso a la salida del patio, desde donde se veía el salón—. Y una correíta.

A lo lejos veía a Dale conduciendo el todoterreno y venir a la casa. Era tan guapo y cálido con ella..., no le importaba que pareciera serio con los demás, mientras a ella la trataba tan bien.

Estaba loca por ese hombre, su forma de andar, de mirarla de lado, de agacharse a su cuello cuando estaba en la cocina, de hacer el amor y de tocarla... Se estaba enamorando de él, en tres meses lo supo: era su hombre. Lo mejor que le había pasado en la vida.

El veterinario le dijo que quince reses estaban preñadas y en unos meses tendrían terneros, y el resto, los toros... se harían cargo del resto.

Pasaría al mes siguiente, pero ya solo quedaba observarlas. Ese sería un gasto fijo más los partos y vacunas cada año. Había metido todas las facturas en el ordenador, las de la casa.

Le diría que se había gastado todo el dinero de la casa, porque compró plantas como las que ponían en las medianas de la autovía, con la separación que en el vivero le dijeron, a ambos lados del camino, dejando un espacio para la carretera o camino.

Las flores, blancas y rosas, alternadas. Tardó dos días más en poner las plantas a lo largo de la entrada del rancho y tuvo hasta la llegada de la casa, y otro trozo desde los graneros hasta el porche. Y se gastó el dinero sobrante.

—¿Has terminado ya?

—Sí, creo que sí. —Se rio ella—. Necesito una ducha y la cena será algo rápido, por terminar esto ya hoy. He estado aquí sentada en el porche. He llamado a mi madre y le envié fotos. Está encantada y ahora mismo te observaba. He estado pensando.

—Eres preciosa y guapa. ¿Qué has pensado?

—Guapo eres tú. Me encantan tus ojos. ¿Sabes que he estado pensando? En la suerte que he tenido de haber contestado a tu anuncio de trabajo. También en lo bueno que estás, eso sin duda.

—No pienses tanto, romántica, la suerte la he tenido yo de que vinieras, si no, aún estaba pintando a rodillo. —Carmen se rio—. Demasiado con todo lo que has hecho por ese dinero, además, has puesto hasta pintura.

—Bueno, eso ya estaba pagado y no se la iba a dejar al maldito. Me alegro de haberla traído. Pero tendré que comprar para la casita. Entontes, ¿te gusta? —Él la cogió en brazos y la besó.

—Me gusta todo lo que haces y lo que yo te hago.

—Y también lo que te hago y lo que me haces.

—Eso más aún, vamos a la ducha.

—Sí, la cena ya está hecha, pero hay llevar la basura fuera del rancho.

—Eso lo llevo yo mientras tú pones la mesa, así veo el paseo que has hecho de flores y me llevo a Linda que dé un paseo, cuando cenemos.

—Gracias, cielo.

—Aunque estoy enfadado.

—¿Por qué?

—Porque ayer me compraste ropa.

—Es un regalo nada más, y fue nada.

—Me compraste hasta unas botas.

—Las necesitas. Es un regalo, cielo, acéptalo.

—Y zapatillas de deporte, un chándal y ropa interior, camisetas y vaqueros...

—¿Y qué?, aquí la ropa es muy barata, yo también me he comprado. Ya me lo pagarás en carne.

—Estás loca. Vamos a cobrar eso ahora mismo.

Las cenas las hacían en el porche, como siempre. Lo que le gustaba de Dale es que no fumaba ni bebía, apenas una cerveza o dos en la cena, pero en todo el día, nada.

A veces era muy recto con algunas cosas, pero a ella le daba carta blanca y todo le parecía bien lo que hacía.

Estaba contento de cómo le había dejado la casa. Era un hogar y podían ver la tele los fines de semana o escuchar música, y Linda, la cachorrilla, andaba tras ella por todos lados, y de noche tenía que cogerla en brazos y se la llevaban a la habitación en su cestita.

—Te traje la perra para que la cuidaras.

—Y ya verás, es tan linda... como su nombre.

—La vas a malcriar y tendrás que salvarla tú.

—Es preciosa, Dale.

—Lo es. Y la harás una mimosa como tú.

—Me encanta. ¿Ves cómo no eres un ogro? Tienes tu corazoncito.

Dejó pasar unos días de descanso y se decidió comprobar la casita pequeña. Esta tenía una cocina más pequeña y salón al entrar, no muy grande, y un aseo y cuarto de lavado, como la casa grande en el patio, que era más pequeño.

Y en la parte alta tres dormitorios, dos compartían baño con ducha y el principal tenía un vestidor y baño.

El resto, uno tenía una cama pequeña y armario, una cómoda y su mesita de noche. El otro estaba vacío. No tenía ni desván ni vestidor ni despacho.

En definitiva, le iba a poner los mismos colores que la grande y aprovecharía las cómodas y armarios de todos los dormitorios, pero los electrodomésticos podía comprarlos blancos que salían más baratos, dependía del dinero que le quedara.

Y el vacío, lo dejaría así, vacío.

No era necesario meterle muebles. Lo pintaría y le colocaría una cortina. Podía desmontar las literas, pero entonces tendría que comprar armario, cómoda y mesita, y no era imprescindible.

De momento no iba a contratar a nadie. Si en un futuro lo necesitaran...

Así que un lunes empezó y tardó un mes en dejarla lista. Era un calco de la grande, pero en pequeña; al final, le dio para los electrodomésticos de aluminio y dejó un dormitorio con una litera para dos personas.

Y la otra, vacía. Hubo que comprar colchones y sofás nuevos también, que los tapó con sábanas.

Tuvo un poco más de trabajo. Tenía también tres garajes, pero eran abiertos y terminó pronto.

Ese mes tuvo más trabajo que nunca, debía llevar la casa y arreglar la otra, y Linda andaba tras ella a todos lados, le encantaba montarse en la camioneta e ir con ella a comprar al pueblo.

Y con el dinero que le sobró una vez puestas las flores como en la casa grande y tres balancines en el pequeño porche con una mesita, fue al vivero y compró las flores que ella quería para hacer los caminos de entrada al rancho.

Dale le decía que dejara ya de hacer tantas cosas, y ella le dijo que ya había terminado; al final, le sobraron doscientos dólares y compró en el vivero más limoneros, naranjos y dos manzanos, y los sembró detrás de las casas.

Y por fin, estaba todo acabado y maravilloso. Regaba las plantas y las flores tres veces por semana y era más feliz que nunca. Cada dos semanas le daba un poco a la casa pequeña y la

grande la tenía controlada.

Se sentaba en los ratos libres con Linda en el porche y leía los libros que había comprado de cómo llevar un rancho y el del huerto. Para el huerto debía esperar a la primavera. De ese no estaba tan segura.

Ya llevaba allí casi cinco meses, y cinco que salía con Dale; se sentía muy feliz. Pero creía que él trabajaba demasiado. Eran bastantes reses para un hombre solo.

El veterinario pasaba todos los meses y empezaron a parir terneras. Le decía que de cada cinco dejaría una para el rancho.

El tiempo transcurrió, el verano dio paso al otoño, y este al invierno. Carmen se había leído los libros y le había asignado tres mil dólares de sueldo a Dale y a ella dos mil, más mil que se gastaría en la comida.

Tenían seis mil de gastos en nóminas al mes, sin contar con el veterinario que les cobraba unos trescientos, cien o depende del trabajo que les realizaba. Aparte de luz, agua y otros gastos del rancho.

Antes de noviembre le nacieron veinte terneros y en febrero los vendieron por cuarenta mil dólares. En enero tuvo que pagar la hipoteca que eran ciento veinticinco mil dólares y nacieron otros veinte terneros, y que vendieron en marzo por el mismo precio, aunque se quedaron con dos terneras.

Ese año terminaron con poco dinero, pero en cuanto empezaron tener terneras y vender, aumentaban los beneficios, pero aún era pronto, tenían que comprar más grano, gasoil, el veterinario y pagar la hipoteca al final de año, aunque ese año parecía ir bien.

Ella aprendió a montar a caballo con él, y Dale se enfadaba porque se le asignaba un sueldo y ella decía que debía hacerlo, que tres mil dólares era lo que se le pagaba a un vaquero, y que él trabajaba solo.

Cada día estaban más unidos y enamorados. El rancho empezó a funcionar y una tarde de abril, cuando llevaba casi un año, antes de cenar, llegó un coche militar. Al hombre que bajó del coche lo conocía Dale, y se lo presentó a ella como el capitán Samuel Hill.

—Mal asunto —dijo ella despacio, con un mal presentimiento.

—Usted dirá, mi capitán... ¿Qué hace por estas tierras?

—Te necesito, Dale, a ti y a tus hombres para una misión en Afganistán. Tenemos que hablar. ¿Podemos hacerlo?

—Pase dentro, al despacho. —Y lo invitó a sentarse—. Pero tengo un rancho ahora, mi capitán, y he escrito mi renuncia al ejército hace una semana, antes de que cumpliera mi excedencia de un año.

—Lo sé, aquí está la carta y renunciarás, pero después de esta misión, nadie como tú y tus hombres conoce esa zona, ya estuvisteis allí. —Y sacó un plano—. Este es el punto estratégico, y estos los hombres de este terrorista a abatir.

—¿Están todos mis hombres de acuerdo?

—Esperándote, en un mes salís.

—Pero si no estoy ni en forma.

—Por eso en dos días estarás en la base. Tienes un mes para ejercitarte, aunque te veo en forma.

—No puedo dejar mi rancho, capitán, de verdad.

—Te esperamos y te prometo que será la última misión; hay un plus.

—¿Un plus de qué?  
—Cuatrocientos para cada uno y seiscientos para ti.  
—¿Mil?  
—Exacto. Sí, aparte del sueldo.  
—¿Cuánto estaremos?  
—Espero que en seis meses máximo.  
—Está bien. Lo pensaré.  
—Te doy dos días, este es mi teléfono. Te espero en el pueblo, en el motel. Llámame y nos vamos.  
—Pero el rancho...  
—Contrata un vaquero experto, para eso tienes tiempo. Un día es suficiente.  
—Está bien, lo llamo mañana. Tengo que consultarlo.  
—¿Es tu mujer?  
—No, es mi novia. Salimos juntos desde hace un año.  
—Lo entenderá por tu país. Es importante. Y juro que tendré en cuenta tu renuncia a la vuelta. Y se fue en su coche al motel, despidiéndose de Carmen, a la que no le dio muy buena espina.  
—¿Qué quería?  
—Una última misión. No ha aceptado mi renuncia, hasta que la termine.  
—Pero... y el rancho, ¿quién lo va a llevar si te vas?  
—Contrataré a un vaquero o dos. No puedo dejar solos a mis hombres. Y tú sabes llevarlo bien.  
—¿Cuánto estarás?  
—Seis meses más o menos.  
—Pero, Dale...  
—Prométeme que estarás aquí y me escribirás todos los días, prométemelo...  
—Lo haré, pero te voy a echar de menos tanto, pequeño... Esto es una locura, y el rancho, no sé si yo podré...  
—Sabes llevar un rancho, nadie mejor que tú, te contrataré mañana a dos hombres.  
—Me las apañaré. Pero te echaré de menos.  
—Es la última vez, chiquita, te lo prometo. Mañana voy al pueblo y contrato un par de vaqueros, los pongo al día y tú también, conozco uno muy formal. Hacemos una reunión y hablamos de todo.  
—Está bien, si es lo que quieres...  
—Prométeme que ningún hombre te tocará, pequeña. Volveré.  
—Te quiero, Dale.  
—Y yo a ti, pequeña.  
—¿Por qué no me lo has dicho antes? Llevo un año aquí.  
—Porque ahora es el momento adecuado. Sabes que me cuesta decir lo que siento. Volveré a nuestra casa y nos casaremos.  
—Está bien, te esperaré.  
Pero esa noche lloró como una niña después de hacer el amor con Dale.  
—Vamos, pequeña, no llores.  
—Tengo miedo de que te pase algo.  
—Quiero que cuides esto como si fuera tuyo. Está nuevo y lo hemos hecho nosotros.  
—Eso no tienes que decirlo, pero tú sí tienes que cuidarte, pequeño. —Y lo abrazó muy fuerte.  
Al día siguiente fue al pueblo, compró un anillo de compromiso y pasó por el notario. Dejó

testamento hecho. Si a él le pasaba algo, le dejaba el rancho a Carmen.

Contrató a dos vaqueros jóvenes y estuvo con ellos en los graneros, en el campo, con las vacas, contándole todo y luego fue a hablar con ella y hablaron los cuatro de cómo llevaban todo y tenían que hacer lo que hacía él hasta ese momento.

Eran unos vaqueros expertos y sabrían llevar bien ese rancho. Tenían treinta y pocos años.

Jim Callum, que era más joven y tenía veintiocho años, el pelo oscuro y los ojos azules. Era alto y se veía un buen chico. Y Ben Morrison, era mayor, rondaba los treinta y cinco años y era el que iba a llevar el rancho.

Tenía el pelo castaño y los ojos también azules; era muy alto, no tanto como Dale, pero sabía lo que hacía. Se habían quedado los dos sin trabajo en un rancho cercano.

Los dos estaban solteros.

Trataron con Dale de quedarse en la casa pequeña, cada uno en una habitación o como ellos quisieran. Y tendrían comida.

Debían hacer guardias los fines de semana como quisieran, o enteros o por días, y decidieron enteros desde el viernes por la tarde al domingo por la noche, o el lunes a las seis y media que era la hora de empezar a trabajar.

Tres mil dólares y comida. Y aceptaron.

Dale les dio una copia a cada uno de la llave de la casa pequeña y otra se quedó Carmen, y se fueron a dejar sus equipajes.

—Cariño, ahora te ocuparás de ellos, tendrás una casa más que arreglar y comidas para ellos.

—Hago cena para todos y se las llevo. Me levantaré temprano y les haré el desayuno y también los bocadillos para el mediodía, y les llenaré la nevera. En eso no tengo problemas.

—Tendrás más trabajo y más gastos.

—No importa. Pero con un hombre no tienes suficiente, mejor los dos que has contratado.

—Ya saben que todo lo que se necesita, tú te encargas y de las facturas y demás. Asigna un dinero para la comida y súbete al menos 500 euros, por favor

—Bueno, no hace falta que... voy comprando y hago un cálculo mensual.

—Sé que lo harás bien. Ponte 500 euros más, sé que es muy poco, pero yo así lo quiero. —y ella asintió—. Son buenos chicos y no estarás sola ninguna noche, que es lo que más me preocupa.

—Gracias, mi amor.

—Tengo que preparar el petate.

—Te lo tengo todo en la habitación pequeña, limpio y en una bolsa.

—Y tengo otra cosita para ti, ven. —Y le dio una cajita una vez que hicieron el amor como despedida, con un anillo de compromiso precioso.

—Dale...

—Es para ti. Cuando venga, nos casamos.

—¿Sin pedírmelo?

—Sé que te casarás conmigo.

—Vanidoso...

Y se puso de rodillas.

—Pequeña, ¿te casarás conmigo cuando vuelva?

—Sí, te quiero.

—Y yo a ti.

—Te llamaré y te escribiré. Seré como esos compañeros que escriben con corazones, allí hay poca cobertura y quizá no podamos llevar el móvil, salvo en el campamento asignado. Así que lo mismo te llamo a las cuatro de la mañana.

—No me importa, oh Dios, te voy a echar de menos tanto... ha sido todo tan de repente...

—Y yo también te echaré de menos. Mañana por la mañana te hago un par de fotos para llevármelas.

—Yo también las quiero para verte.

—Está bien, ven que te abrace. No podré hacerlo en meses, el rancho es tuyo, guapa. —Y aparte del rancho, le había dejado un seguro de vida a su nombre por un millón de dólares, para la hipoteca.

Al día siguiente, el capitán apareció, les preparó un desayuno y desayunaron todos, los chicos y ellos tres. Lo abrazó fuerte y Dale la besó y desapareció por el camino de flores que había sembrado en ese coche negro militar hasta Dios sabía cuándo; y rezó por primera vez en años.

Los vaqueros se fueron a realizar su trabajo y ella se quedó sola, recogiendo las casas. Tendría que ir al pueblo a comprar comida.

Los chicos decidieron dormir cada uno en una habitación, era lógico. Ben se quedó con la principal y el más joven, Jim, con la de las literas. Dormiría en la de abajo.

Hacía un año justo que había llegado al rancho, y justo al año se marchaba a la guerra el amor de su vida. Había sido un año maravilloso trabajando juntos.

Y ahora estaba tan triste, pero por Dale y lo que habían construido sería fuerte y trabajaría bien.

Habían vendido terneras y cada dos meses o así, parían, así que los chicos cuando ella les llevaba la cena, les daban el parte del día.

Se acostumbró a ir a hacerles el desayuno a la casa pequeña y desayunaba con ellos, y a veces también cenaba si se encontraba muy sola; a media mañana les preparaba naranjadas o limonadas y unos bocadillos, descansaban una hora y venían a comérselos, o si estaban muy lejos, ella solía hacérselos en el desayuno y se los llevaba.

Menos mal que tenía a Linda que había crecido y andaba tras elle. Era una buena compañía.

Llamaba a su madre y a su hermano todas las semanas a España y les contaba todo, también era un consuelo.

Dale le escribía y la llamaba, mientras aún estaba en la base, antes de salir a Afganistán.

Llevaba perfectamente bien la contabilidad, las casas estaban limpias, las coladas controladas y la comida no faltaba.

Miró la cuenta al mes de irse Dale, cuando había pagado las nóminas a los chicos y a ella, y había más de setecientos cincuenta mil dólares y todo estaba bien y pagado.

Cada dos meses tenían beneficio, pero demasiados gastos también, aunque compensaba, y a la comida tuvo que reasignarle unos mil quinientos dólares, poco más o menos, dependía de los meses.

Como había pasado la primavera, dejó su sueño de hacer el huerto. A veces regaba las flores de la entrada del patio y del camino.

Otras iba y ayudaba a los chicos a llenar los abrevaderos y a montar a su yegua, y Linda iba con ella; luego, tenía que bañarla en el grifo lateral de la puerta, donde tenía la goma para regar y una pequeña pileta en la puerta que ella hizo cuando puso las flores.

Al principio, Dale la llamaba todos los días, pero cuando fue a Afganistán, ella esperó sus cartas y sus llamadas. Y por fin llegó su primera carta y se sentó con Linda en el porche.

Le decía que la echaba de menos, que era el amor de su vida, que la amaba y que le escribiría cuando tuviera un tiempo libre, que la misión era arriesgada. Ella le escribía todos los días contándole las cosas del rancho.

Lo hacía por las noches después de comer y luego leía algún libro y se acostaba con Linda que,

a veces, casi todas, se subía a su cama y dormía con ella.

Él estaba contento de recibir cartas desde el otro lado del mundo, aunque no pudiera escribirle tantas como ella.

Iba una vez a la semana al pueblo a comprar, pero le enviaba las siete cartas. Después de cenar y aún de día, se acercaba con Linda dando un paseo a la salida del rancho a tirar la basura.

Y así pasaron los meses de verano. Y llegó el otoño. Cuando entró el mes de octubre, el rancho iba a dar muchos beneficios ese año.

Los chicos habían trabajado duro. Ben y Jim apartaban de los partos a las dos o tres mejores terneras y se las quedaban, con lo cual iban aumentando el ganado y el resto para venderlas. También prestaron dos toros a ranchos cercanos y ganaron un buen dinero.

Y en el porche hizo un día un balancín, puso las mecedoras en un lado del porche junto con la mesa y compró unas cadenas. Los chicos la ayudaron a colocarlo cuando lo tuvo pintado.

Lo puso de forma lateral y le compró unos cojines iguales a los de los balancines.

Quedó precioso y allí se sentaban Linda y ella.

Y en octubre dejó de tener comunicación de Dale, tanto de llamadas como de cartas, y se preocupó, ya que no tuvo noticia alguna.

Pero dejó pasar un tiempo porque sabía que podían estar en esa misión y perdidos en aquellos campos agrestes de Dios.

A primeros de diciembre, intentó llamar a la base. Habían pasado ocho meses, dos más de los que tenía previstos, pero nadie le daba noticias de Dale Evans. ¿Quizá porque la misión era secreta?

Estaba desesperada. Si hubiese fallecido, le dirían algo y ella llamaba todas las semanas.

Llegó enero y la nieve aún permanecía en el rancho.

Repuso comida para el ganado y los chicos metieron el ganado en el almacén del ganado e iban a echarles de comer y beber, y observar si parían algunos, limpiarles y echarles paja nueva. El estiércol también lo vendían al menos cuatro veces al año.

Ella lloraba por las noches, desesperada, no podía haber desaparecido de la faz de la tierra y llevaba ya nueve meses fuera.

En enero hizo cuentas y tenían un beneficio sin deber nada de ochocientos mil dólares. Se dirigió al banco una mañana y pagó dos letras más del préstamo.

Con lo cual ese año pagó tres letras. Y aún tenía setecientos setenta y cinco mil y un poco más. Había sido un buen año.

Si seguían así, haría eso, pagar tres letras de la hipoteca cada año y serían tres años menos. Hasta ahora habían pagado cuatro años.

Si continuaba a ese ritmo, en cinco años casi había pagado la hipoteca, pero lo que a ella realmente le preocupaba era su hombre.

Durante su misión, Dale y sus hombres se adentraban en pequeñas aldeas rocosas del centro del país, recibían órdenes y viajaban a pie desde que el helicóptero los dejó. Iban armados y con una mochila; llevaban todo lo necesario cada uno.

Estuvieron meses buscando, recorriendo territorios nevados en invierno y calor en los meses de verano, dormían en casas abandonadas, compraban en pequeños pueblos y hasta la gente les daba comida. Hasta que en una colina dieron con los terroristas.

Estos se movían rápido y la misión se alargó. Eran escurridizos, y en la lucha final de la colina sus hombres fueron cayendo uno a uno, pero consiguió matar al líder y a todo el grupo.

Dale salió herido en un hombro, el brazo y la pierna, y aunque no fue de gravedad, sí que no podía moverse ni andar.

La suerte fue que, al final, al cabo de estar unas horas en la colina, lo recogieron en helicóptero.

Había cumplido la misión, pero sus hombres quedaron todos en aquella colina. Muertos. Doce hombres jóvenes y él era el responsable. Resultó mayor la culpa que la herida.

Y Carmen seguía llamando, hasta que en febrero le dijeron que había sido herido en combate y se hallaba en la enfermería de una base de la OTAN, en Alemania.

Estaba muy preocupada, porque no llamaba y no sabía qué tipo de heridas tenía y la angustia la consumía. Quiso hablar con el capitán.

Y tras varios intentos fallidos, por fin pudo hablar con él y este le dijo que la misión la habían acabado hacía un mes, que habían tardado más de lo debido y que estaba herido en un hombro, el brazo y una pierna. Que tendría que estar aún tres meses en un hospital de la OTAN en Alemania, que no era de gravedad y que volvería para primavera y habría terminado la misión con éxito.

—¿De verdad? —le dijo ella.

—Así es. Su prometido está sano y salvo. En unos meses, para mayo, probablemente, estará con usted en el rancho.

—Quiero ir a verlo.

—¿A Alemania?

—Exactamente, a Alemania.

—No se lo aconsejaría, va a estar tres meses y solo lo podrá ver una hora. Es una pérdida de tiempo. Puede esperar tres meses, no es mucho. ¿Qué va a hacer sola en Alemania?

—Pero no consigo hablar con él.

—Habrá perdido el móvil en la misión, a veces suele ocurrir.

—Pues quiero el teléfono del hospital.

—Eso sí puedo dárselo. Un momento.

—Gracias. —Y esperó un rato.

—Tome nota del número del hospital. Dé su nombre y que le pongan con él, pero hay unas horas para llamar y verlo.

—No importa, me enteraré. Gracias, capitán.

—De nada, Carmen, y suerte. Ya verá que pronto estará de vuelta y en casa.

Casi más de un año sin verlo, Dios mío. Tendría que esperar otros cuantos meses.

Y tal como colgó volvió a coger el teléfono y llamó al hospital; les dijo que quería hablar con él.

Le comentaron que no era la hora, que debía llamar en cuatro horas. Bien, sabía que la hora para llamar eran las nueve de la noche. Estaba nerviosa, y llamaría, cómo no.

Y así se lo dijo a los chicos en la cena, que tardaría al menos tres meses en volver, que estaba herido en Alemania. Y ellos también le aconsejaron no ir.

Tres meses era ya poco, para el año que llevaba fuera. Pero se desesperaba con el tiempo.

Cuando se fue a casa con Linda, se quedaron tumbadas en el sofá haciendo tiempo, viendo la tele, hasta que dieron las nueve. Se le hizo interminable.

Al llamar, dio su nombre y le dijeron que esperara un momento; esa espera fue casi de diez minutos.

—¿Señorita?

—Dígame.

—El señor Evans no puede hablar con nadie.

—¿Y eso?, ¿es que no puede hablar?

—Exacto, no puede hablar con nadie.

—Pero ¿es que está herido en la garganta?

—Esos datos no podemos darlos por teléfono.

—¿Y me pueden decir si es que no puede hablar hoy o es todos los días?

—Todos los días, hasta que él lo decida.

—¿Y eso cuándo será?

—En unos tres meses o menos. Hasta primeros de mayo.

—Gracias.

Y terminó llorando porque no sabía en la situación que estaba, o es que no quería hablar con nadie y se temía lo segundo. Estaba desesperada.

Ella sabía que había tenido pesadillas antes y que la misión debía ser fuerte, y algo había pasado de gravedad para estar en esa situación, pero si no quería hablar lo dejaría y cuando volviera, iría por él a Helena.

De eso estaba segura.

El tiempo giraba veloz y los meses transcurrieron. Pasó marzo y abril, y a finales llamó de nuevo a la base de Cascade donde debía volver Dale.

Allí le informaron que hacía tres días que había llegado de Alemania, y su renuncia había sido efectiva. Ya no estaba en los marines ni en la base.

Ella se preocupó, pero, mientras los chicos estaban en el campo, ella llamó a todos los hoteles de Helena, sabía que si estaba en algún sitio, sería allí. Y tardó una hora en encontrar dónde estaba. Y menos en ir al pueblo a por la cena para los chicos. Cuando volvió hizo un pequeño bolso y se dirigió a donde estaban los hombres en el campo y les dijo que iba a Helena a por Dale, que tenían la cena en casa.

Cogió la camioneta y a Linda con sus cosas y salió para Helena. Tenía casi cinco horas por delante y esperaba que no se le ocurriera ir a ningún lado, porque iba a matarlo con sus propias manos.

Llevaba ya dos días fuera de la base y en vez de irse al rancho se había marchado a un hotel; si estaba con mujeres, sería el fin de su relación. De momento iba a luchar por su hombre y esperaba no llegar tarde.

A las tres de la tarde, aparcó frente a un hotel que parecía de cuarta categoría en uno de los peores barrios de la ciudad.

Entró con Linda y preguntó por su habitación. No querían que entrara la perra, pero ella dijo que solo iba a ser un segundo.

Y fue hacia su habitación y llamó. Oyó voces dentro.

Una pelirroja le abrió la puerta en sujetador y una faldita de tablas a medio desabrochar y allí estaba Dale, en *slips* y metido en la cama, borracho y, aun así, cuando la vio se tapó sorprendido.

—No ha pasado nada, mi amor —dijo borracho—. No me he acostado con nadie.

—No ha pasado nada, señorita —dijo la chica, recogiendo su ropa, se vistió y salió de la habitación.

- ¿Era una prostituta? ¿Ibas a acostarte con una prostituta?  
—Pero no lo he hecho, cielo. Has llegado a tiempo —dijo, intentando levantarse.  
—Levántate y date una ducha. —Ella lo ayudó y lo metió en la ducha con agua fría.  
—Ayyyy, está fría...  
—Mejor para ti.  
—Carmen...  
—¡Que te laves bien!, no puedo ni tocarte.  
—Estás muy enfadada, cielo, y no ha pasado nada. He sido fiel.  
—No sabes cuánto, venga, sécate y vístete, que nos vamos. ¿Dónde están tus cosas?

Y encontró su petate en el armario y su cartera; al menos llevaba dinero y un cheque del ejército.

Y cuando estuvo vestido, aún no se le había pasado la borrachera y tuvo que apoyarse en ella.

Carmen llevaba a Linda, el petate y a Dale, al que tuvo que sentar en la mugrienta recepción y pagar el hotel con el dinero de su cartera.

Preguntó al recepcionista si había entrado con más mujeres y cuánto llevaba allí.

Llevaba justo el tiempo de haber salido de la base y llegar. y esa era la primera mujer que entró y porque la pidió por teléfono, seguramente borracho, y se la mandaron.

Ella miró al recepcionista con una mirada asesina.

Al final tuvo que darle cincuenta dólares por la información. Para colmo, tenían un servicio de prostitutas para sus clientes. ¡Qué asco!

Lo consiguió meter en la camioneta y a Linda detrás y salió de allí como alma que lleva el diablo, enfadada, triste y las lágrimas asomando a sus ojos.

Tenía ganas de pegarle una paliza, de darle donde más le dolía. ¿Cómo podía haberle hecho eso a ella?, que había cuidado de su rancho y lo había esperado meses y meses y algunos, los últimos, sin recibir respuesta de él, ni una llamada, ni una carta.

Estaba segura de que no había sido infiel, era una intuición, aunque le había faltado poco, había estado a punto, estaba segura que, de haber tardado media hora más, sí lo habría sido.

Tardaría en perdonarlo, quizá un año, no se merecía menos, pero de lo que estaba segura era que lo que iba a hacer cuando llegara ese día al rancho, y era cambiar su ropa de habitación. No iba a dormir con él, ni irse del rancho tampoco.

Era su hogar y a no ser que Dale la echara, allí se quedaría, pero estaba muy enfadada y dolida con él y con su vida.

Había hecho todo en la vida adulta por los demás dejando atrás sus sueños, pero eso se había acabado. A partir de ahora haría su sueño realidad y sabía cómo.

Iba a contratar a una mujer para la limpieza, y comida del rancho, ya vería las horas.

Lo tendría que tratar con ella, y ella iba a montar su empresa de restauración. Una tienda como siempre había querido y que realizara trabajos también.

Contrataría a una chica temporalmente, una manita para los trabajos que le surgieran.

Llevaba ya dos años en el rancho y se podía permitir un sueldo, y ella tenía ahorrado más de cien mil dólares, más que suficiente para su negocio, con menos de la mitad podría empezar.

Y Dale... Ya vería, si no la quería o no estaba de acuerdo, entonces lo dejaría solo en el rancho.

Pero iba a implantar el silencio y si lo hacía como lo había hecho él, lo haría por cinco meses.

Llevaba ya dos horas conduciendo y tenía hambre. Paró en una gasolinera de carretera que tenía una tienda al lado.

Le cogió la cartera y llenó la camioneta de gasolina. Al menos, que pagara el combustible.

Luego entró a la tienda y se compró unos bocadillos y un par de coca colas y dos botellas de agua fresca. Y un pañuelo de mujer con el que le hizo un cabestrillo para el brazo y se lo puso. Este ni se inmutó.

Sacó a Linda de la camioneta y le dio agua y su comida, mientras ella se comía el bocadillo y se tomaba la coca cola. Dale dormía aún como un tronco y le dio ganas de darle un puñetazo.

Dejó el bocadillo y las botellas al lado por si se despertaba, pero eso no ocurrió ni al llegar al rancho.

Llamó a los chicos para que le ayudaran a subirlo y lo acostaron. Ella le dio las gracias.

Sacó todo lo de la camioneta y Linda y ella fueron de nuevo a la casa. Subió y lo desvistió.

Sacó todas sus cosas de la habitación y se cambió a la de enfrente. Y allí durmió con Linda esa noche. Dejó puesta una lavadora con toda la ropa.

Al día siguiente sabía qué iba a hacer después de hacer los desayunos. Tenía planes. Los suyos: cumplir sus sueños. Ya estaba bien de seguir los de los demás.

¡Maldito hombre! A pesar de todo, lo amaba y sabía cuánto había sufrido, pero no había sabido gestionar bien su dolor. Y ella también estaba dolida.

## CAPÍTULO SEIS

Así que, al día siguiente, en cuanto les hizo el desayuno a los chicos, los bocadillos y limonadas, y recogió las casas y la colada de Dale, que lo colocó doblada en la habitación vacía, aún no se había despertado. Le dio a Linda su comida.

Cogió la camioneta y se fue al pueblo. Llegó a la oficina de empleo para buscar a una señora que ayudara en el rancho.

Ella había calculado desde las seis y media hasta las tres. Con ello tendría tiempo de dejar la cena hecha para cuatro, las casas y las coladas. Que les hiciera los bocadillos y limonadas y dejara la mitad de la cena en cada casa. Llevaba una lista hecha y si contrataba una, le enseñaría las casas y la forma de trabajar de ella. Les dijo que volvería después de hacer un encargo.

Dejó su teléfono y se fue a la inmobiliaria a buscar un local grande para montar su tienda. Le enseñaron unos cuantos, y le encantó uno céntrico, grande, de casi cuatrocientos metros cuadrados y un gran patio posterior y eso era magnífico para ella, así tendría espacio para pintar. Y hacer una trastienda con separación en la tienda.

Tenía un baño al final del local y necesitaba un toque de pintura, y además era céntrico. Preguntó por el precio y le dijeron mil trescientos dólares al mes. Dijo sí inmediatamente.

Se fue con el gestor e hizo el contrato, pagó su primer mes y una fianza, le pidieron el número de la cuenta para cobrarle todos los meses y le dieron las llaves.

Podía salirle casi mil quinientos con teléfono y luz. Estaba muy bien de precio y Carmen contenta y animada.

Volvió a la oficina de empleo y solicitó a una chica joven como vendedora también para contratarla.

En la oficina de empleo le dijeron que esperara y al cabo de un rato, apareció una chica joven, Valery, alta y guapa, de unos veintidós años para vendedora de la tienda, y le gustó enseguida.

Estuvo hablando con ella y comentándole el trabajo a realizar, y el proyecto, que tenía que ayudarla a ponerlo en marcha de pintura y meter productos, y estuvo de acuerdo.

De sueldo le daría dos mil dólares y estaba encantada. Así que se quedó con el número de teléfono para en cuanto tuviese a la señora para el rancho y empezaran con el negocio.

Y la señora para el rancho estaba esperando también, tenía cuarenta años, estaba casada y no tenía hijos, se llamaba Belle y le comentó todo, y el sueldo de dos mil dólares, y también estuvo de acuerdo. Quedó con ella al día siguiente a las seis y media de la mañana en el rancho, empezaba ya al día siguiente.

Estaba contratada de lunes a sábado. El domingo, cada uno tenía que buscarse a partir de ahora la comida por su cuenta.

En la nevera había de todo, o irse al pueblo, como quisieran.

Pagó con la cuenta del rancho a la oficina de empleo por Belle y con la suya por Valery y se fue a por la comida.

Llenó la camioneta de viandas para las dos casas y se fue a tomar algo a la cafetería del pueblo. Un buen plato combinado hasta la cena.

Le sacó un poquito de comida a Linda, le dio un paseo al parque e iba moviendo el rabo de contenta y se marcharon al rancho.

Cuando llegó, estaba Dale sentado en una de las mecedoras en el porche, con el cabestrillo, señal de que lo necesitaba.

Estaba serio y miraba el horizonte y a ella cuando pasó cargada de bolsas para la casa

pequeña, y de vuelta para la casa grande al cabo de un cuarto de hora. Linda se tumbó en sus pies, cansada, mientras ella colocaba y hacía la cena.

Se metió en el despacho e hizo un contrato de trabajo para Belle. Ella se dio de baja ese mismo día. Metió la comida en la alacena y lo dejó todo preparado.

Y cuando llevó la cena a los muchachos le dijo a Jim que lo más probable es que cuando Dale estuviese bien, tendría que irse, muy a su pesar, pero que Dale decidiría.

Ya se lo imaginaba, y le dio las gracias por ese tiempo. Le darían buenas referencias para encontrar otro trabajo.

Le llevó la cena a Dale y la de ella a su lado. Tenían que hablar al menos algo. No habían intercambiado una sola palabra. Él había visto que se había cambiado de habitación, estaba serio y la miraba y observaba cuando ella no se daba cuenta.

Estaba preciosa, pero no tenía perdón que lo hubiese encontrado así, estaba avergonzado y ni se imaginaba que iba Carmen a ser capaz de haber ido en su busca.

Estaba enfadado consigo mismo, y además no estaba bien con lo que le había pasado.

Ella se sentó a su lado y lo miró, y él también la observó.

—Tenemos que hablar, si estás dispuesto.

—Sí, Carmen... lo siento, lo siento tanto.

—No quiero hablar de eso ahora. Déjame que te diga lo que tengo que decirte. No voy a trabajar más en el rancho. —Dale la miró—. Es tu sueño, pero no el mío. El mío fue dejarlo como estaba y disfrutar de él también. Me he cambiado de habitación. No pienso dormir contigo ni irme del rancho a menos que me echés. —Eso hizo feliz a Dale. Al menos la tendría allí con él, la necesitaba—. He contratado a una mujer por dos mil dólares. Vendrá de seis y media a tres y hará mi trabajo. Dejará la cena hecha. Viene mañana, se llama Belle. Le he hecho ya el contrato para que lo firme mañana y después de cenar lo pondré en el registro del rancho, cuando quieras puedes ver cómo va, yo me daré de baja por ella. Te lo dejaré todo terminado.

—Me parece bien, si no quieres trabajar. Puedo mantenerte.

—Voy a trabajar. He alquilado un local y a una chica, y haré mi sueño realidad. Voy a montar una tienda de restauración. De nueve a cinco. También le he dicho a Jim que en cuanto estés mejor tendrá que irse, con buenas referencias, por supuesto. Tal como va el rancho con dos hombres sois suficientes. Cuando te incorpores, Jim se irá, claro, si tú quieres. Yo, a partir de esta noche no llevo nada, me daré de baja y meteré la comida, me pagaré y se acabó. Así que, si no puedes llevar el rancho con los animales todavía, la contabilidad no deberías dejarla. Te la dejo lista. Deberías echarle un vistazo. Ese es tu problema, yo tengo con la contabilidad mía de la tienda. A no ser que quieras preguntar algo. Puedo ayudarte.

—Está bien. Si es lo que quieres...

—Es lo que quiero. Deberías pagar la hipoteca que te queda con ese cheque de la marina. Te he pagado cuatro años, porque tuvimos ganancias, con eso tienes para terminar de pagarla y que sea tuya, pero eso es cuestión tuya. Pero ten en cuenta que te ahorrarás ese dinero al final de año y cuando te incorpores, ponte un sueldo como antes.

Se sacó del bolsillo el cheque y se lo dio.

—Págala mañana, si quieres.

—Está bien, te la pago y lo meto, y a partir de ahí tú llevas todo. No sé qué ha sido de ti allí, debió ser muy duro.

—Todos mis hombres murieron —dijo, mientras comía.

—Lo siento, pero tienes que ponerte las pilas con tu rancho. Estar así no va a resolver nada ni devolverlos a la vida. Han cumplido con su deber y tú, tienes que recomponerte de eso tan duro y

no sentirte culpable por ello.

—¿Y tú?

—Si quieres que me vaya, alquilo una casa en el pueblo.

—Quiero que te quedes. Quiero verte al menos en la cena.

—Te daré algo por estar aquí.

—No te cogeré nada.

—Está bien. Si alguna vez tienes dudas con la contabilidad me lo dices, pero quiero que lo hagas tú.

—¿Y nosotros, Carmen?

—De momento, no puedo, de verdad, verte en esa situación... Casi te acuestas con una prostituta.

—No sabía ni quién era. Ni recuerdo nada.

—Pues por eso mismo. No puedo acercarme a ti ahora mismo, lo siento. Me quedaré unos meses y si no puedo seguir contigo, me iré.

—Por favor, te amo, te he echado tanto de menos... Te he necesitado tanto...

—No has querido hablar conmigo y te llamé a Alemania.

—No podía, de verdad que no podía.

—Yo no puedo ahora, lo siento. Necesito tiempo.

—Tendrás todo el tiempo que quieras, pero no te vayas.

—Con dos condiciones.

—Dime.

—Harás todo lo posible por recuperarte pronto y tomar las riendas de tu rancho, que para eso trabajamos duro los demás y me dejarás libertad y el tiempo que necesito para volver a estar contigo oirme.

—Está bien. Si quieres eso, lo tendrás, pero quiero que me perdones, lo necesito.

—Te perdono. Sé que no pasó nada ni con ella ni con ninguna, estoy segura.

—Puedes estarlo.

—Pero no es suficiente. Si hubiera tardado media hora más... No volvería contigo nunca y ya no estaría aquí.

Y Dale se pasó desesperado la mano libre por la cara y el pelo.

—Y ahora vamos a terminar de cenar. Tengo que madrugar mañana para explicarle a Bella todo. Trabajaré de lunes a sábado y el domingo cada uno se hará su comida.

—Está bien.

—Y pasado mañana quiero empezar en mi tienda.

Puso un café con un trozo de tarta de la que a él le gustaba y Dale hizo un amago de sonrisa.

Tenía razón Carmen. Iba a recuperarse y tomar las riendas de su vida, del rancho y de su relación. Al menos no lo había dejado y eso le dejaba una puerta abierta para recuperarla.

Al día siguiente, cuando llegó Belle, ella le ayudó a preparar los desayunos y los bocadillos y limonadas para los chicos.

Luego, recogieron y pusieron una colada, que luego iría a tenderla. Le estuvo explicando los quehaceres del rancho, y cómo tener siempre las casas limpias; más tarde, fueron a la casa grande. Le explicó el tema de Dale y que si se levantaba más tarde le hiciera el desayuno. Y preparara la cena y recogiera. Le dijo que, si no le daba tiempo de regar las plantas cada tres días, ella lo haría al llegar.

Cuando todo estuvo explicado, la dejó con la cena, le dio su contrato del despacho y se marchó al pueblo.

Se despidió hasta el día siguiente, porque volvería después de haberse ido Belle. Era buena trabajando y sabía lo que hacía.

Fue al banco y quitó la hipoteca del rancho con el cheque, pondría el documento en el despacho y lo metería como pago y entrada.

Y se pasó por la tienda, hizo un plano de cómo iba a quedar, y una lista de cosas por comprar, pintura, limpieza para el baño y llamó a Valery para que se incorporara al día siguiente de nueve a cinco.

Pararían a tomar algo media hora y le preguntó si conocía a un manitas para todo y le dijo que su novio Fergus era pintor, fontanero y de todo, y le dijo que se pasara con ella si no tenía nada estos días, que tenía un trabajo para él de unos días y comentarle algo también además. Ella le dijo que se pasaría.

Compró su lista y la dejó en el local.

—Vamos, Linda, que estás muerta y yo también. Siempre quieres venirte conmigo... y tenemos unos días duros. Una semana, calculo, y unas dos para tenerla abierta con todo.

Cuando llegaron al rancho, Dale estaba en el despacho mirando las cuentas. Bien, parecía haberse puesto las pilas.

—¿Has comido? —le preguntó.

—Menos cenar, el resto sí. —Linda fue dándole saltos y Dale la acarició.

Le dio el documento de haber pagado la hipoteca y el contrato de Belle en la oficina de empleo.

Y ella guardó sus facturas de las compras de su tienda.

—Voy a darme una ducha, si quieres, luego cenamos.

—Está bien. Te espero.

Los dos días siguientes, ella se levantaba más tarde y se hacía su propio desayuno. Cogía a Linda y sus cosas y se iba a su tienda. Fergus le hizo la separación de tienda y trastienda y entre los tres, con Valery, pintaron el local, el baño e hizo la trastienda y dejó el patio limpio sin nada para poder meter una gran mesa y dos sillas para pintar.

Dejaron el sábado y el domingo libres, para ella poder hacer una lista y colocar un despacho abierto al final de la tienda y en un lateral, el mostrador.

Todo estaba acabado para meter el resto. Trabajaron duro y ella le pagó a Fergus.

El fin de semana se levantó y fue a dar una vuelta con su yegua por el campo y estuvo hablando con los chicos.

Al volver, se dio una ducha y se puso cómoda, regó todas las plantas y se sentó en el porche con una libreta, haciendo la lista de lo que necesitaba, cómo quería que fueran las etiquetas, el nombre de la tienda, y encargarlo todo.

Ellas harían las etiquetas con un cordoncito blanco y la impresora. Estuvo mirando mercadillos antiguos para comprar; el más grande estaba a veinticinco millas y era los viernes.

Le venía muy bien porque la tienda la abriría hasta el sábado a mediodía.

Tenían que hacer publicidad, repartirlas y ponerlas en tamaño grande en la tienda... Muchas cosas quedaban para abrir.

Con Dale, comía y salían al porche, siempre con Linda a su lado, y hablaban poco, lo imprescindible. Pero el domingo por la tarde...

—¿Qué tal tu tienda?

—Va bien, espero esta semana meter todo y el viernes iré a hacer una gran compra a los

mercadillos. Pondré cosas bonitas y antigüedades, y mucho *vintage*, que es lo que necesitan. El lunes encargo el nombre de la tienda y estoy preparando la publicidad para que me la tengan y repartirla esta semana.

—¿Qué nombre has pensado?

—El desván de Carmen.

—Me gusta.

—Gracias. ¿Cómo estás de la pierna y la mano?

—Creo que en junio estaré listo para trabajar. Ya he avisado a Jim hoy.

—Estupendo. Si te encuentras fuerte para ello, mejor, así también te ayuda a olvidar lo que pasaste y si necesitas un psicólogo...

—No lo necesito.

—Como quieras.

—Tengo que darte las gracias por llevar el rancho este año. Hay muchas ganancias, más de las que esperaba. Los chicos me han contado que cedieron toros y ganaron, y he visto las cuentas.

—Pues tendrás más este año, ya que no tienes que pagar hipoteca.

—Sí, la verdad. Y ahora no necesito a Jim, pero si sigue esto así, quizá en tres años necesite a otro hombre. Belle es buena trabajadora.

—Sí, me la recomendaron de la oficina de empleo.

—Me alegro de que lo hayas hecho, tú vales más que para hacer comida y limpiar.

—Bueno, te he llevado un rancho, pero si estás aquí, quiero hacer lo que me gusta.

Dale no quería sacar otro tipo de conversación tan pronto, pues ella estaba dolida y molesta, y ahora atareada con su tienda, pero más adelante lo intentaría.

Y en dos semanas tenía su tienda lista con su nombre, el despacho abierto con todo incluido.

Compró un ordenador de sobremesa, porque el portátil quería llevarlo y traerlo. Tenía una mesa en la trastienda y una gran estantería con cajones para meter los objetos de despacho, precios y ofertas.

Y otra mesa rústica en el patio para pintar, restaurar y colocar las herramientas. Valery le hizo unas etiquetas pequeñas para poner los precios.

Hicieron una caja enorme con cuadrantes de diversos precios y lo pusieron en una estantería en la trastienda.

Le pusieron el nombre y Valery le repartió la publicidad y las dos fueron al mercadillo el viernes, cargaron la camioneta para empezar a funcionar el lunes.

El sábado colocaron lo que habían comprado y en la trastienda lo que era para restaurar y tapizar. Limpiaron, y el lunes abrió.

Dejó a Valery y fue a un par de tiendas al por mayor de objetos y decoración y se trajo media furgoneta. Compró telas para tapizar y de momento podía ir viendo.

La siguiente semana empezó a restaurar y a comprar más muebles y la gente empezó a traerles muebles y a comprar, y en junio parecía que todo empezaba a funcionar.

Ella llevaba su contabilidad y las nóminas y a tener algunos beneficios que ella miraba al principio mes a mes.

Por su parte, Dale estaba en funcionamiento, aunque aún le dolía el hombro y el brazo y cojeaba un poco.

Jim se fue y solían hablar del trabajo y de Linda los fines de semana, del tiempo y de la comida, de la que se encargaba Belle, como ella le indicó, y Dale le dejaba el dinero y se traía la compra cuando era necesario.

Había despertado de su letargo y la echaba de menos, cojeaba por la casa solo, y perdido

cuando venía del campo.

Si se hubiese venido de la base directamente y no hubiera cometido ese error, estaría ahora abrazando su cuerpo pequeño y besándola. ¡Maldita sea, qué estúpido había sido!

Y sabía que era muy difícil recuperarla, conociéndola como la conocía. Ella lo había esperado más de un año, cuidando y gestionando su rancho, pero tarde o temprano la recuperaría si al menos tenía una mínima posibilidad.

Todo en la casa era ella, incluso en los graneros, oía su risa por todos lados y sus cartas que leía y releía en el porche durante el mes siguiente a solas cuando ella se acostaba y que lo ponían de mal humor.

Ella lo amaba, y ¿qué había hecho él?, llevar una mujer al hotel de mala muerte y dejar que ella lo encontrara en esa situación y borracho perdido.

Si hubiera sido al contrario la hubiese matado, pero ella era toda una mujer, se quedó, y sin echarle nada en cara y sin insultarlo siquiera.

Carmen, sin embargo, se llevaba a la perrita para que no estuviese sola a todos lados. Iba con su camioneta junto a Linda a los mercadillos y compraba objetos antiguos, lámparas, muebles pequeños, cómodas y baúles, que ella restauraba, limpiaba y vendía.

Y nada más que en los tres primeros meses ya amortizó lo que había gastado en montar el negocio.

Y a los dos meses, en agosto, recibió un pedido para restaurar una casa pequeña para un chico que venía a trabajar al banco del pueblo a primeros de año, y que se pasó por su tienda.

Lo sentó en la mesa que tenía como despacho al final de la tienda y este le dijo que había comprado una casita pequeña, porque tenía un trabajo fijo en el banco, pero había sido un chollo y quería pintarla, restaurarla y decorarla.

Tenía tres dormitorios y un despacho abajo y el chico tenía ideas de cómo quería y cómo era su estilo y Carmen anotaba todo y se acercó a ver la casa con él y tomar notas y medidas.

Al día siguiente le dio un presupuesto con todo metido, excepto el PC que él tenía. Le dio un precio y aceptó. Le dijo que con pintura y todo tardaría unos veinte días. Y si todo salía bien, ganaría al menos diez mil dólares libres.

Contrató al novio de Valery, de nuevo, porque Fergus era un chico que sabía hacer de todo, manitas para ese trabajo y otros, y al final de septiembre le entregó las llaves al chico que quedó encantado con el trabajo.

Ella le pagó al novio de Valery y ganó una cantidad que no esperaba, aunque trabajó intensamente, aparte de la tienda.

Los domingos y los sábados por la tarde, los pasaba muy bien con Linda paseando por el rancho y comiendo fuera.

Y Linda estaba en la trastienda y en el patio, que lo dejaba abierto los días en que trabajaba. Por la tarde, al cerrar, iban al parque y la perrita empezó a socializar con otros perros y ella conoció a sus dueños.

Daban un paseo largo y después se iban al rancho y cuando llegaban, le ponía su agua y su comida, ella se duchaba y cenaba con Dale y descansaban en el sofá las dos juntas antes de ir a dormir. O en el balancín del porche.

La vida le sonreía. En un par de meses más, obtendría beneficios para ir ahorrando y ver cómo terminaba al final de año y si había amortizado las compras para empezar a funcionar su tienda.

La tienda era coqueta y bonita, alegre, pintada de un verde limón y ella elegía colores para restaurar los muebles, suaves y primaverales, cálidos, y cuando llegó la Navidad, invernales.

Se hizo con objetos de decoración navideña y no daban abasto a vender. Habían decorado la

tienda para Navidad y tanto ella como Valery tenían muy buen gusto para ello.

Ella se hizo una ronda por los mercadillos de la zona para vender en esa época.

Pintaba y restauraba en el patio y en la trastienda ahora que hacía frío. Iba poniendo lo que restauraba, y Valery se encargaba con muy buen gusto de colocarlos en la tienda, limpiarla y atender a los clientes.

Poner unos precios con etiquetas colgados preciosos y colocar las ofertas en la puerta. Era creativa y le pagaba bien. Estaba muy contenta de haberla contratado.

Era una chica alegre y trabajadora. Y sabía vender bien.

Por supuesto, que aun estando en el rancho, echaba de menos a Dale, el que fue su hombre. Lo veía serio y triste y se preguntó si no estaba siendo demasiado duro con él, trabajaba sin descanso y ella a veces lo miraba, pero él era fiel a su palabra de dejarle espacio y no sacaba temas que pudieran incomodarla.

Le costaba perdonarlo, aún tenía ganas de darle una paliza, pero habían pasado meses y ni ella había preguntado por nada salvo el trabajo, ni sabía cómo se sentía, si seguía amándola como antes.

Porque ella, a pesar de todo, lo deseaba y había veces en que quería bajar la guardia con Dale, porque había sido, al fin y al cabo, una tontería que no se dio y había sufrido mucho en la misión. Y era una buena persona.

Llevaba unos meses que le dolían los ovarios cuando tenía la regla y pidió cita con el ginecólogo. Le hicieron un estudio y estaba bien, pero le dijo que dejara al menos unos tres meses esas pastillas anticonceptivas, y volviera al cabo de tres meses. Podía mandarle otras distintas.

Una tarde, unos días antes de Navidad, entró Dale en la tienda. Nunca había ido a verla y le preguntó a Valery por ella, y esta le dijo que esperara. Estaba limpiando una lámpara en la trastienda y Carmen le dijo que lo hiciera pasar.

—¡Hola, Carmen!

—¡Hola, Dale!, ¿qué tal te va? ¿Has venido al pueblo por algo? Siéntate por donde puedas — Y se sentó en una silla.

—Me encanta tu tienda, ¿te va bien?

—Estupendamente, la verdad. Es lo que me gusta hacer y lo he conseguido por fin. ¿Vienes a por algo para la Navidad?

—No. Quería ver la tienda solamente. Y luego iré a comprarme alguna ropa al centro comercial, ya va haciendo frío. ¿Me has perdonado?, quiero que me perdones. Necesito que me perdones. Te echo de menos.

—Lástima que no me echaras de menos cuando saliste del ejército.

—No seas tan dura conmigo, Carmen, en la misión perdí a todos mis hombres, me volví loco.

—Y por eso llamaste a esa... mujer, en vez de venirte conmigo a que te consolara...

—No creía que me merecías. Eras mucho mejor que yo, y lo eres, lo sigues siendo, y yo no supe cuidar de los míos. No te merecía.

—Eso es una tontería. Ibais a una guerra y tenían posibilidad de venir heridos o vivos o muertos y eso lo sabías tú y cada uno de ellos.

—Lo sé, pero no podía verte y contarte mi fracaso.

—No fue un fracaso tuyo, fue una misión arriesgada. Y no me gusta cómo solucionas tus fracasos, Dale.

—Fue la única manera en que supe hacerlo, estuve en un hotel solo bebiendo y solo estuve con ella un rato. No podía mirarte a la cara, ni que me quisieras.

—Muy bien, pues casi lo has conseguido.

—Pero quiero que me mires, que me ames como antes, te amo, no he dejado de quererte un momento de mi vida desde que te conocí.

—¿Qué quieres, Dale?

—Quiero lo que tuvimos. Me duele que estés a mi lado y no poder abrazarte ni tocarte ni besarte, y han pasado casi siete meses, ¿no crees que me has castigado ya suficiente si me quieres? Pero si no me amas, prefiero saberlo y no tenerte en el rancho.

—¿Quieres que me vaya?

—No me entiendes, quiero que te quedes, conmigo, pero conmigo, no sin mí.

—Está bien. Yo también lo siento. Creo que has sufrido demasiado y yo también sufro porque también te amo y me duele seguir así. ¿Hablamos esta noche en el rancho?

—Sí, chiquita, lo que tú digas. —La besó en los labios y se demoró más de la cuenta y ella sintió que ese beso era como el primero que le dio cuando estaban en el rancho.

Dale salió contento, porque al menos sabía que era un gran paso y que no podía seguir así con ella, porque era mayor el dolor que le infligía no tenerla entre sus brazos.

Ella se quedó nerviosa y acalorada a pesar del frío invierno al ver lo guapo que ese hombre seguía, el maldito.

Estaba muy bueno y ella no lo había olvidado, era difícil si había sido su primer hombre, pero tenía rabia contra él por lo que le hizo.

Pensar que casi se acuesta con otra... pero habían pasado siete meses y eso era mucho para un hombre. Llevaba como ella casi dos años sin sexo y estaba segura de que esa noche lo haría con él, no era de los que esperaban cuando le daban paso.

Ella también lo necesitaba y requería un perdón y pensó en todo lo que tenían, cada uno su sueño, y un lugar maravilloso donde relajarse por las noches, un lugar que habían creado.

Sintió bajar del todo la guardia con él y se puso nerviosa hasta que cerró la tienda. Y llegó al rancho esa tarde.

Cuando se fue Dale, ella mataba sus nervios llamando a su madre siempre.

Era buena hora para llamar a su casa, así que terminó la lámpara que estaba limpiando mientras hablaba con Dale y se la dio a Valery para que le pusiera el precio que ella le dijo y empezó a limpiar otra, mientras Linda la observaba.

Puso el móvil en manos libres y llamó a España.

—¡Hola, mamá!

—Hija, ¿cómo estás?, ¿cómo te va con la tiendita?

—Estoy perfectamente, feliz, y la tienda va muy bien. Os echo mucho de menos. Y, sobre todo, en estas fechas, pero tengo muchas ventas ahora. Pienso en ir a veros en Semana Santa, si todo va bien. Tengo ganas de veros.

—Y nosotros a ti también, que ya hace más de dos años que no te vemos. Pero nos alegramos de que dejaras el trabajo del rancho.

—Bueno, fue un trabajo muy especial, pero cuando Dale vino de Afganistán, se hizo cargo del rancho y contratamos a una señora para la limpieza y comida. Lo restauré entero y lo dejé precioso, pero ahora quiero seguir restaurando casas, pero también muebles, sabes lo que me gusta. Y en la tienda vendo antigüedades que encuentro en mercadillos, limpio y restauro, y la gente me trae muebles también para que los arregle. Así que no me falta trabajo.

—Bueno, hija, me alegro. Quiero que te cuides mucho.

—¿Cómo está Antonio?

—Mucho trabajo, ya lo sabes, hija.

—¿Pero eres feliz mamá?

—Soy muy feliz, es un buen hombre y lo amo. Ojalá y te enamores de un buen chico.

—Bueno, ya veremos, mamá, con tanto trabajo...

—Hija, descansa, no tienes ni un día.

—Por eso quiero tener muchos artículos para vender e ir en Semana Santa o en feria, pero prefiero Semana Santa, me gusta más. ¿En qué fecha cae el año que viene?

—En abril, cariño, la primera semana y la cuarta la feria.

—Iré a Madrid y luego me pasaré por Sevilla.

—Dios mío, qué alegría, hija. Te quiero.

—Y yo, mamá. Te dejo, que tengo gente en la tienda.

—Cuidate, cariño.

—Gracias, mamá, lo haré.

Siempre que hablaba con su madre, le entraba cierta melancolía por su tierra, si no hubiese tenido el dinero ahorrado, se hubiese vuelto, nada más volver Dale al rancho y se hubiera arrancado a Dale del corazón, pero ese hombre aún le gustaba demasiado. No era una tontería para ella y en cierto modo podía comprenderlo, la forma en que lo hizo, no.

Mientras salía de la trastienda con otra lámpara limpia, pensó en él y también en su psicólogo de Nueva York. Si lo tuviera, lo visitaría para contarle lo que le había pasado. Ella siempre sabía qué decirle y a su madre nunca quiso contarle lo mal que lo había pasado esos meses atrás.

Y esa tarde tuvo otra casa entera para reparar a primeros de año, pintura exterior incluida y fue a verla; estudió el presupuesto el resto del día, mientras Valery se ocupaba de los clientes.

Llamó a Fergus antes de cerrar y le dijo que tenían trabajo en otra casa; esa les llevaría un mes y medio o así, y Fergus siempre estaba dispuesto para ella en los trabajos que colaboraban. Estaba dispuesto a ganar otro dinerito.

Fergus era un chico de treinta años y resultaba una ayuda especial para ella, arreglaba de todo en las casas y siempre tenía trabajo, y cuando Carmen lo llamaba, se alegraba y decía que sí, porque se ganaba al menos cinco mil dólares al mes. Él pintaba las zonas altas y lo más complicado, y entre los dos hacían un buen tándem, mientras Valery se quedaba en la tienda vendiendo y anotando pedidos, algunos clientes traían la foto de lo que querían y ella tenía que hacerles fotocopias.

Era tremendo. Porque era 22 de diciembre y estaba a tope con las cosas de Navidad, pero empezarían la casa a primeros de año, si le aceptaban el lunes el presupuesto.

Cuando llegó al rancho, Dale estaba duchado y sentado en el sofá viendo la televisión.

—¡Hola!

—¡Hola, nena!, ¿qué tal?

—Mucho frío, voy a darme una ducha antes de cenar.

—Le echo el pienso mientras a Linda y cenamos.

—Vale.

Y subió escaleras arriba y cuando estuvo lista bajó a cenar. Dale había puesto la mesa y comieron en silencio. Tenía los nervios de punta.

Aunque ella no quiso, le ayudó a quitar la mesa y guardar para el día siguiente lo que sobró.

Se llevaron un café y los dulces a la mesita del salón y se sentaron allí.

Hubo en un momento un silencio y él la miró.

—¿Qué me miras?

—Siempre tan sincera. Y tan directa.

—Sabes que sí.

—Te miro porque sabes que estoy loco por ti, y te amo y eso no cambiará nunca.

—Dale, temía venir esta noche. He pasado toda la tarde nerviosa, por esto, lo sabes.

—¿No me quieres?, solo dime eso.

—No puedo.

—¿Me sigues amando?

—Sí, sigo amándote. Has sido el primer y único hombre en mi vida y te mataría por lo que hiciste, pero creo que estoy bajando la guardia contigo. Y no quiero.

—¿Por qué chiquita?, ¿tanto te cuesta perdonarme? —Y se arrimó más a ella.

—Imagino aquella escena y me duele tanto...

—No significó nada, no pasó nada y lo sabes, estaba borracho la mayoría de las veces. Eres la única mujer en la vida con la que he sentido que eras mía y que te pertenezco. Y no habrá otra, te lo juro.

—No sé, Dale.

—Ven aquí, pequeña. Necesito abrazarte. Lo he pasado tan mal sin ti... —Ella fue y se abrazaron, y sintió su olor. Sabía que era su hombre y que esa fue la única manera que encontró de perdonarse, pero ella aún estaba resentida con él.

Dale arrimó su boca y la besó en los labios. Ella no se retiró, lo miró a los ojos y él entró en su boca y la besó una y otra vez. Sabía que debía ir despacio con ella y que la haría suya cualquier día, pero no sería ese fin de semana.

No quería que se asustara, se lo pensara y cambiara de opinión, quería tenerla en sus brazos, besarla y abrazarla nada más.

Hablaron de Afganistán y ella quiso saberlo todo; él se lo contó, y por qué hizo lo del hotel después.

Ella estaba muerta y cansada, y cuando casi se dormía, Dale le dijo que se acostaran. Y cada uno siguió a su habitación y Linda siguió tras ella.

Y Carmen agradeció el gesto de que no tuviese prisa en acostarse de nuevo con ella.

Era de madrugada, cuando lo oyó con sus pesadillas, como la primera vez que vino al rancho.

Se levantó y fue a su cama. Parecía estar viviendo una repetición de aquella noche. Le habían vuelto las pesadillas, o eran otras peores.

Se sentó en su cama y lo llamó despacio.

—Dale... Dale... despierta.

Y Dale se sentó de golpe en la cama temblando.

—¿Qué pasa? ¿Tienes otra pesadilla?

—Dios... lo siento, siento haberte despertado y asustado. —Estaba como la primera vez, temblando, y lo abrazó.

—¿Quieres agua?

—No, solo quiero que te eches conmigo como la primera vez. Solo abrazarnos.

Ella se echó a su lado y se dio la vuelta. Él abarcó su cintura con las manos y echó las sábanas encima de ellos.

Dale siempre dormía con *slips*, en invierno o en verano, daba igual. Sintió su erección tras ella. Metió sus manos bajo el pijama y tocó sus pechos y los pezones. Ella gimió. Le dio alas a Dale y se dio la vuelta hacia ella para mirarla y le quitó la ropa sin que ella se opusiera. Se quitó la única prenda que tenía y la abrazó contra su cuerpo, besó sus pechos y lamió sus pezones. Solo se oían sus gemidos en la noche fría.

—Oh, Dale. Dios mío...

—Mi chiquita, te necesito tanto. —Entró en ella ocupando todo su espacio y haciéndola temblar. Carmen se aferraba a la geografía de su cuerpo grande y fuerte y fueron uno. Ella sintió el

calor de su cuerpo bajar al miembro de Dale y fue suya, y él siguió embistiendo su cuerpo hasta arrancarle otro orgasmo corriéndose en ella como un desvalido soltando su lluvia en ella.

Habían gritado..., porque estaban solos. Tenían las respiraciones agitadas y Dale la atrajo a sus brazos, besándola.

—No lo siento —le dijo bajito en su pelo—. Te necesitaba.

—Yo tampoco lo siento. También te necesitaba.

—¡Qué voy a hacer contigo, nena!

—No lo sé, Dale, ¿habremos cometido una equivocación?

—No digas eso. Esto no ha sido una equivocación, es amor.

—Dale, cuando me dices eso...

—Es que te amo, qué quieres que te diga, no es solo sexo, que por cierto es sorprendente e intenso contigo, magnífico y maravilloso, me pones duro como una piedra. —Ella se rio—. No es solo eso.

—¡Qué serio eres!

—Lo soy, pero te gusto serio. No sé actuar de otra forma.

—Bueno...

—Sé que tu tipo de hombre es uno divertido, pero no soy así. Y me gustaría serlo para ti y que fueras más feliz de lo que puedo hacerte.

—Pero eres el mío. Y no seas tonto, soy muy feliz contigo. Eres mi primer y serás mi único hombre. Eres muy bueno en el sexo.

—¡Qué boba eres!

—Y me gusta tu pene.

—Dios, Carmen, no te cortas un pelo al hablar.

—No quiero cortarme contigo, eres un tío guapo que me pone mucho.

—Pero eso debería decírtelo yo a ti.

—Y yo mantenerme callada como una buena chica, pues tampoco soy esa, me gusta tocarte, por detrás de ti y meterte la mano así.

—Loca, quieta.

—No quiero, sé que te pones cachondo.

—Tú sigue así.

—Me gusta retarte.

—No aguanto un reto tuyo, nena.

—Me gusta ponerte caliente.

—Si me estás poniendo ya, solo con decirme eso ya lo haces, ni hace falta que toques.

—Entonces no te toco.

—Prefiero que me toques y me digas a la vez esas palabras que sueltas, descarada.

—Me dejarás por eso, lo sé.

—No lo dudes un segundo... No pienso dejarte. Ya veremos qué hacemos. Ahora pienso hacerte más cosas. Tienes una penalización por portarte así.

—Dale, eso no es serio...

—Shhhhh. Ven aquí... que voy a ser serio contigo esta noche.

—Ummm, Dale, me muerdo por ti, pequeño.

Y era cierto, cuando Dale la tocaba, ella se desmoronaba, se sentía muy excitada cuando la cogía entre su cuerpo y le hacía el amor de mil formas distintas en cualquier sitio de la casa.

Podría ser todo lo serio que fuese, pero era suyo, resultaba caliente y excitable, y le gustaba estar con él, gemir bajo su cuerpo o encima de su cuerpo; le gustaban sus besos o cuando le hacía

el amor con la boca y ella le devolvía el golpe y veía cómo ese hombre grande se rendía a ella majestuoso y gimiendo, vibrando y despojándose de su lluvia.

Y aunque ella no había conocido otro hombre, no lo necesitaba, no creía encontrar para su cuerpo un cuerpo que encajara tan bien como el de Dale.

No era solo amor, adoraba a ese hombre. Cuando lo veía venir de lejos de los almacenes lo deseaba y cuando la miraba de lado, con sus ojos azules o grises, sabía qué querían decirse y qué pensaban.

Era algo químico y espiritual. Era amor y estaba muy, muy feliz. Había vuelto a serlo. Sabía que algún día bajaría la guardia con él. Era una buena persona y se sintió empática con lo que le pasó. Le gustaba, más que ello, también lo amaba.

Lo había echado mucho de menos en su vida y en su cama. Era su hombre para siempre.

El amor de su vida.

Todo había vuelto de nuevo.

## CAPÍTULO SIETE

El lunes pasó el presupuesto de la casa que iban a reparar y lo aceptaron. Era una familia de ese pequeño pueblo. La casa había sido heredada de los abuelos y querían restaurarla y venderla más cara; por poco que la restauraran, todos salían ganando.

No tenían prisa y en un mes o más ellos se la dejarían lista. De ahí ganaría unos veinte mil dólares y siete mil para Fergus y les dieron el visto bueno.

Aun así, los viernes se iba fuera al mercadillo y comía por ahí en alguna terraza y los sábados por la mañana los dedicaba a restaurar para que nada quedara atrasado, aunque terminara muy tarde.

Traía cosas para la tienda y llevaba una buena contabilidad, quería dejar la tienda llena antes de irse de vacaciones en abril para España y debía adelantar trabajo también, sobre todo cuando acabaran la casa, para que Valery vendiera y anotara pedidos cuando ella volviera.

No sabía cuánto tiempo iba a quedarse, si veinte días y coger parte de Semana Santa y unos días de FERIA. Ya vería, pero lo necesitaba.

Aún estaban a unos días para la Navidad y Dale la amaba todas las noches. Había cambiado de nuevo toda la ropa y los objetos de aseo a su habitación el primer fin de semana antes de Navidad desde que hicieron el amor por primera vez.

Ya le dijo Carmen que, en Navidad, solo abrían hasta mediodía y el 25 no trabajaba en la tienda.

El presupuesto de la casa se lo habían aprobado y en cuanto pasara la Navidad empezaban con el proyecto.

El día siguiente fue un no parar de vender, sobre todo productos navideños, antiguos y decoraciones para mesas y regalos, muebles. E incluso arbolitos medianos que compró y menos mal que reservó uno para el rancho, si no, no hubiese quedado ninguno.

Cuando por fin acabaron, no habían ni comido nada a media mañana. Así que se sentaron, tomaron algo y dejaron la tienda recogida.

—El viernes tengo que ir al mercadillo a por cosas para la casa nueva que vamos a empezar Fergus y yo el día 2 y a la tienda de segunda mano el lunes. Nos hemos quedado sin nada. Para tener al menos algo en la tienda, y ya me quedaré un rato por las tardes a restaurar cosas. Esto es una locura. No me esperaba tanto.

—Has vendido hoy un montón, Carmen, para fin de año vas a tener una buena contabilidad. Las cosas son muy bonitas y lo que restauras es maravilloso. Tienes unas manos...

—Tengo dos buenos ayudantes. Fergus es un encanto, no dejes que te lo quiten.

—No lo hare. —Y se rieron.

—Quizá lo deje con pintura en la casa unos días por fuera, y dentro, mientras, meto cosas en la tienda si vendemos para final de año tanto como para Navidad. Tengo que ir valorando cosas. La casa nos la han encargado en un mal momento para la tienda, pero nos dará un buen dinero y no podía decir que no. Bueno, pues parece que ya podemos cerrar e irnos hasta el 26.

—Que pases una feliz Navidad, Carmen. —Ella le dio un regalo a Valery. Un collar antiguo precioso que ella había restaurado.

—Carmen. Esto... es muy caro.

—Te lo mereces. Es para ti. Y este para Fergus. Un reloj de bolsillo.

Se abrazaron y Valery se emocionó.

Cerró la tienda y cuando llegó al rancho cargada con objetos de decoración y el árbol, Dale le

dijo que estaba loca.

—Ya están los adornos puestos y todo, falta la estrella y te la he dejado a ti. Ponlo en un rincón al lado del fuego. Hay que bañar a Linda para que esté guapa. Y toma esto, son galletas de Navidad.

—¡Estás loca con tantas cosas!

La bañó y seco a Linda y ella también se dio un buen baño, mientras Dale ponía la mesa y la comida de la perrilla.

—Hoy, preciosa, no vamos de paseo. Ya pasearás allí. Hace mucho frío —le dijo a Linda.

No sabía qué ponerse, pero se atrevió con unas botas altas y medias, y un vestido de manga larga.

Dale estaba nervioso, tenía la mesa puesta preciosa y la comida caliente en el horno. Se había vestido con un pantalón gris informal tipo italiano, estrecho por debajo, que le quedaba como un guante, camisa gris a juego y una corbata gris más oscura.

—¡Qué guapa estás! —le dijo cuando bajó.

—Es Navidad y tú también estás guapo. Nunca te he visto así. Eres un vaquero.

—Gracias. ¿Quieres una copa antes o comemos ya?

—Prefiero comer, no es por nada, pero tengo hambre. Ha sido una mañana estresante.

—Pues venga, comamos. ¿Vino, cerveza?

—Cerveza sin alcohol. Quizá me tome dos.

—Las que quieras.

—Te ayudo a poner la mesa.

—No, yo me ocupo, descansa.

—¿De verdad no te importa?

—Pero a mí, sí.

—Bien, seré la señora esta noche.

—Exacto. Una gran señora.

—¡Qué payaso sigues siendo a veces! —Dale la miraba embobado. Estaba guapísima, maquillada con el pelo suelto. Estaba loco por ella, perdidamente enamorado.

La cena estaba buenísima y fue amena la velada. Hablaron de los negocios, del rancho, de Linda que lo conocía cuando lo veía y saltaba sobre él y de la tienda de Carmen. Ella le contaba cuánto hacía con Fergus, el novio de Valery, y él la miraba y sabía lo valiosa que era esa mujer.

—¿Puedes permitirte el chico y la señora en el rancho?

—Creo que sí, cuando haga la contabilidad anual veré, pero creo que sí, tendré más beneficios porque tampoco pago hipoteca; con tus buenos consejos, vamos a terminar bien este año. Sí que tengo suficientes beneficios.

Luego se sentaron en el sofá abrazados y ella se recostó en su regazo.

—Esto de tener un negocio propio es estupendo, pero estoy cansada de tanto andar de un lado a otro, aunque me encanta, empezamos la casa a primeros de enero y quiero ir de vacaciones en abril a España.

—¿Sí?

—Sí, quiero ver a mi madre y a mi hermano. Hace tiempo que no los veo. Lo necesito. Dejaré la tienda a tope para que Valery me venda.

—¿Y me echaras de menos? —le dijo Dale.

—Te amo más que a nadie y lo sabes, pero te gusta que te lo diga a diario.

—Has estado casi un año sin decírmelo, nena.

—Pues te lo repetiré cien veces al día para compensarte.

—Exagerada.

Y tocó su miembro.

—Tú estás exagerado.

—Contigo siempre, ven, desabróchame los pantalones y ponte encima.

—Tengo que quitarme las medias y las botas, loco.

—Quítatelas y móntame, guapa.

Y ella montó a su vaquero. Al final terminaron desnudos, y del sofá pasaron a la cama y se levantaron tarde al día siguiente; al menos ella, y cuando Dale vino de echarle de comer a los animales, se duchó y se metió con ella en la cama de nuevo, hasta el mediodía en que bajaron a desayunar en pijama y así pasaron todo el día: en pijama y en el sofá.

Por la tarde, Dale salió de nuevo a ver a los animales, se duchó de nuevo y vaguearon hasta el día siguiente. Unos días intensos de comida y sexo.

El lunes por la mañana iba al trabajo radiante y feliz. Había pasado las fiestas con Dale maravillosas y se había portado con ella mejor que nunca, y ella sabía que tenían un nuevo comienzo.

Veía feliz a Dale y la apoyaba en su negocio, siempre que la tuviera todas las noches para él, y a Carmen le pasaba lo mismo cuando volvía de su tienda. Deseaba contarle cómo había ido el día y compartir todo con Dale.

Pero cuando venía en la camioneta, se dio cuenta de que ya no tomaba pastillas anticonceptivas, no se habían protegido y no lo había tenido en cuenta.

Dios, esperaba que no pasara nada, ni se hubiera quedado embarazada. Pero esa preocupación enturbió esos momentos, ahora que ella iba tan feliz.

—Linda, no estás en nada, cielo —le dijo a la perra y esta la miró con interrogante—. Menos mal que la semana que viene me viene la regla...

Pero la regla no le vino y se asustó un poco. Debía esperar. Ya no iba a tomar pastillas. ¿y si estaba embarazada y le hacía daño al bebé? Seguirían teniendo relaciones y casi tenía la premonición de que estaba embarazada ya.

Los días pasaron y la regla no asomaba por ninguna parte

¿Qué iba a hacer si estaba embarazada y no le venía la regla? Podía decirle que la tenía a Dale, pero si no llegaba, se haría una prueba de embarazo. Se dio una semana más.

Si no estaba iría al ginecólogo entre semana y si estaba, ya no hacía falta protegerse más. Tenía miedo. Tenía casi veintisiete años y aún era joven. Bueno, ya no tanto para ser madre, pero eso cambiaría toda la estructura que había creado. O no tenía por qué. Ya lo pensaría, iba a volverse loca.

Pero no le vino la regla y no hicieron nada el primer día del año cuando vino Dale. Estaba muy preocupada y él pensaba que tenía la regla, pero los nervios la consumían.

—¿Por qué estás tan nerviosa, chiquita?

—Por nada, es porque mañana tengo que hacer el balance. —Se le ocurrió decirle.

—Yo también, si me da tiempo, si no, otro día. Pero no estés nerviosa, ya verás que todo te va bien y si necesitas algo, estoy yo. ¿Nos contamos por la noche qué tal?

—Claro que sí. Y quiero empezar ya la casa con Fergus. Serán casi cuarenta días, es grande y estoy preparando la lista de la pintura primero, pero eso ya lo meto en la contabilidad del año que viene.

—Pues tranquilízate, verás que todo nos va a ir bien.

Cuando terminaron de comer, tomaron un café, pero ella se hizo una tila y se cortó un trozo de tarta.

—¿Una tila?

—Por los nervios, no podría tomar café.

—Vamos, relájate. Terminarás tu casa. Puedes llevar todo a la vez, la tienda y la casa. Lo sé con seguridad, y además te vas pronto a España y me dejas solo. Debes estar tranquila, cielo.

—Faltan cuatro meses aún.

—Pero estaremos todas las tardes y las noches juntos, antes de irte.

—Es cierto, pero hay veces que me estreso y me pongo nerviosa.

—Yo te quito ese estrés y sé cómo hacerlo.

—¡Ay, Dale!

—¿Qué pasa, preciosa? —le decía en la boca, metiéndole la lengua recorriendo sus territorios, acariciando la geografía de su cuerpo pequeño y entraba en ella sin remedio.

—¿Estás mejor? Le dijo al cabo de una hora cuando la tenía abrazada a su cuerpo.

—No sé qué decirte —le comentó tocando su miembro.

—Bruja...

A primeros de año, ella y Fergus empezaron la casa y tomó sus herramientas y la camioneta y le dijo a Valery:

—Véndeme mucho, Valery, tu novio y yo tenemos más de un mes para terminar una casa.

El viernes, antes de irse al rancho, se compró un test de embarazo en la farmacia, cuando cerró la tienda, y antes de sacar a pasear a Linda en el parque e irse al rancho.

—Espera, Linda, guapa, vamos a ver qué me dice esto antes o iré hecha un flan.

POSITIVO. ¿Tan pronto, de apenas dos semanas? Dios... tuvo que ser el mismo 22, seguro. Dale donde pone el ojo pone la bala y tiene buena puntería.

Ya podía hacerlo sin nada, más tranquila que unas pascuas, su intranquilidad era por otra cuestión, pero no le diría nada a Dale de momento. Quería confirmarlo con el ginecólogo. Pediría cita el lunes.

Y se fue con Linda a dar su paseo.

—¿Sabes, preciosa?, vas a tener que hacer de canguro. Madre mía, qué fallo he tenido. No sé qué pensará Dale, aún tiene pesadillas y tenemos dos negocios, por Dios. Y quiero ir a España en tres meses y medio.

La noche anterior terminó el cierre del año porque con la casa no había tenido tiempo, y aunque habían sido pocos meses de abrir el negocio, tras pagar todos los impuestos, había amortizado el capital que puso y había ganado casi quince mil dólares y la tienda con artículos ya pagados.

Estaba muy bien, y además tendría otros veinte mil de ganancia para el año en curso de la casa.

Así que dejó ese dinero y el que iba a ganar con la casa para el negocio, y el que había amortizado lo dejó en su cuenta y renovó el seguro de salud con ampliaciones. Ahora lo necesitaba más y tenía que comprar cosas para el bebé cuando llegara la hora. Guardería o una chica... uff, qué estrés.

—Nos vamos al rancho, Linda. Dale no lo sabe, pero no se lo pienso decir aún hasta que se me note y además tengo que confirmarlo, preciosa. Necesito estar con él, aunque no le diga nada.

Y cuando llegaron al rancho, Dale ya la esperaba y la abrazó fuerte.

—Pequeña, ¿cómo estás hoy?

—Te necesitaba. Estoy mejor y además he terminado la contabilidad y teniendo en cuenta que todo lo que hay en la tienda lo tengo pagado y amortizado el capital, he ganado quince mil dólares, que no está mal.

—Eso es estupendo.

—¿Y tú, ya la has hecho? —le preguntó a él.

—Sí, he tenido seiscientos mil de beneficio.

—¿En serio? Yo sabía que iba a ser un buen año. Mejor quito la tienda y compro un rancho.

—Te lo debo a ti, que eres buena llevando negocios. Y necesitarías millones para comprar un rancho. Mejor no. A ti te gusta mucho lo que haces, preciosa, y lo haces muy bien.

—Eso es cierto. Te amo. Las cosas parecen que van bien.

—A mí lo único que me importa, nena, es que vayan bien entre nosotros. Te amo y lo sabes.

—Yo también te amo y me gusta la vida que llevamos ahora.

—Me encanta. Ven que te bese.

Dale la alzó y la besó, pegando su cuerpo al suyo.

—¿Cenamos?

—Es una buena idea, vamos a cenar.

—Hay que darle a ella primero —dijo, mirando a la perrita.

—Pues mientras pongo la mesa, tú le pones a Linda la comida.

—La Linda soy yo, guapo.

—Vanidosa, celosa.

—Te quiero. —Y lo abrazó por detrás.

—Yo sí que te quiero, nena. Comamos rápido.

—Loco.

Y loco tuvieron esos días y el fin de semana. Ella le compró a Linda más cosas para que tuviese en el rancho. Juguetitos nuevos y más grandes.

Terminó la casa y siguió vendiendo y comprando en mercadillos y afianzando su relación con Dale y afortunadamente no tenía síntomas del embarazo.

Pidió cita con el ginecólogo y todo iba bien, y había ido ya dos meses. Se había hecho un par de análisis. Se quedó embarazada el 22 de diciembre.

Lo tenía más claro que el agua. Lo que le daba miedo es lo que pensara Dale, pero aguantaría hasta que se le notara el vientre, ojalá hasta que volviera de España no lo notara.

Ahora que estaban tan bien, quizá a él no le hiciese gracia por la familia que había tenido y cómo terminó en desastre, y bastante tenía con recuperarse todavía de la guerra. Tenía sus momentos.

Le salió otro trabajo: arreglar dos apartamentos uno encima de otro y además quería dejar muchos objetos y muebles antes de irse para que Valery tuviera la tienda a rebosar y solo anotara encargos para cuando volviera.

Pensó en tomarse dos semanas de vacaciones, pero no podría. Tenía al ginecólogo y le diría qué era lo que iba a ser a los cuatro meses o así.

A su madre sí se lo diría en cuanto llegara y que iba a casarse cuando lo tuviera y le hablaría de Dale, salvo lo mal que lo pasó.

Dale le decía que trabajaba demasiado, pero a mediados de marzo terminaron los apartamentos y le quedaba quince días para terminar de llenar la tienda.

—No te estreses, jefa, que tengo para vender más de un mes.

—Sí, me parece poco lo que voy a dejarte.

—Te voy a hacer una página web. Con el nombre de la tienda —le dijo Valery.

—Eso sería fantástico. ¡Qué buena idea!

—Lo haré mientras estás fuera y meteremos semanalmente objetos, muebles nuevos y los trabajos que haces en las casas, insertaremos fotos, ofertas... Espero tenerla terminada para cuando vuelvas. Si me das el visto bueno, adelante.

—Te digo adelante desde ya.

—Pues nada, jefa, vamos a vender más. Vas a tener el doble de beneficios.

—Te tendré que subir el sueldo.

—Me pagas bien.

—Pero si tenemos más beneficios, el año que viene, te subo el sueldo.

Si el año siguiente tenía beneficios, se podía comprar también una camioneta nueva un poco más grande. Ya la necesitaba. Tenía unos años esa ya.

Ella se notaba ya un poco de vientre, pero no para que se le notara un embarazo y Dale no se percató de ello ni dijo nada, y era un manojo de nervios.

—¡Hola, preciosa!

—¡Hola, mi amor! Tengo que ir preparando las maletas ya. No sé si comprarme ropa o traerla de allí que es más barata.

—Cómprate algo y te la traes.

—Esa es una buena idea.

—Voy a bajar una maleta, la grande, así meto todo en una sola, no quiero ir cargada con tantos bultos, que tengo que parar en un montón de sitios.

—¡Qué voy a hacer sin ti, nena...!

—Echarme de menos como yo lo hice contigo, pero tú estarás más tranquilo, no voy a ninguna guerra.

—Eso es muy cierto. Pero ya me he acostumbrado de nuevo a tener ese cuerpo que me vuelve loco.

—Serán pocos días y se pasarán volando, ya verás.

—Para tí seguro.

—Anda, deja que me divierta un poco, lo merezco.

—¿Y los chicos?

—¿Qué chicos?

—Los que te mirarán y me da miedo que no vuelvas.

—¡Estás tonto!, ¿cómo no voy a volver? Aquí tengo mis cosas y mi tienda que me encanta y también a Linda y el rancho.

—Muy bonito. Gracias por tenerme en cuenta. —Ella se rio.

—Y te tengo a ti, el amor de mi vida. No seas tonto. Voy con mi familia, no puedo compararte con nadie porque saldrían perdiendo. ¿Dónde voy a encontrar un hombre como tú?

—Esa es mi chica. —La besó en el cuello y el pecho.

—Estate quieto, tonto, o no podré bajar la maleta.

—Yo te la bajo.

—Gracias, cielo. —Ella se puso detrás y lo tocaba.

—¡Qué mujer! —Pero le encantaba que ella lo tocara y lo deseara.

—Es que tienes un pene precioso.

—Loca, ya verás que cenamos tarde si me dices esas cosas. Me pones duro.

—¿Te parece bien el vestidor?

—Prefiero al desvestidor. —Y rio con ganas. Allí la desnudó y la tomó en su cintura. Le hizo el amor como para que no lo olvidara mientras estaba en España.

Cuando terminaron, Dale le dijo:

—¿Sabes lo que te quiero, chiquita?

—Espero que mucho.

Dale estaba más que contento, se encontraba feliz abrazándola y haciéndole el amor todas las

noches.

No se dio cuenta de que ella tenía más vientre, era poco, y aún no se le notaba, pero a los cuatro meses, ya no podría disimularlo, y ella rezaba para que no se enterara hasta su vuelta. Ahí, ya no podría disimular.

Ese fin de semana sacó los billetes para su viaje.

—Me dejas en dos semanas. Qué poco queda, tendré que aprovecharlas bien.

—No seas mimoso, eres un quejica, hace más de tres años que no veo a mi madre y a mi hermano. Sé bueno.

—Te echaré de menos.

—Y yo a ti, pero estaré tan ocupada... tengo ganas de ver a mis amigas, ir a la Semana Santa. Te enviaré vídeos y fotos, te encantará ya verás.

—Eso no me consolará.

—Pero son solo dos semanas, pequeño, y luego tendrás una gran sorpresa.

—La quiero ya.

—No, esa no puedo decírtela, te la traeré puesta.

—Está bien, no me queda más remedio que aguantar y esperar.

—Tengo que comprar muchas cosas estos días para la tienda, y Valery me está haciendo una página web.

—Serás la mujer más rica del condado.

—Me parece que seré la más trabajadora. ¿Sabes que vienen de otros pueblos a comprar?, sobre todo parejas jóvenes que van a casarse y siempre se llevan algo, o más que algo.

—Porque eres muy buena en tu trabajo y tienes buen gusto, además de buenas manos, a mí me restauras todas las noches —le dijo, abrazándola.

—¡Te amo, payaso! Aunque eres serio, a veces tienes sentido del humor.

—Se me habrá pegado de ti.

—Eso no lo dudes. Espero que esta vez nuestra relación sea definitiva y si en estos días te encuentro con otra te mataré con mis propias manos. —Dale se rio.

—Miedo me das, chiquita —comentó, mientras se ponía tras ella, la besaba en el cuello y le tocaba los pechos.

—Te lo advierto, Dale.

—No iré a ningún lado, me quedaré aquí con Linda y daremos un buen paseo por la tarde.

—Tendrás cuidado con ella. Me va a echar de menos.

—Sí, lo tendré, aquí es libre y feliz, mujer. Le encanta el rancho.

—Ya mismo llega la primavera y la nieve se está yendo. Cuando venga, estarán mis flores preciosas.

—Tú sí que eres preciosa. ¿Cuándo nos casamos?

—Me gustan las bodas en Navidad.

—¿Tanto tiempo?

—Ya veremos eso cuando vuelva.

—Sí, porque ahora tengo otras cosas en mente, ¿has guardado la ropa?

—Sí. Mientras le echabas la comida a Linda. Soy rápida.

—Pues ven al sofá antes de comer. Yo también soy rápido cuando quiero.

—No. —Sonrió.

—Que vengas, boba.

—No, que te conozco.

—Pues con más razón, voy a comerte. —Se levantó y la tumbó en el sofá. Y estuvieron hasta

que fue muy tarde para cenar.

—Estás loco, mañana tengo que ir a la tienda. Y el domingo quiero a ir a un mercadillo nuevo que hay a cuarenta millas de aquí.

—¿Quieres que vayamos el domingo y comemos juntos por ahí con Linda? Así, te ayudo a cargar las cosas.

—¿En serio vendrías?

—Sí, me gustaría ver qué haces por ahí.

—¿Te he dicho que te amo?

—No lo recuerdo.

—Tonto...

Ese domingo, ella llenó de objetos y muebles la camioneta. Dale estaba sorprendido del regateo que tenía esa mujer con los vendedores.

Comieron y le ayudó a llevar las cosas a la trastienda. Luego, se fueron al rancho de nuevo a descansar.

Y después de un café que hizo Dale, ella se quedó dormida en el sofá cansada. Y él se echó en el otro mirándola, pero cuando despertaron, estuvieron haciendo el amor hasta la cena.

—Dale, tenemos que cenar, eres tremendo, vas a matarme.

—Es que me encanta ese cuerpecillo que te gastas. Y como te vas pronto...

Llegó la hora de irse. Había dejado la tienda llena para Valery, que le estaba haciendo la página web en los momentos en que no atendía en la tienda.

Se había despedido por la mañana de Linda y de Dale. Iba a ir en autobús a Helena y de allí en avión a Nueva York y, posteriormente, otro avión a Madrid. No quiso llevarse la camioneta a un viaje tan largo ya.

Dale le había dicho que lo fuese llamando o enviando mensajes en cada sitio donde parara.

—¿Eres mi madre?

—Como si lo fuera. Me preocupo por ti.

—Bueno, mi amor, te llamaré.

Después de tanto viaje por fin llegó a Madrid al día siguiente. Su hermano la esperaba y se abrazaron fuerte, después de casi tres años sin verse.

—¡Qué guapo estás con ese uniforme, hermano!

—Tú también estás muy guapa. Eres toda una mujer negocianta, me alegro de que hagas lo que te gusta tanto. Ya te tocaba. Te quiero. ¿Cuánto vas a quedarte en Madrid?

—Tres días. Con eso tengo suficiente para verte.

—Estupendo, he pedido unos días para estar contigo, te presentaré a mi novia Celia y andorrearemos todo lo que podamos. Y cuando ella salga del trabajo vamos a cenar por ahí, y a disfrutar de la noche madrileña.

—¿Tienes novia? ¡Qué callado te lo tenías, guapo!

—Iba a ser una sorpresa, te lo iba a decir antes, pero como dijiste que venías...

—¿Cuánto llevas con ella?

—Cinco meses, es fisioterapeuta.

—¡Ah, qué bien!, un masajito de mi cuñada no estaría mal.

—Sí, vas lista, no me lo da ni a mí. —Y se rio.

—Mentiroso...

—Vamos venga, te he reservado un hotel cerca del ejército del aire.

—¿Dónde?

—En la calle Princesa, el hotel Princesa. Yo te lo pago, son dos noches solamente.

—Nada de eso, Raúl. Tengo dinero y no quiero que me pagues el hotel, en serio.

—Ya te lo he pagado, y saldremos a ver todo lo que podamos.

—Pero si vengo a descansar —le dijo en broma.

—Eso lo haces en Sevilla que tienes más tiempo.

—Bueno, pues como digáis, yo me dejo.

Conoció a su cuñada y lo pasó estupendamente con ellos. Todos los días comieron fuera, desayunaba con su hermano e iban después a ver monumentos y comer. Su hermano había pedido tres días para estar con ella.

Luego, fueron a buscar a Celia a su casa a la salida del trabajo y salieron a cenar.

Así pasó los tres días estupendos, pero terminó reventada. Se despidió llorando de su hermano porque se tenía que marchar a Sevilla.

—Te quiero, hermano, a saber cuándo nos veremos de nuevo.

—Eso ya...

—¿Y por qué no vas a verme al rancho en vacaciones? Cuando toméis vacaciones el año que viene vais, y así ves mi tienda y mi perra. Conocéis a Dale. Es un hombre bueno y estoy enamorada de él. Ya veréis qué rancho y qué paisajes.

—Quién te ha visto con una perra y en el campo...

—Pues es preciosa, ya la has visto en fotos.

—Sí que lo es, y el rancho, y tu tienda.

—Pues prométeme que os animareis a venir a vernos.

—Lo prometo. Montana tiene que ser bonito.

—Es precioso y los paisajes son maravillosos. Y no hace tanto calor como en Sevilla, y eso me encanta junto con la nieve. Así podéis ir también a Nueva York. Un buen viaje.

—Está bien, nos lo pensaremos.

—Bueno, dame un abrazo, me tengo que montar ya en el AVE.

—Cuídate, hermana.

—Y tú también, te quiero mucho.

—Y yo. Dale besos a mamá.

—Se los daré de tu parte.

En el AVE hacia Sevilla, estuvo dormitando todo el trayecto. Y recordando lo bien que se lo había pasado, el montón de monumentos que había visto y lo bien que se llevaba su hermano con Celia y se alegró mucho, porque ella era también muy feliz con Dale, su vaquero.

Llamaba a Dale y le enviaba fotos, y él la echaba tanto de menos y le enviaba fotos de él y de Linda durmiendo, en el sofá, juntos. Y ella le decía que no tuvo tiempo de dormir al llegar a Madrid y que su hermano y su cuñada no la dejaron descansar. Todo el día por ahí. Estaba muerta.

Su madre había ido a esperarla a la estación del tren y se abrazaron fuerte. Lloraron las dos.

—¡Qué guapa estás, mi niña! Tanto tiempo sin verte...

—¡Mamá, tú estás más joven!

—Sí, hija, más joven...

—El amor te sienta bien.

—Estás más loca..., anda, vamos a casa.

Cogieron un taxi y cuando se cansó de hablar con su madre en casa de todo, esta le puso la

comida y se echó en su antigua habitación y durmió hasta el día siguiente. Al final no había podido ver a Antonio.

—Hija, estabas muerta —le dijo su madre a la mañana siguiente.— Venga, vamos a salir y desayunamos fuera.

—¿Deshago antes la maleta?

—Cuando volvamos. Tenemos que ir esta mañana de compras como cuando eras jovencita. Tienes que estrenar ropa.

—¿Me quieres comprar ropa? Si me acabo de comprar en Montana...

—Sí, allí estará más cara y ya están puestos los escaparates de primavera. Y, eres mi niña.

—Pues iremos de compras.

—Además, es Lunes Santo, si vas a ver algunas procesiones tienes que vestirte bien. Siempre te ha gustado la de San Gonzalo. Así que vamos, desayunamos y nos pasamos por el centro comercial Airesur, yo me tengo que comprar algo también.

—Vaya, mi madre poniéndose guapa en tiendas de jovencitos.

—Venga, mi niña. Lo pasaremos bien.

—Voy a vestirme. Pero te advierto que si me compro mucha ropa necesitaré otra maleta. Solo he traído una.

—Pues te compro otra maleta.

Y tuvo que comprársela, porque su madre quería comprarle de todo, hasta perfume, maquillajes y cosas de aseo, medias, zapatos de tacón, que ella usaba poco, y ropa interior de infarto. Una colección de vestiditos, faldas y blusas.

—Mama, para ya. No necesito tanta ropa. Necesito más mallas y camisetas para el trabajo.

—Pues te compras unas cuantas de las baratas.

Con las bolsas y la ropa se fueron a comer unos montaditos en el centro comercial, porque Antonio comía fuera y luego se fueron a casa.

—¡Qué exagerada eres, mamá!, no me has dejado pagar, menos mal que casi todo es de licra. Voy a colocarlo todo, deshago las maletas y me vengo al sofá, tengo que contarte algo importante.

—Cuando termines avisa y preparo un cafelito.

—Prefiero una infusión.

—Pero si te gusta el café.

—Pues descafeinado.

—Vale. Voy a colocar también mi ropa.

Cuando acabó con la ropa, su madre preparó el café y se sentaron en el salón. Puso unos pastelitos pequeños.

—Mamá...

—Dime, hija, ¿qué tenías que contarme?

—Estoy saliendo con un chico, bueno tiene treinta y dos años y es el dueño del rancho.

—¿Tan joven era cuando te fuiste allí?

—Sí. —Y le contó toda la historia de su familia y que había estado en los marines. Excepto lo que pasó, se lo dijo todo. Le enseñó el anillo y fotos de su tienda, de la casita, del rancho, de Linda y de Dale.

—¡Qué guapo es, hija, y qué grande!

—Sí, mide casi un metro noventa.

—Por Dios, qué pedazo de hombre... —Carmen se reía.

—Hija, pero has llevado un año en el rancho.

—Sí. —Sonrió.

—Sabes hacer de todo, lo sé.

—Mamá, hay otra cosa, tuve unas reglas dolorosas durante unos meses y el ginecólogo de mi seguro me dijo que descansara tres meses de las pastillas. El caso es que estoy embarazada. Me quedé el 22 de diciembre, seguro.

—¿Que qué...?

—Lo que has oído, mamá, más de tres meses y no se lo he dicho. Eres la primera que lo sabe junto con el ginecólogo. No se me nota mucho. Y la ropa que hemos comprado me sirve, porque es de licra. Y no pienso ponerme ropa ancha.

—Pero, Carmen, hija, si no se te nota nada.

—Pero cuando vuelva dentro de estos días se me notara y tendré que decírselo.

—Hija, si te ama, te va a querer y al pequeño. ¿Ya sabes qué va a ser?

—Aún no.

—Voy a pedirte cita con un ginecólogo amigo de Antonio, quiero ver a mi nieto.

—Mamá, no tengo seguro aquí.

—Pediré una cita privada y te la pago. Vamos las dos. Y quiero que te quedes una semana más con nosotros.

—Pero si tengo pagado ya el billete. Y la tienda...

—Llama a la tienda más adelante y si va bien, cambiamos el billete y te quedas en la Feria. Luego te vas, te gusta mucho y hasta que vuelvas de nuevo...

—Bueno, eso sí puedo hacerlo, aunque Dale, estará impaciente.

—¡Que se aguante!, yo me he tirado sin verte casi tres años. Dios mío, voy a ser abuela.

—Mamá, si es un niño, le pondré Eduardo como papá. —Y su madre se emocionó—. No llores —le dijo, abrazándola—. Seguro que Dale le llama Eduard, y luego dicen que los andaluces nos comemos las palabras.

Su madre no sabía si llorar o reír.

—Te quiero, mi niña.

—Estoy cansada, mamá.

—Échate en el sofá y duerme un rato. Si quieres descansar hoy... o cuando venga Antonio salimos a cenar.

—Vale, mamá. Tengo sueño con el embarazo, pero nada más.

—Pues venga, échate una siesta.

Cuando vino Antonio por la noche, lo saludó y estuvieron hablando un rato. Le contó casi todo, hasta que estaba embarazada. Su madre le había pedido cita para la semana siguiente con el ginecólogo.

Al final salieron a ver alguna procesión y cenar fuera.

Los siguientes días de Semana Santa, salió con su madre y Antonio, también salió sola y en la *madrugá* con sus amigas que estaban encantadas de verla y, además, embarazada.

Le dijeron que estaba guapísima y todas estaban enamoradas de Dale, querían uno para ellas: marine y vaquero.

Estaban locas, pero ya a las siete de la mañana no podía más y se fue a casa. Se dio una ducha y se acostó.

Cuando se levantó el viernes a las cinco de la tarde, comió algo que su madre había dejado.

Su madre había salido con Antonio, le dejaron una nota que si querían la recogían, pero ella le envió un mensaje al móvil diciendo que ese día descansaría en casa.

Estaba muerta y llamó primero a Valery, antes de cerrara la tienda.

—¡Hola, jefa!, por aquí todo bien, me dejaste esto que no puedo andar, y la trastienda llena,

pero te he vendido un montón de cosas, aunque aún tienes para un mes. ¿Y adivina qué?

—Dime, guapa.

—Tienes para dentro de un mes un trabajo, pero tú sola, creo, a no ser que necesites a Fergus. Están terminando seis apartamentos. Dentro de un mes estarán acabados, en el centro del pueblo, ya sabes que no se permite más altura, así que van tres apartamentos de dos plantas. Pero estarán pintados y te necesitan para decorarlos de todo, y eso tienes encargado a falta del presupuesto cuando vengas. De todas formas, tienen un presupuesto cerrado. Les dije que ya lo verías al venir, la decoración de los seis apartamentos. Vendrán a verte en un mes que suponen que estarán acabados para que vayas a verlos y si aceptas ese presupuesto que tienen ellos.

—¡Qué bien!, solo decoración por una vez.

—Y quizá tengas que darle una vuelta de tuerca al motel.

—¡Qué dices!, ¿en serio?

—Sí, el dueño ha dicho que vendría también el mes que viene, tiene que hacer cuentas, pero está para renovarlo. Está viejo y quiere darle por dentro y por fuera, pero claro, iréis habitación por habitación, por fuera y la fachada, la recepción y la habitación que tiene para la limpieza. Eso sí que será todo entero, dice que las duchas están oxidadas.

—Eso no es problema. Las pintamos. Lo hemos hecho otras veces. Bueno, dijo que dentro de un mes vería si le daban un préstamo y te pedía presupuesto.

—Vaya, Valery, voy a tener que irme más a menudo. Quizá me quede una semana más.

—Bueno, jefa, no te preocupes, pásalo bien, yo te cuido esto, te dejo la página web, casi la tengo terminada. Tengo gente esperándome para comprar.

—Un beso, guapa.

—Adiós, jefa, pásalo bien.

¡Qué bien!, decoración y el motel entero. Aunque era pequeño, tenía solo doce habitaciones, más el cuarto de la limpieza y recepción, era un edificio bajo y estaba entusiasmada, le haría una buena oferta.

Ya tenían Fergus y ella trabajo. La decoración de los apartamentos, claro que necesitaría a Fergus. Para poner las lámparas y montar muebles.

Luego llamó a Dale.

—Ya era hora, pequeña. Me tienes abandonado.

—Espera que te voy a enviar unas fotos de anoche, acabo de levantarme, son las cinco de la tarde.

—¡Qué bonitas! ¡Qué guapa estás! Quiero que vuelvas ya.

—Quizá me quede una semana más, mi madre está insistiendo y ya no volveré hasta dentro quizá de otros dos años. Ella no puede venir a verme.

—¿Y eso?

—Tiene miedo a los aviones y no se monta en ninguno. Pero he invitado al rancho a mi hermano y a su novia cuando quieran.

—Eso está hecho. El rancho es tuyo también, puedes invitar a tu familia cuando quieras.

—Gracias, amor. Y por la semana de más, no te preocupes, pasará pronto.

—Vaya. Pero solo una semana. Te echamos mucho de menos.

—Te quiero, guapo, mi madre me ha comprado un montón de ropa. Es una exagerada. Ahora llevaré dos maletas.

—¿Algo *sexy*?

—¿Pero tú no eres un hombre serio?

—También soy sexual, chiquita. Y lo sabes bien.

—Eso sí. Algo *sexy* va también, no te preocupes, lo estrenaré contigo.  
—Así me gusta.  
—He llamado a la tienda. —Y le contó cuanto Valery le tenía de novedades.  
—¡Qué suerte! Ya te dije que eras buena.  
—Mis amigas están enamoradas todas de ti, estoy celosa. —Dale se reía.  
—Yo soy solo tuyo, mi amor y tú eres mía, y de nadie más.  
—Posesivo.  
—Sí, lo soy.  
—¡Te amo!  
—Y yo también.  
—¿Cómo está Linda?  
—No se separa de mí en cuanto vengo. Es una mimosa.  
—Sí que lo es. Es una lapa.  
Hablaron un rato más y se despidieron.

Los días pasaban rápido, terminó la Semana Santa y la siguiente tenían cita con el ginecólogo. Su madre fue con ella y vio a su nieto a través de la pantalla, tan pequeño.

—¿Quieres saber el sexo?, está muy bien posicionado para verlo —le dijo el ginecólogo.

—Sí, queremos saberlo —le contestó ella.

—Es un niño.

—¡Qué bien!, lo que yo quería, mamá, seguro que Dale también quiere un niño para el rancho, conociéndolo...

—Mi niño —dijo Carmen emocionada—. El pequeño Eduardo.

Ya empezaba a notársele la barriga en dos semanas... Parecía mentira y aún le quedaban diez días más para irse y doce para llegar al rancho. Había cambiado el billete una semana más tarde de lo previsto.

Esa semana aprovechó para darse una vuelta por las tiendas como la que ella tenía para ver qué tenían, qué era lo novedoso, lo restaurado, y tomó notas que le vendrían bien para su tienda.

Llegó la semana de Feria y su madre le sacó los trajes de gitana por si quería ponérselos algún día.

—No me cabrán, mamá, con la panza que tengo ya.

—Pero si estás más delgada. Pruébatelos. Es domingo y si me da tiempo te coso un par de ellos hoy.

—Mamá, ¿te vas a poner a coser?

—Claro que sí, venga.

Y al final se quedó con dos, uno no tuvo que tocarle nada su madre ya que era de licra y le quedaba bien, y el otro solo le sacó de la barriga un poco por los lados, se los planchó y los dejó colgados.

No pararon la semana de la Feria. Antonio se tomó vacaciones. Tenía una caseta y comió más que en toda su vida.

Se vistió un par de días, y otros dos fue con sus amigas. Y lo que iban a ser unas vacaciones relajantes, se convirtieron en diversión constante.

Le enviaba fotos con los trajes a Dale y le decía que eran preciosos, que estaba guapísima pero que no ligara con nadie y ella se reía.

El domingo estaba muerta y el martes se iba, así que se dedicó a descansar y el lunes solo hizo

la maleta y descansó en casa.

—¡Qué pena, hija!, ya te vas.

—Me he quedado una semana más de lo previsto, pero tengo mucho trabajo cuando llegue.

—No cojas cosas de peso, Carmen, por el pequeño.

—No te preocupes, tengo un chico para eso y Dale no me dejaría tampoco. Me encuentro bien de todas formas, ya viste lo que me dijo el ginecólogo y el mes que viene voy al mío allí.

—Hija, toma esto. —Y le dio un sobre.

—¿Eso qué es mamá?

—Antonio y yo te queremos dar esto para las cosas del bebé y la boda. Ya sabes que si pudiera ir, iría, pero me da tanto miedo el avión...

—Mamá, no haremos una boda como aquí, iremos a la iglesia y una comida en el rancho, nada más.

—Por eso. Toma y cógelo. Ve al banco y lo metes en tu cuenta. Haz una transferencia o lo que sea que pueda hacerse.

Abrió el sobre.

—Pero, mamá, son 50000 euros, es una barbaridad.

—También se lo daremos a tu hermano cuando se case.

—Mamá, no puedo aceptártelo.

—Claro que sí, es para el pequeño, tendrás gastos y para tu vestido de novia. Venga, sal al banco de la esquina y mételo en tu cuenta.

—Gracias, mamá, pero de verdad...

—De verdad, nada, hemos querido dároslo, tengo del seguro de tu padre. Y él lo querría.

Al final terminaron llorando. E ingresó en su cuenta; al cambio eran 57000 dólares. Hizo una transferencia a su cuenta particular, porque ese dinero era para su hijo y la boda.

Y el martes, llorando, se despidió de su madre y de Antonio en el aeropuerto y con sus dos maletas y su bolso, puso rumbo a Nueva York.

Había sido un buen viaje, lleno de emociones, de risas y confianzas. Necesitaba ver a su familia y había hecho su sueño realidad, aunque le esperaba mucho trabajo, se lo tomaría con calma.

Llevaba un vestido verde de manguita larga de licra y ahora sí que se le notaba ya la barriga, no en vano tenía ya cuatro meses de embarazo.

No quería ni pensar en su hombre.

Cuando la viera Dale...

Los viajes, todos, se le hicieron interminables y pesados. A Dale le enviaba un mensaje en cada lugar donde pasaba. Y por fin iba en el autobús hacia Lewistown.

Tomaría sus maletas y pasaría por la tienda. Llegaba cuando la tienda estaba cerrada ya, pero, aun así, iría a por su camioneta y echaría un vistazo al escaparate.

Valery había vendido bastantes objetos y muebles y ya necesitaba llenarse de nuevo.

Tomó su camioneta y se fue al rancho.

Seguro que Dale en esos momentos estaba bañándose y la esperaría para la cena. No había podido ir a esperarla porque habían parido terneros.

Conforme iba llegando al rancho se iba poniendo nerviosa. Tenía ganas de verlo, pero miedo a cómo iba a tomarse Dale lo del embarazo.

Paró la camioneta y en ese momento salió Dale y Linda tras él, loca de contenta por verla y echándose encima de ella que no la dejaba. Él la cogió en brazos, la besó y abrazó a su niña mimada.

—Loquita, te quiero.  
—Y yo qué... —dijo el hombre más guapo que había conocido.  
Y cuando la vio al anochecer.  
—Pero, Carmen... —Se acercó a ella y le tocó la barriga—. Esto es...  
—Es tu hijo Eduardo.  
—Chiquita... Te quiero, pero eres una malvada. No me has dicho nada.  
—Tenía miedo.  
—Ven aquí, tonta. —La abrazó y la besó apasionadamente.  
—Es que no sabía si tú querías un hijo.  
—Si son tuyos, una docena —le dijo, mirándola embobado.  
—Calla, bruto.  
—Pero tomabas pastillas.  
—Te lo contaré luego.  
—¡Estás preciosa! ¿Así podemos hacer algo?  
—Claro, bobo.  
—Pues espera. —Metió sus maletas dentro y salió mientras ella miraba las plantas con Linda, y la cogió en brazos; la echó con cuidado en el sofá, cerró la puerta y no paró de besarla.  
—¿Y el niño? —dijo ella.  
—¿Qué pasa con mi hijo?, es mío.  
—Claro que es tuyo, del 22 de diciembre, nada menos.  
—Dios mío, preciosa, un hijo. Hay que casarse lo antes posible.  
—O podemos hacerlo después.  
—No, no quiero. Quiero que mi hijo nazca dentro de un matrimonio.  
—¡Qué antiguo eres!  
—Sí, pero nos casaremos en cuanto tenga los papeles.  
—Bueno, de eso hablamos mañana. No voy a trabajar en dos días. Necesito descansar.  
—¿Y a tu hombre también lo necesitas?  
—Sí, te he echado de menos tanto, guapo... Les has encantado a todo el mundo y a mis amigas, menos mal que no te he llevado —le dijo riéndose.  
—Y eso que soy serio...  
—¡Cómo eres!... Necesito una ducha.  
—Pues venga, yo me he duchado ya, pero te espero y cenamos, luego duermes hasta que te canses. Linda ya ha comido. Es siempre la primera... —Carmen se rio.  
Dale le subió las maletas a su habitación y ella, mientras, se duchó.  
—¿Sabes que mi madre me ha dado cincuenta y siete mil dólares para el bebé y la boda?  
—¡Está loca!  
—Sí, yo no quería, pero al final tuve que cogérselos. Cuando llegue la hora, compraremos lo necesario para el pequeño Eduardo.  
—Un niño... ¿Por qué Eduard?  
—Sabía que lo llamarías así, es el nombre de mi padre —le dijo, mientras salía de la ducha con una toalla en la cabeza y otra en el cuerpo; él le quitó la toalla y la miró bien.  
—Dios mío, pequeña, este niño será grande —le dijo, tocándola.  
—Espero que nazca pequeño y luego crezca. —Se rio Carmen.  
—Guasona, ¡qué bonita barriga! Me encanta —Y se la tocaba y también besaba.  
—Si me tocas mucho, cielo...  
—Ummm... —Se desvistió y entró en ella despacio hasta hacerla enloquecer de placer y

gemían juntos hasta explotar en un clímax maravilloso.

—Echaba de menos tu cuerpo, guapo.

—Espera y me recupero, hoy cenamos tarde. —Ella se reía.

Y así fue, cenaron tarde porque Dale la deseaba más que nada en el mundo.

Y cuando cenó, se quedó dormida en el sofá y Dale la dejó en la cama y se acurrucó a su cuerpo.

Iba a tener un hijo con el amor de su vida y no esperaría a tenerlo para casarse. El lunes, iba a ir temprano al pueblo a ver qué se necesitaba para casarse. No iba esperar para nada, ya la tenía en el rancho, era suya y tenía a su hijo.

Otra familia iba a nacer en ese rancho y no sería como la suya, ya se ocuparía él de que esa fuese una familia unida y feliz. Ahora tenía otra responsabilidad, con Carmen y con su hijo. No podía ser más feliz y se quedó dormido abrazando su vientre.

## CAPÍTULO OCHO

Estuvo durmiendo hasta el día siguiente a mediodía. Cuando se despertó, Linda estaba en la cama con ella.

—¡Ey, preciosa!, seguro que he dormido mucho. Pero tengo hambre.

La casa estaba vacía y recogida, y la cena estaba hecha. Así que hizo la cama y deshizo las maletas una vez que se hizo un buen desayuno y se lo tomó en el porche.

No se veían los hombres a lo lejos, seguro que estarían bajo la colina con las reses.

Llamó a Valery y le dijo que iba a tomarse hasta el lunes libre. Era viernes y le comentó que el domingo quizá fuera al mercadillo nuevo si tenía ganas.

Pasaría antes por el cajero y sacaría algo de dinero, así que se verían el lunes de nuevo.

Debía descansar de tanto viaje y lo necesitaba en el rancho, con esa paz que se respiraba allí.

Dio un paseo con Linda por los alrededores del rancho y a la vuelta, se tumbó en el sofá y se quedó de nuevo dormida.

Dale vino ese día antes del campo y se la encontró en el sofá dormida. Fue a darse una ducha.

Había estado temprano en el pueblo y se había traído los documentos para rellenarlos y así poder casarse.

Esa pequeña estaba muerta. Se acercó a ella y la besó.

—Pequeña, eres una marmota.

Ella de desesperó, y lo abrazó.

—Es que no he descansado, estoy muy cansada. No me han dejado de fiesta en fiesta. Así que iré el domingo al mercadillo nuevo y a sacar algo de dinero al cajero y desayunaré en el pueblo, y hasta el lunes no pienso moverme de aquí, salvo el domingo por la mañana. Además, este pequeño me da mucho sueño.

—Ven, preciosa. —La abrazó y se sentó en el sofá y mientras la abrazaba le ponía la cabeza de ella en sus piernas.

—Quiero que sepas cómo me quedé embarazada, Dale.

—No seas boba, no me importa, estoy encantado con mi bebé.

—Bueno, pero quiero. Cuando estábamos enfadados, tuve reglas dolorosas de nuevo y el ginecólogo me recomendó que las dejara unos meses y quizá me recetase otras. Y cuando lo hicimos, no me di cuenta, te lo juro. Como siempre lo hacíamos sin nada... —Él la besó.

—Pues estoy encantado de ese despiste. Ya te lo he dicho. Así que no hay más que hablar, voy a ser padre y estoy que me salgo. He estado en el pueblo esta mañana.

—Sí, ¿y eso?, pedazo de loco...

—Tengo los documentos para casarnos, tenemos que rellenarlos para el registro y si quieres por la Iglesia, vamos a hablar con el cura.

—Soy católica, quiero casarme por la Iglesia.

—Pues nos casaremos de ese modo.

—¿Pero tú eres católico?, nunca hemos hablado de ello.

—Sí, pero nunca he ido a la iglesia, después de que mi madre muriera, ella sí iba todos los domingos. Pero después, dejamos de ir.

—Lo siento, yo tampoco soy de las que van a la iglesia mucho, pero me gustaría casarme en un templo con mi vestido de novia.

—Tendremos pocos invitados, los chicos y los de tu tienda.

—No me importa. No voy a comprarme un traje pomposo. Hacemos una barbacoa en el rancho.

Compramos comida hecha, somos pocos.

—Está bien, tendrás la boda que tú quieras.

—Podemos ir el lunes a hablar con el cura por la tarde y que nos dé fecha, rellenamos los documentos y los llevamos al registro. Y cuando nos dé fecha nos compramos la ropa y nos casamos.

—Está bien, mi amor. Si quieres, antes de que tengamos al niño.

—Sí, quiero que nazca con sus padres casados.

El sábado por la mañana del 15 de mayo, se casaron en la iglesia católica de Lewistown. Como invitados tuvieron a sus trabajadores y algunos conocidos de Dale. Como padrinos: Valery y Fergus.

Carmen se había comprado un vestido de novia *vintage*, cómo no, que lo adquirió en la tienda del pueblo y Dale llevaba un traje negro de vaquero auténtico de Montana. Estaba muy nervioso y casi se le caen las alianzas cuando el cura dijo:

—Puedes besar a la novia.

Dale sabía que ya era su mujer y que formaban una familia de verdad. Que era el amor de su vida, y haría que durara para siempre y su objetivo en la vida era hacerla feliz a ella y a los hijos que tuvieran.

Luego fueron al rancho y celebraron una comida. Habían pedido un *catering* en la explanada del rancho y todo fue maravilloso.

Una boda sencilla, íntima e inolvidable.

Cuando todo hubo acabado y estaban en la cama después de hacer el amor...

—Te arrepentirás, pequeña, de haberte casado conmigo.

—Casi que sí.

—Malvada bruja. —Mientras ella se reía, Dale le tocaba un pezón.

—Quieto, es que eres un caradura. Tendré que ir todos los días a trabajar al pueblo.

—Pero no tendrás que madrugar tanto como yo, y tendrás tu desayuno listo.

—Eso sí. Tenemos que hablar de dinero.

—Esta noche está prohibido.

—Bueno, otro día lo hablaremos.

—Sí, ahora ven aquí, preciosa gordita.

—¿Estoy muy gorda?

—Un poco.

—¿Qué marido más malo tengo!

—Al contrario, te voy a cuidar muy bien, nena. Estás muy guapa embarazada, de verdad te lo digo. Tienes un brillo especial. Y hoy estabas guapísima. Casi se me caen las alianzas.

—Sí, me di cuenta. ¡Qué guapo eres, Dale! —le dijo, mientras acariciaba su pecho.

—¡Qué tontita eres! Tú sí que eres guapa —Y le tocó la barriga. El niño dio una patada.

—Ey, loco —Carmen se reía—. Me ha dado una patada.

—Claro, no lo dejas tranquilo...

—¿Quieres que vayamos mañana a algún sitio?

—No, cariño, estoy agotada. Aún estamos decorando los apartamentos y tengo después el motel entero.

—No quiero que te canses ni cojas peso.

—Para eso tengo a Fergus.

—Eso, tú solo dirige.  
—Y compraré. Mañana si acaso vamos de mercadillo un rato y comemos fuera.  
—O vas a descansar...  
—Eso es descansar, venimos pronto y echamos una buena siesta. Además, a Linda le encanta ir de compras.  
—Bueno, esa será nuestra luna de miel.

Al día siguiente vino cargada de cosas en la camioneta y Dale con las manos en la cabeza.  
—Tú estás loca, mujer, ¿cuándo vas a vender todo eso?  
—En una semana, y tendré que limpiar cuando acabe en los apartamentos algunos cada tarde, así que vendré una horita después.  
—Cielo, no quiero que trabajes tanto ahora con el bebé.  
—No es un trabajo. Me encanta.  
—Bueno. Pero cenamos juntos y nos bañamos los dos.  
Se echaron una buena siesta en los sofás cuando llegaron, y Linda se puso en sus pies en el sofá.

Los días pasaban y ella terminó con Ferguson los apartamentos a final de mayo y empezaron en junio el hotel.

Las habitaciones eran pequeñas, pero tenían que pintar hasta las duchas oxidadas. Y terminar habitación por habitación.

Ese año iban bien con el motel y con los apartamentos. Y si le salían un par de ellos más ganaría un buen dinero al final de año.

De todas formas, la tienda vendía por sí sola, trabajaba mucho, como le decía Dale, pero ese era su trabajo.

Cuando ella llegaba al rancho, se bañaban y cenaban. Al menos no tenían que hacer cena. Cenaban en el porche con Linda y luego se quedaban un rato relajados allí, a veces con las manos unidas; se besaban y comentaban sus trabajos.

Ya había terminado agosto y el motel quedó precioso. Al menos descansaba más, solo con la tienda.

Había ganado un buen dinero entre los apartamentos y el motel, casi sesenta mil dólares netos y quería hablar ya de dinero con Dale.

Él siempre dejaba el tema, pero pagaba todo y no era normal, aunque sabía que el rancho daba muy buenos beneficios, ella tenía ya ahorrados casi trescientos cincuenta mil dólares y la tienda llena de objetos por vender. En los trabajos era donde ganaban más, pero con la tienda se apañaba.

Cada día amaba más a Dale y sintió que había hecho bien en perdonarlo. Lo había pasado mal en Afganistán y se había vuelto loco, y quién no, en esas circunstancias.

Ahora tenía a su hijo en su vientre y se comportaba como un buen padre.

Estaba ya de ocho meses y decidieron ir el sábado a comprar toda la lista para el bebé. Ya Dale la estaba presionando.

—Antes, tenemos que hablar de dinero Dale, ya está bien.

—Tengo dinero para alimentar a mi familia.

—Y yo también, Dale, y ahora tendré que contratar una chica para el pequeño. La pagaré yo.

—Ni hablar.

—¿Por qué no ponemos una cuenta conjunta? Y metemos un sueldo igual cada mes y la otra que tenemos del rancho y la mía de la tienda.

—Bueno, eso me parece bien, pero yo tengo una particular, me pusiste un sueldo.

—Pues yo tengo solo una de la tienda, pero en la tuya puedo meter lo que tengas y poner a nombre de los dos y ponemos un sueldo cada mes.

—Bien, tengo cincuenta mil dólares, porque pagué con el cheque de la marina la hipoteca y eso es el sueldo.

—Estupendo, yo meto otros cincuenta y meteremos tres mil cada mes.

—¿Y si te quedas sin nada para la tienda?

—Tengo trescientos mil dólares de la tienda, además.

—¡Qué bien, guapa!

—Más tienes tú del rancho...

—Pues metemos tres mil al mes cada uno y con eso pagamos la comida y las cosas del niño, y la chica, y la mujer si quieres.

—No, eso es parte del rancho.

—Bueno, pues los gastos de eso.

—Tú los suministros de tu tienda y yo del rancho, así que ya sabes.

—De acuerdo, el dinero conjunto para cuando salgamos, ropas, el bebé y la chica y los seguros.

—De acuerdo, eso es, preciosa, nada más.

—Pues el sábado ponemos mi cuenta a nombre de los dos, te pido una tarjeta y de ahí para el bebé y la ropa, la chica, nada más, pero ten en cuenta que tenemos cincuenta y siete mil dólares para el bebé. Hay que meterlos también en la cuenta. Es para eso. No quisiste que pagara la boda.

—Dame un beso, pequeña. Los meteremos y mi niño tendrá todo de parte de su abuela.

—Te amo.

Y el sábado por la tarde, cuando descansó de la siesta, como no trabajaba por la tarde, fueron al pueblo y compraron todo lo del bebé y un cochecito, dos para los coches, toda la ropa y objetos necesarios. Dale se echó las manos a la cabeza.

—A este paso vamos a gastarnos todo el dinero.

Ella se reía, y el domingo no fueron al mercadillo, sino que quitaron un dormitorio y lo llevaron a la casa pequeña; la dejaron en el dormitorio vacío y ya tenían la casa pequeña completa.

Colocaron todas las cosas del bebé y cuando todo estaba listo, ella preparó un bolso para el hospital y dejarlo listo.

—Cielo, estoy muerta.

—Vamos a descansar, ¿quieres un trozo de tarta y una tila?

—Sí, me voy al sofá.

Y antes de llevarle la tila, le hizo el amor lentamente entrando en su cuerpo.

—¡Qué grande está ya!

—Sí, pero aún te deseo, mi hombre.

Y cuando quedaba muy poco tiempo para dar a luz, llenó la tienda de nuevo de objetos y muebles y también dejó llena la trastienda. Trabajó como una loca.

A finales de septiembre dio a luz a su hijo en el pequeño hospital del pueblo a las cinco de la tarde.

—Cielo, has sido muy valiente —le dijo Dale.

—¿Es precioso, verdad?

- Es como nosotros, tiene el pelo castaño.
- Y tus ojos azules.
- Es mío, guapa.
- Vaya, y no lo sueltas.
- Es que es tan pequeño... Me quedaré contigo en el hospital hasta que salgas.
- No quiero, tienes que darle una vuelta al rancho.
- Bueno, pero solo el tiempo de ducharme. Está todo controlado.

El pequeño Eduard era un niño tragón y ella pasó dos meses en el rancho tranquila con su hijo hasta que se recuperó. Su padre estaba deseando de llegar del campo para ducharse y tenerlo en brazos. Incluso la perrita Linda no se separaba del cochecito o de la cuna, como si fuera su bebé.

A los dos meses, a finales de noviembre, después del día de Acción de Gracias, contrataron a una chica para cuidarlo; todo estaba nevado y no querían sacarlo, y ella debía irse a trabajar a la tienda.

Llegaba la Navidad y tenían mucho trabajo y a finales de enero un rancho que renovar y que era bastante grande.

Dale le dijo que no empezara a trabajar tan pronto, pero ella se encontraba bien. Ya volvían a tener relaciones sexuales.

El primer día...

—Por Dios, Carmen, hace tanto tiempo, nena, que voy a morirme. Y otra vez con las pastillas, esto es...

—Oh, Dios mío, oh, Dios mío —decía ella y cuando Dale quería provocarle dos orgasmos, ella se moría de placer.

Fue una noche intensa de sexo.

—¿No dices que no quieres que trabaje?

—Esto no es trabajo, es placer, preciosa.

—Espera y verás el fin de semana.

Y cuando descansaron...

—Voy a comprarme una camioneta nueva, Dale.

—Me parece muy bien, no quiero que andes con esa, ya tienes unos cuantos años.

—La compraré con el dinero de la tienda, al contado, bonita y nueva y puedo deducírmela. Voy el sábado por la mañana, dejo a Valery en la tienda y les dejo esta.

Y eso hizo, se compró una camioneta nueva, más amplia para llevar más cosas.

El domingo la estrenaron yendo a dos mercadillos.

La chica que contrataron para cuidar al pequeño Eduard se llamaba Claire, tenía treinta y cuatro años, y era dulce y tranquila con el pequeño. Si faltaba algo se lo decía a Carmen y esta lo traía por las tardes.

La contrataron de nueve a seis de la tarde, con comida, y el niño se acostumbró. Linda no se separaba del carrito del pequeño, era su guardián. En invierno, no se llevó a Linda, ni esta quería separarse del carrito del pequeño.

La Navidad fue fantástica, como el año anterior, y aumentaron sus ventas. Las fiestas las pasaron en casa. Hicieron una buena cena y al día siguiente ni siquiera tenían que trabajar y le habían dado el día libre a Claire y a Belle como el año anterior, y pasaron el día con su pequeño.

Solo Dale fue a darles una vuelta a los animales.

Eduard había crecido y se parecía cada vez más a su padre. Recibió bastantes juguetes en Navidad.

Cuando pasaron las fiestas navideñas, ella y Fergus se entregaron a restaurar el rancho. Carmen ya tenía experiencia y tardaron tan solo tres meses, porque habían visto su rancho y querían uno parecido, con colores grises dentro. Y, además, era un rancho enorme.

Era casi primavera cuando dieron por finalizado el rancho. Ella se llevó cincuenta mil dólares y otros quince mil dólares Fergus, por todo el trabajo.

Fergus y ella y estaban encantados. Los dueños quedaron muy satisfechos y eso que vivían allí e intentaron molestarlos lo menos posible.

Y por fin otro tiempo de descanso solo con la tienda. La página web había dado muchos beneficios en las ventas. Fue todo un descubrimiento porque la gente llamaba para reservar algunos objetos que Valery insertaba todas las semanas.

Y Dale...

Dale era su vida y su rancho avanzaba también. Lo cierto es que eran muy felices con sus trabajos y su hijo.

A veces se quejaban de que trabajaban mucho, pero se amaban bastante y a cada instante libre tenían sexo.

—Cielo.

—Dime, mi amor.

—Hemos trabajado mucho y el pequeño tiene ya seis meses, está precioso, ¿quieres que nos tomemos unos días de vacaciones? No hemos tenido viaje de novios.

—Es muy pequeño, cielo. A mí no me importa el viaje.

—Eso sí.

—Y aún hace frío. No echo de menos ir de viaje. Tengo ganas de que entre bien la primavera y salir al porche.

—Está bien, lo dejaremos para más adelante. ¿Cómo va la tienda?

—Amorticé la camioneta nueva y tengo beneficios, a la gente le ha dado por lo *vintage* y la gente que se casa, siempre vienen a por algo a la tienda. Ahora tengo casi treinta mil dólares.

—¿En serio?

—¿Sí y tú del rancho?

—Este año terminamos con novecientos mil dólares.

—Madre mía, cielo, ¡qué bien!

—¿Y cuánto tenemos en la cuenta?

—Ciento veinte mil, pero ten en cuenta los gastos navideños, lo del pequeño y la nómina de Claire.

—Está bien, cielo. De todas formas, estamos a final de mes y entrarán otros seis mil. A finales del año que viene si tenemos muchos beneficios podemos meter cien mil cada uno.

—Me parece bien, perfecto.

Y pasó un año. Ingresaron el dinero y su hijo empezaba a dar sus primeros pasos. Todo seguía igual de bien en sus vidas.

## CAPÍTULO NUEVE

### Diez años después...

La vida había cambiado en ese rancho. Aumentaron el número de reses. Tenían seis mil cabezas de ganado.

Entre que Dale le dio un año por comprar otras dos mil y las que nacían y se quedaban algunas de cada parto...

Habían contratado a otro chico para el campo y las reses, porque eran demasiadas y vendían todos los terneros.

El rancho se convirtió próspero y Dale estaba orgulloso de él y Carmen también. Se compró un todoterreno nuevo y un coche para cuando salían con el pequeño.

Su marido era un gran trabajador. Tenía ya cuarenta y uno años y ella treinta y siete.

Y su tienda seguía igual, cambiaban según los gustos de la gente y lo que en cada momento se llevaba, no tenían problemas en modificar e innovar.

Valery y Fergus se casaron y tuvieron un pequeño que ya tenía seis años.

Ella siempre echaba mano de Fergus para los encargos, algunos tenían que ir bastante lejos. Había corrido la voz. Eran ya como una familia.

Su hermano había ido un par de veces al rancho y a ver su tienda. Le encantaba Montana y se llevaba muy bien con su cuñado.

Luego se iban de viaje un par de semanas por los Estados cercanos o lugares preciosos de Montana y volvían otros cuantos días para despedirse.

Ellos también habían viajado tres veces a España: una cuando Eduard tenía cinco años y ella estaba de nuevo embarazada, como la vez anterior, y esta vez de gemelas. Iban a tener el nombre de sus abuelas: Inma y Margaret. Y la siguiente vez que viajaron, el año anterior cuando Eduard tenía once años y las pequeñas cinco años.

Era una locura viajar con ellas.

Cuando ella se levantaba, se los llevaba a los tres al pueblo. Eduard al colegio, donde comía, y las pequeñas a la guardería, y también comían allí. Así que ella cuando cerraba la tienda a las cinco los recogía a los tres y se los llevaba al rancho, y allí se bañaban, cenaban y hacían los deberes.

Eran unos hijos maravillosos y colaboradores, y sabían que sus padres eran muy trabajadores.

A veces, a las niñas se las llevaba al pueblo, a la tienda, y les gustaba limpiar lámparas y restaurar, y su madre les decía cómo hacerlo. Para ellas era como jugar a las casitas.

Eduard quería quedarse en el rancho con su padre aprendiendo cómo llevar un rancho. Hasta le metía en el ordenador, bajo supervisión de Dale, los gastos en cada partida.

Era mucho trabajo, pero afortunadamente tenían ayuda para la comida, la casa y la colada.

Y nunca se arrepintió de haber ido a Helena a por su hombre, aunque le doliera lo que vio.

Con el tiempo, ella se dio cuenta de que no fue nada y que había demostrado con creces lo mucho que la amaba, lo generoso y sexual que era con ella, y con sus hijos, era el mejor padre. Les enseñaba cosas con paciencia y a respetar la casa y a los animales y, sobre todo, el trabajo que hacían por ellos y por la familia, y así podían tener un viaje y un buen regalo por Navidad cada año.

Cuando todo estaba en silencio, Linda se sentaba en la alfombra del salón con ellos y él la

tomaba en sus brazos.

—¿No crees que nuestra familia ha aumentado bastante?

—Sí, pero si estás pensando aumentarla...

—Te equivocas, guapo, el cupo está lleno. No pienso tener un hijo más, vamos.

—Yo no quiero más hijos tampoco, estoy muy orgulloso de todos ellos. Somos una gran familia. Mis hijos son preciosos.

—Puedes estarlo, todos son iguales que tú, maldito. Pero también son míos, listo.

—Bruja, ven, ¿sabes que estás hecha una mujer? Una mujer preciosa, guapa y mía —le decía en la boca.

—Y tú un pesado, tocón. Un obseso sexual.

—Mala... te gusta que ande tras de ti.

—Ven, pequeño, te amo, mi amor. Eres un hombre trabajador y estás aún muy bueno.

—Estoy en mi plenitud... sexual.

—¡Qué payaso! Eras un hombre serio cuando te conocí. Las dos veces en que te conocí.

—Sí, ¿verdad?

—Sí, pero desde que tienes hijos, te ríes y juegas con ellos.

—Es verdad. He cambiado, tú eres la culpable por tener a mis hijos.

—Vaya, ahora el señor ranchero no ha puesto su grano de arena.

—He puesto más que eso. Te he sido fiel, te he querido desde que te vi tan chiquitita con esa fuerza, ese coraje, ese cuerpo y esos pechos altos.

—Calla, loco...

—Sigues poniéndome, ¿sabes? Me pones duro como una piedra y te deseo a todas horas como antes, como siempre.

—¿En serio?

—En serio. Me has cambiado. Pero creo que es por ti. Siempre has sido una mujer risueña y me has transformado para bien.

—Aún recuerdo a la pelirroja...

—¡Qué rencorosa eres!

—No, es que soy celosa, desde que te conocí no quiero que ninguna mujer te toque.

—Pues eso me pasa contigo. Además, eres más joven, estás en el pueblo y conoces a muchos hombres.

—Sí, eso es verdad, pero no creo que ninguno sea capaz de provocarme dos orgasmos seguidos.

—Eso es cierto, porque eres solo mía.

La cogió y se la echó al hombro, cerró bien la puerta y apagó las luces.

—Vamos, Linda. Tu jefa quiere guerra esta noche.

—¡Ay, loco!, estás loco...

—Por ti, guapa. Vamos a por esos orgasmos.

—Dale.

—Dime, preciosa —le dijo, mientras subía las escaleras.

—¿Serás capaz a tu edad? —le comentó de broma.

—Bruja malvada, ya verás, ve tocándome.

Ella tocó su longitud y supo que era muy, pero que muy capaz.

Y por supuesto lo fue.

—¡Ay, Dale, qué loco estás, mi vida!

—Tienes tus encantos, nena, y no te aguanto. Me relajas después de un buen día de trabajo.

—¡Ah! ¿Te sirvo de relax? Es eso, ummm...

—Me sirves para todo. Eres una pequeña multiusos.

—¡Serás tonto! —Y se tumbó encima de Dale.

—Loca, que me matas.

—¡Di que me quieres!

—No. —Dale se rio.

—¡Di que me quieres ahora mismo!

—Mandona...

Tocó su miembro, que se engrandecía, bajó y se lo metió en su boca lamiéndolo como ella sabía hacerlo.

—¡Dilo!

—¡Ay, nena!, Carmen, te quiero, por Dios, loca. ¡Aggg!

**FIN**

## ÍNDICE

[CAPÍTULO UNO](#)

[CAPÍTULO DOS](#)

[CAPÍTULO TRES](#)

[CAPÍTULO CUATRO](#)

[CAPÍTULO CINCO](#)

[CAPÍTULO SEIS](#)

[CAPÍTULO SIETE](#)

[CAPÍTULO OCHO](#)

[CAPÍTULO NUEVE](#)